

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 25.

NUM. 289.

LA

ESPAÑA MODERNA



Director: JOSÉ LÁZARO

—————
ENERO 1913
—————

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»

Calle López Hoyos, 6

MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

JOYAS ROBADAS Y RESTITUIDAS

1813 - 1814

Cuando se penetra en la gran sala central de nuestro Museo del Prado, la insuperable atracción con que brindan los preciosos monumentos del arte de la pintura que decoran los amplios lienzos de sus esbeltos muros, materialmente cuajados de las obras maestras de los mayores genios que en su siglo, también de oro, produjo Italia y el posterior España, no es bastante fuerte para anular la atención que con igual fuerza reclaman las tres vitrinas centrales, que, bajo fanales de cristal, hacinan una de las colecciones más hermosas que se conocen de vasos y piezas de piedras duras y nobles y de cristal de roca, en que compite con el primor de sus formas y facturas los engarces y aderezos de oro y plata sobredorada y los esmaltes, camafeos y piedras preciosas que completan su mérito y su riqueza. Esta colección procede de la herencia que de su padre, el Delfin de Francia, Luis de Borbón, tuvo el rey Felipe V, a consecuencia de la muerte de aquél, ocurrida el 18 de Febrero de 1712. Considerándose como alhajas de mesa y tocador, y, labradas en Italia con el más exquisito gusto en el siglo xvi bajo el influjo del aura restaurador del Renacimiento, atribuyéronse a los diseños y al cincel de Valerio Vicentino o a algún otro gran aurífice del mayor renombre. El legado se

componía de ochenta y seis piezas, todas de piedras duras con sus guarniciones de oro, esmaltes, piedras preciosas, piedras grabadas y camafeos. Había ya decaído de mucho tiempo atrás el gusto en las artes, y estas alhajas no fueron recibidas con todo el aprecio artístico que merecían. Más tarde Isabel de Farnesio, cuando estuvo habitable el Palacio del Real Sitio de San Ildefonso, atendiendo más a la riqueza que representaban que a su utilidad, hizo que se llevasen a la Granja, haciéndolas incluir en el Inventario de todos los valores existentes en aquella residencia en el año 1734. Detallóse más su descripción en el que por R. D. de 3 de Agosto de 1745, un mes próximamente después de la muerte del Rey, hizo el Marqués de Villarias, Secretario del Despacho Universal, al Marqués de Galiano, Intendente de los Reales Sitios de la Granja y Bal-saín. Otra vez fueron inventariados en 1774, ya bajo el reinado de Carlos III, y durante la jornada del estío de aquel año al mencionado Real Sitio, por D. Francisco Manuel de Mena, y, por último, dos años después, en el de 1776, con fecha del 15 de Setiembre, por mandato del Marqués de Montealegre, Mayordomo Mayor de S. M., fueron entregadas a D. Pedro Franco Dávila, Director del Gabinete de Historia Natural, recién creado, «para que se colocasen y guardasen en él entre las piedras y curiosidades que allí se conservaban y pertenecían todas a S. M.». Estas alhajas habían de permanecer en el Gabinete «como en depósito, para su mayor realce y digna memoria de su fundador».

Allí permanecieron, para que sirvieran de estudio y de modelo a las ciencias y a las artes en sus esferas respectivas, quedando como prueba elocuente del impulso que en España, bajo el cetro de Carlos III y Carlos IV, al concluir el siglo XVIII y empezar el XIX, llevaban todos los progresos de la humana cultura, que nos prometían sólidas prosperidades, cuando fatalmente vino a interrumpirlos y a variar de todo punto el giro de nuestros destinos nacionales el fatídico contacto con la revolución extranjera y la pérfida invasión del Soberano impe-

rial francés, que no hubo medios, a pesar de los esfuerzos que se hicieron, de impedir que al cabo viniera a pisotearnos, como ya había pisoteado todas las potencias, grandes y chicas, del continente: la Italia en todos sus Estados, Alemania en su vasta confederación, el Austria con toda su conglomeración de Monarquías, la Prusia con todo su prestigio militar de largo abo- lengo y la Rusia tan lejana y defendida por la inclemencia de sus nieves y el tropel innumerable de sus razas guerreras medio salvajes. Pero la invasión de Napoleón no sólo marcó para mu- cho tiempo esta interrupción odiosa y la decadencia que se pro- nunció después. El paso de Napoleón por España, entre otros estragos, equivalió a la tromba de un furioso vandalismo, ante la cual, todo lo de más valía que atesoró la lenta labor de los si- glos, de la constancia y de la fortuna, nos fue vilmente arreba- tado por aquellas hordas de forajidos, vestidos de soldados, que desde su primer llegada no reconocieron meta a sus codicias. Las joyas de todos los tesoros fueron extraídas, unas veces por los que en aquellas masas sangrientas representaban el Gobier- no y el poder; otras por sus jefes subalternos y hasta por los soldados desmoralizados. Y cuando, después de nuestros propios heroísmos para arrojarlos de la Península, enseñamos a Europa a coligarse contra tan aciago poder y a debelarlo, en los Con- gresos de París y de Viena se protocolizó el mandato de resti- tuir los bienes robados a las potencias y los pueblos en quienes se habían hecho tan inicuos despojos, y tocó a España su parte vindicatoria, todavía pudo rescatarse de manos de los violen- tos expoliadores algunas de aquellas inmensas riquezas, de las que no pudieron disiparse entre las muchas que se ocultaron, de las que no se habían destruído entre las muchas que se des- truyeron, de las que no se habían hecho desaparecer, transpor- tándolas o vendiéndolas en otros países extranjeros, de las mu- chas que por este medio se hicieron difíciles de volver a hallar, y, por último, de las muchísimas, también, que el Gobierno de Luis XVIII y su célebre Príncipe de Benevento se empeñaron, bajo pretextos especiosos, en no devolver, y para cuya recupe-

ración se hicieron ineficaces las infinitas reclamaciones diplomáticas, periódicas, de todo el siglo antecedente.

No hablemos de las llamadas *alhajas de la Corona*, enteramente dilapidadas por el Príncipe Murat, por el General Savary, por el rey intruso José Bonaparte y su Gobierno, principalmente por su Ministro de Hacienda, el Conde de Cabarrús. Estas alhajas, que constituían un tesoro de más de diez siglos, no fueron rescatadas jamás, y ni aun pudo jamás saberse el giro y distribución que tuvieron. De las galerías artísticas de todos los palacios y dependencias reales, por millones se extrajeron y condujeron a Francia los objetos de todo género y de más subido valor. Otro que tal ocurrió con las de nuestros grandes monasterios, catedrales e institutos religiosos. Lo mismo con nuestros gabinetes científicos, con las escuelas de nuestras artes; y cuando no era fácil transportar los edificios, aparatos y enseres de las fábricas en que se elaboraban sus productos, el cañón o el fuego los destruían, para que no quedase reliquia de ellos, ni esperanzas siquiera de reconstrucción. Los archivos históricos, los de las familias nobles, corrieron la misma suerte, es decir, los mismos despojos y los mismos empeños de destrucción; y cuando llegó el día de aquellas liquidaciones, que fueron acordadas en los Congresos de París y de Viena, hasta se nos negó la presencia personal, y se utilizaron de tal modo los pretextos para dejar incumplidos los mandatos taxativos de aquellos tratados... que todavía, al cabo de un siglo, para España, para España únicamente, están en mucha parte sin cumplir.

El primero que en Mayo de 1814, después de la publicación en el *Moniteur* del decreto de Luis XVIII, de 9 del mismo mes, se alzó para esta acción vindicatoria, a nombre de los Infantes de España, D. Carlos y D. Antonio Pascual, como apoderado de ellos, y para reclamar la devolución de los bienes y alhajas que les habían sido usurpadas indebidamente, y a pesar de los tratados de Bayona con Napoleón en 1808, fue el Marqués de Celleruelo, que entró en viva polémica con Talleyrand. Como

el decreto aludido de Luis XVIII autorizaba para estas reclamaciones a diez de las familias de los grandes de España, a quienes se les había hecho víctimas de estos secuestros y despojos, la casa de Altamira presentó después el Inventario de sus galerías pictóricas, de sus colecciones artísticas, de sus alhajas suntuarias, de sus archivos familiares de que se la había privado. Tras largas negociaciones logró que se la devolviera lo que en París no se quiso, y en la galería o Museo del Louvre se ven los cuadros de los grandes pintores de las escuelas italianas, flamenca y española que en 1810 fueron arrebatados de aquella casa, a la que no se devolvieron jamás. De la galería y colecciones que pertenecieron al Príncipe de la Paz, y cuyas piezas de más valor se sacaron del secuestro en que las habían constituido los tribunales después del motín de Aranjuez, en la noche de San José del año 1808, nunca, ni el Estado español, ni el mismo interesado, alcanzaron que se les restituyese nada, y más de tres años habían corrido, de 1814 a 1817, para que a fuerza de gestiones de nuestros representantes diplomáticos en París, lograran, a regañadientes de los Gobiernos de Luis XVIII, empezar a devolvernos algo de lo que salió de las galerías de Palacio, de El Escorial, del Real Gabinete de Ciencias Naturales, del Jardín Botánico de Madrid, de la Dirección de Postas y Correos, del Archivo de Simancas, etc., etc. Todas estas sustituciones se hicieron entregando los objetos incompletos que las formaron, en tal estado de deterioro que, sin el testimonio documental de los que intervinieron en la entrega, se haría increíble su relación.

Después de las reclamaciones de los apoderados de las casas de los Infantes D. Carlos y D. Antonio y de la de Altamira, el Teniente general D. Miguel de Alava, hasta valiéndose de su amistad personal con el Duque de Wellington, fue el primero que formalizó sus negociaciones con el Príncipe de Benevento, y aun con el mismo rey Luis XVIII en persona para obtener la devolución, principalmente de las joyas preciosas de las galerías pictóricas de los Palacios Reales de España, de El Escorial,

del Real Gabinete de Historia Natural y de otras procedencias. Alava tuvo aviso de que un griego llamado Psimary, y habitante en París, en la calle de Saint-Roch, núm. 20, se hallaba en tratos con dos caballeros ingleses, a los cuales ofrecía doce cuadros que se hallaban en depósito en casa del pintor Bonnemaizon, por la cantidad de 100.000 francos, comprometiéndose a entregarlos en Londres mismo, mas prefiriendo rebajar esta cantidad hasta 20.000 si los caballeros ingleses querían tomarlos en París, haciendo el pago al contado, porque decía necesitar con urgencia aquella suma, pues le reclamaba en Turquía un asunto del mayor interés. De estos doce cuadros formaban parte *La Perla* de Rafael, *El Sepulcro de Cristo* del Parmesano, *La Virgen y el Niño Jesús* de Tiziano, una *Ascensión* de Pablo Veronés, *El Río Scamandra* de Nicolás Poussin, *El Sueño de San José* de Murillo, el retrato de *Lorenzo de Médicis*, y otros cinco más. Pero los ingleses se mostraban indecisos, más que por la desconfianza que les inspiraban las condiciones del pacto, por el estado deplorable en que se hallaban estas pinturas. Alava intervino; se llamó a Talleyrand, medió el Prefecto de policía, y Bonnemaizon se constituyó responsable de la custodia de los cuadros, ofreciéndose, en cambio, mediante pago, a restaurarlos en su condición de Director del Gabinete de restauración de la Galería Real de Francia.

Los trabajos del Prefecto de Policía comenzaron a descubrir escondites de cuadros arrancados de España fraudulentamente, y que, o se ocultaban cuidadosamente, o se hallaban en manos de especuladores, o en dependencias del Estado, o en poder de personajes de alta consideración, de quien se hacía difícil nos fuesen reintegrados. Algunos de estos especuladores, o sus encubridores, se presentaban como españoles emigrados, por haber seguido la causa de José Napoleón. Uno de éstos se hacía llamar el Barón Tomás Rodríguez, y alegaba haber sido *ministro* en el Gobierno del Intruso; otro se apellidaba el Conde D. José Serva, y así varios. Los cuadros que se hallaron en poder del Mariscal Víctor fueron defendidos por éste,

pretextando que era un regalo que le había hecho el rey José; eran lienzos sustraídos de El Escorial. Al General Sebastiani se le obligó a devolver otros, y habiendo instado desde Barcelona el General Castaños, Capitán general de Cataluña, a la devolución de los diez y nueve lienzos de la *Vida de San Bruno*, de Viladomat, los ocho de escenas bíblicas del P. Fray Joaquín Juncosa y otros que el General Ordennau había sustraído en 1810 de la Cartuja de Montealegre, a tres leguas de la ciudad condal, costó sumo trabajo lograr su entrega al Duque de Fernán-Núñez, en 1817, porque en aquellos tiempos habían ido a decorar los salones del Senado francés.

En la correspondencia diplomática del Conde de Peralada, nuestro embajador en París, con D. Pedro Cevallos, ministro de Estado del rey Fernando VII, hállanse despachos interesantísimos sobre estos asuntos. En el de 26 de Setiembre de dicho año le decía:—«Por las prudentes y activas providencias que había tomado el Teniente general de los Reales Ejércitos, don Miguel de Alava, mi antecesor en esta corte, como ministro del Rey, se ha podido conseguir que un gran número de cuadros de nuestros mejores pintores, y otros extranjeros que la rapacidad francesa había extraído de nuestro país en el tiempo que ocuparon la Península con sus tropas, y que en el día formaban uno de los principales adornos de su galería en esta capital, hayan sido sacados de ella y puestos a disposición del mismo para ser devueltos a España.» Pedía después instrucciones para su envío a la Península, y añadía:—«Los austriacos están igualmente recobrando todas las pinturas que fueron extraídas de la Galería de Florencia, y se cree que todos los demás aliados hagan lo propio con todos los objetos de Bellas Artes de que fueron desposeídos en la guerra de vándalos que les hizo Napoleón. Los habitantes de aquí no disimulan en este particular su descontento, y no pueden o no quieren persuadirse de que es legítima recuperación; pero son tranquilos espectadores de la operación.»

En otro despacho del 3 de Octubre, sobre la misma mate-

ria, daba Peralda a Cevallos estotras noticias:—«Habiéndome manifestado D. Pedro Labrador el estado en que se hallan los famosos cuadros de Rafael conocidos con los nombres de *La Perla*, *El Pasma* y *La Madona del pez* y otros, pertenecientes al Rey N. S., y que habían sido extraídos de España en los últimos tiempos de la dominación enemiga, pasé a verlos, en compañía del mismo D. Pedro Labrador, a casa del pintor Bonnemaïson, que es en la que se hallan. No puedo ponderar bastante a V. E. la sensación desagradable que produjo en mí el ver el estado en que en la actualidad se encuentran estos preciosos testimonios del arte de la pintura, que en otro tiempo había admirado en toda su belleza. Todos ellos se hallan más o menos deteriorados; pero los que en especialidad han sufrido más y necesitan indispensablemente que se tome algún arbitrio para su conservación, son los más preciosos. En unos, por causa de la humedad a que han estado expuestos, se ha formado una costra salitrosa sobre todo el cuadro que encubre casi toda la pintura y apenas deja conocerla, ni mucho menos resaltar el colorido. Otros, y son los de peor estado, tienen desquebrajada toda la costra de la pintura que los forma, y sólo se sostienen con el auxilio de una gasa que se les ha colocado encima y los cubre en su mayor parte. Así éstos como aquéllos, se me ha asegurado por D. Pedro Labrador y por el mismo pintor, que pueden ser restablecidos al estado que tenían en un principio, por medio de una operación ingeniosa y conocida aquí en el día, cual es la de trasladarlos a otro lienzo: operación que he visto ejecutada en otras pinturas que también se hallaban deterioradas, y que en el día no puede conocerse su anterior estado. También me ha asegurado el pintor, que no sólo es imposible el verificar la traslación de estos cuadros del modo que ahora se hallan, sin que tenga el riesgo de su total destrucción, sino que aun teme que puedan conservarse por más tiempo, si no se trata de su reparación.»—La restauración fue autorizada antes de devolver los cuadros a España, y a Bonnemaïson se pagaron 5.475 francos por la del *Pasma*

de Sicilia; 3.294 por la de *La Perla*; 3.078 por la de *La Madona del pez*; 900 por la de los retratos de *Felipe II* y la *Princesa de Eboli*, mal atribuidos a Tizziano; 800 por la *Sacra Familia*, de Murillo; 300 por un *Palma*, el viejo, etc.

Las sustracciones de las joyas del Real Gabinete de Historia Natural comprendían dos clases de objetos: los incompletos que, restaurados también (1), hoy se examinan y admiran en las vitrinas de la sala central del Museo del Prado, y algunos ejemplares de metales y piedras preciosas, de las que algunas han vuelto a formar parte de la colección científica de nuestro actual Museo de Mineralogía y Zoología del Palacio del Hipódromo, y las floras del Perú, de Méjico y de Nueva Granada, que también en parte volvieron y se custodian en nuestro Jardín Botánico. En despacho diplomático del Conde de Peralda, fecha 23 de Junio de 1814, se dice que de los efectos extraídos del Archivo de la Flora peruviana, en Sevilla, y los de la Flora de Méjico que llevó consigo a Francia D. José Mociño, durante la dominación del Gobierno intruso, el General D. Gonzalo O'Farril mandó al Archivero de Sevilla, D. Manuel Valbuena, entregar 23 cajas de productos naturales al agente francés, el cual se llevó varias muestras de diferentes especies de quinas y todos los extractos de ellas, remitidos desde Lima en 1809, para aumento de la Flora y conclusión de la Monografía de las quinas, y, por último, que D. José Mociño se llevó a Francia además los manuscritos y demás materiales de la Flora de Méjico, a excepción de 8 cajones de esqueletos de plantas mejicanas que quedaron aquí. La devolución, no total, de estos objetos fue una de las negociaciones más difíciles de Peralda con Talleyrand, porque el Príncipe de Benevento oponía la mayor resistencia a su entrega. No costó menos trabajo obtener la entrega de los planos que el General Guillemillot extrajo, el 6 de Diciem-

(1) La restauración no se hizo hasta el año 1866 por el hábil platero don Pedro Zaldos, bajo la inspección del Director del Museo del Prado D. Federico de Madrazo.

bre de 1808, de la Dirección general de Correos, y ¡lo que parece mentira!, las matrices en bronce de los caracteres de imprimir de que también se había despojado a nuestra Imprenta Nacional. Respecto a los documentos sacados de los Archivos españoles, principalmente el de Simancas, sería tarea para rato bosquejar los incidentes a que han dado lugar desde 1814, sin que hasta ahora se haya logrado la total restitución.

Sobre los joyas que se hallan en el Museo del Prado, en 1815, se padeció en Madrid una gran equivocación. Al hablar D. Miguel de Alava de ellas, las llamó en su despacho *alhajas de la Corona*, y en Palacio y en el ministerio se creyó que se trataba del tesoro, tantas veces secular, de las vinculadas por Carlos III en el Tesoro patrimonial del Trono. Así, pues, el ministro D. Pedro Cevallos, en despacho de Madrid del 21 de Setiembre del año referido, decía a Alava:—«Por la primera proporción que tenga V. E. me remitirá *las alhajas de la Corona* que se hallan ya en su poder.»—Y Alava, el 7 de Octubre siguiente, contestaba:—«En cumplimiento de su orden debo hacer presente a V. E., que ya hace días están empaquetando y embalando *todos los efectos pertenecientes al Real Gabinete de Historia Natural* que había extraído el Gobierno intruso de España, y se hallaban últimamente en poder del Marqués de Almenara. Así, *estos efectos*, como los cuadros que se han retirado del Museo, se enviarán de aquí a Bruselas y de Bruselas a Amberes, a fin de que con mayor seguridad puedan ser transportados por mar.» A Almenara le habían sido entregados por Mr. Lerroux: ocupaban nueve cajones, habían sido sustraídos el 13 de Abril de 1813, y fue portador de ellos hasta la Península el capitán D. Nicolás Miningui, ayudante de Campo del General Embajador. Es interesante el *Inventario* que se formó en el acto de la restitución.

JOYAS SUSTRÁIDAS

Núm. 1. Un vaso ahovado, con su pie y base a género de bolla, todo de piedra sanguínea o adrónico: labradas en dicho

vaso unas hojas y por dentro dos labios. El pie y base guarnecidos con cuatro delfines: en medio un género de laurel con sus hojas: dos conchas, y encima de la bolla una pieza que mantiene el vaso. En la falda el engarce, todo de oro, lo más de ello cincelado, algo tallado y picado con dos cordoncillos: regulado todo, poco más o menos, en siete onzas de oro y la piedra y caja del dicho vaso.

Núm. 2. Otro vaso pequeño, ahovado, con su tapa, piel y basa agallonado, de piedra roca amatista de color morado, que tiene la tapa de ágata, guarnecido el pie, tapa y basa, de oro, de tres piezas caladas, compuestas de hojas esmaltadas de medio relieve, de blanco, negro y verde transparente, y en dicha tapa diez y seis engastes de plata con diez y seis girasoles, todos ellos de varios tamaños. El asiento del vaso donde está el oro es de plata dorada.—(N. B.—*Esta pieza no volvió de Francia.*)

Núm. 3. Otro vaso grande, ahovado, con su tapa, que dijeron ser de piedra verdosa algo transparente. El pie y guarnición de la tapa de plata dorada, compuesto el pie del asiento de él con cuatro cartelas, unas hojas y dos géneros de alcachofas, y una de ellas tiene como especie de racimo: la tapa, guarnición igual con remate, otro género de alcachofas con racimo y hojas, todo cincelado, agallonado, con hojas y óvalos.

Núm. 4. Un vaso grande, ahovado, hechura de taza, con su base y pie de lápiz lázuli, agallonado dicho vaso: el pie en hondo con guarnición de oro; la base con dos serpientes o dragones con alas; dos muchachos, cuatro delfines, cuatro conchas y cuatro festones. Por asas tiene dos dragones con alas también: todo de oro esmaltado y pintado de colores. Los ojos de los dragones son girasoles, y se reguló quince onzas de oro. (*Se devolvió, con uno de los dragones estropeado y falto de un ala, y otro sin las dos: tenía otros desperfectos.*)

Núm. 5. Otro vaso grande, también ahovado y arminellado de piedra ágata: tenía su base y pie abiertos con ramos y gallones; por asas dos récipes de oro con alas de lo mismo y

dos engastes en su base y pie, esmaltados todos de blanco, negro, azul, rojo y verde transparente: regulado en seis onzas de oro y la piedra y caja.

Núm. 6. Otro vaso, hechura de copón, con su tapa hundida, ésta de piedra ágata. El pie de la misma piedra, cuyo remate se compone de tres cartelas con hojas, lo más de oro tallado rebajo, esmaltado de blanco, azul, rojo y verde transparente. Regulado en ocho onzas de oro y la piedra.

Núm. 7. Otro vaso, en forma de taza, ahovado y armine-nellado; de piedra blaoma. Tiene el pie y base de oro, y en la falda del mismo vaso su guarnición de oro tallado, todo rebajo y esmaltado de blanco, azul y verde transparente. Regulado en seis onzas de oro y la piedra.

Núm. 8. Una taza grande que tiene un poco esportillada la falda por el reverso, agallonada y ocho conchas y el pie torneado y base; unas medias cañas; todo de piedra ágata, guarnecido el referido pie y base, de diferentes piezas de oro de hojas, cuatro festones de uvas, con cuatro géneros de cordones con sus borlas, esmaltado todo de blanco, negro, azul y verde transparente. Regulado en siete onzas de oro. (*Vino estropeado.*)

Núm. 9. Un género de cuerno bajo, con su pie y tapa; por remate una cabeza, y todo de jaspe oriental de varios colores, guarnecido el pie y tapa de plata dorada, sobrepuestas algunas piezas y engarces de oro, de hojas, flores y cintas; esmaltado de blanco, púrpura, negro y verde transparente, y en los engarces, veinte camafeos de diversas piedras. (*No vino de Francia.*)

Núm. 10. Un cofrecito de maderas, de armazón, cuadrado, prolongado; la tapa de cinco lados; el suelo, una chapa de plata dorada; por pies cuatro bolas de oro, molduras e hijos; con ciento diez y ocho engastes de oro, esmaltados con hijos de blanco, y los engastes de blanco, negro, encarnado y uno verde, y en ellos setenta y dos camafeos de diferentes piedras, veintitrés cornalinas; dos piedras de ágata;

las veintiuna lápiz lázuli; seis con hechuras; todo ello puesto sobre terciopelo negro.

Núm. 11. Otro vaso, hechura irregular, calado a fondo, hace la forma del asa; labrado de relieve; un ramo con sus hojas y una figura de rana; de piedra diáspero oriental blanquizco. Tiene el pie de plata dorada y forma triangular, compuesto de un adorno de hojas y cogollos, cintas y tres mascarones; otra pieza agallonada y lisa en lo que hace la base, tres cartelas con sus jarros, tres conchas y tres fajones. Más arriba agallonado; todo cincelado, y tiene en la misma caja dos tazas de la misma piedra, adornada alrededor en lo más de ellas de unos ramos y flores, y en una dos pájaros, todo calado.

Núm. 12. Otro vaso ochavado, compuesto el armazón y cerradura de hierro; el suelo de una chapa de plata, todo él con molduras de oro; en las ochavas, unas hojas y engastes de de oro, también esmaltado de verde, amarillo, azul y blanco; en los engastes, ciento cincuenta y dos camafeos de diferentes piedras, por pies diez bolas de cornalina y lapiz lázuli, regulado en quince onzas de oro de ley de 21 quilates y cuatro onzas de plata. (*Vino estropeado y con un pie menos de Francia.*)

Núm. 13. Otro vaso, de forma de platillo ahovado, con su relieve en medio, base y pie de piedra diáspero, guarnecido pie, basa y asiento con oro esmaltado de blanco y negro.

Núm. 14. Otro vaso alto, hechura de copón, con su pie, base y remate de piedra ágata; tiene los pies con sus guarniciones; el asiento y base con seis cartelas que finalizan en tres cabezas de águilas, en ellas engastes, y en el medio otra guarnición de ocho piedras ahovadas y ocho medios cuerpos sobre una cartela cada uno. Representan emperadores. En la tapa otra guarnición, y en el remate siete piedras ahovadas y encima tres figuras de cuerpo entero sentadas y esmaltadas de blanco; una representa *la Prudencia* con su espejo en la mano; otra, *la Justicia* con el peso bajo el brazo, y la tercera, *la Templanza*, todo esmaltado de relieve. Unos mascarones, hojas,

cogollos y cintas de blanco, púrpura, negro, azul y verde transparente. (*También vino en pedazos.*)

Núm. 15. Otro vaso, de la misma piedra, guarnición y hechura del antecedente, la excepción de las figuras de cuerpo entero que representan *la Fortaleza, la Templanza y la Esperanza*. Tiene, como su hermano ya notado, en la superior dos bolas de piedra propia, y en ella dos figuritas con alas y su trompeta, que significa *la Fama*.

Núm. 16. Otro vaso ahogado, hechura de taza, con su pie agallonado de piedra blasma; el pie con su guarnición de oro, esmaltadas en él unas hojas de blanco, negro y verde transparente. La basa se compone de una pilastra, y en ella una mujer desnuda, esmaltada de blanco, y una azucena, esmaltada también de blanco y azul, que sostiene dicho vaso, y todo lo referido de oro.

Núm. 17. Otro vaso, hechura de copón, con su tapa, pie, remate, base y una bola de piedra ágata; el pie algo hundido, y guarnecidas todas las dichas piezas, con sus dos asas de oro, compuestas de asas de cartones y hojas; en el remate, un pájaro sobre un ramo esmaltado de blanco, pintado de colores; dos rubíes pequeños por ojos; todo lo demás esmaltado de blanco, negro, rojo, azul y transparente.

Núm. 18. Otro vaso de piedra verdosa; la hechura al modo de una albarca, señalada dentro de ella una huella de pie; la base y pie, de plata dorada cincelada; unas hojas y aristas, compuesto de su plantilla, que es el asiento; cuatro delfines, cuatro cartelas en medio, y su remate torneado con cuatro festones.

Núm. 19. Un vaso en forma de perfumador; pie y tapa de piedra ágata que se compone de dos pedazos, guarnecido de plata dorada; el pie compuesto de tres cartelas su asiento, y en ellas tres hojas de oro esmaltadas de azul y tres bolas de verde, y en el medio otra de azul con una pieza de hojas y cartones esmaltados de verde, azul y blanco; el resto de la base y cuerpo, de hojas caladas y cinceladas como el pie; en la tapa,

sus dos solistas y encaje, todo de plata, y en ellas remata una piña de oro esmaltada de verde; una pieza de hojas esmaltadas de azul, con dos hilos y otros dos en el cuerpo, escarchadas y entorchadas con hojas de oro, esmaltadas de azul y verde, y los hilos de blanco, azul, verde, negro y rojo; en el cuerpo y base, veinte camafeos de varios tamaños.

Núm. 20. Otro vaso, hechura de tabor, de dos piezas, el pie, cuerpo y remate de plata dorada, cuyo vaso es de ágata y sobrepuestas en dichas piezas otras de oro, de hojas y flores y cintas de mediorrelieve, esmaltado todo lo más de ello de blanco púrpura, negro y verde transparente; en el pie, cuerpo y remate, diez y seis camafeos; los cuatro de lapiz lázuli, los otros de diversas piedras, y todo de varios tamaños.

Núm. 21. Otro vaso, de hechura de barco, con su piso, base y pie de piedra de diáspero oriental obscuro, que está quebrado: guarnecido el pie, base y piso de oro: el asa, que es una sierpe, también de oro, esmaltada y pintada de colores, y lo demás de blanco y azul. (*Esta pieza fue devuelta en Francia sin la sierpe de oro y la basa hecha pedazos.*)

Núm. 22. Otro vaso, de dos pedazos informes, figura de perfumador, de piedra ágata: tiene el pie y remate guarnecidos, y también el cuerpo, donde unen los dos pedazos, de plata dorada, con sus molduras y filetes sobrepuestos. En el pie, cuerpo y remate, de diferentes piezas de oro, de hojas de flores esmaltadas, las más de ellas en mediorrelieve, de azul, blanco, encarnado y verde. En dicho cuerpo y remate quince camafeos, incluso el de la cabeza puesta en el remate. (*También esta pieza fue devuelta sin este remate y con otros desperfectos.*)

Núm. 23. Otro vasito, en forma de barco, que finaliza en dos puntas, con su base y pie de piedra sanguínea, guarnecido el pie, base y asas de plata dorada. (*Faltó.*)

Núm. 24. Un vaso de piedra ágata que forma una especie de huevo de avestruz, con una solista de plata donde unen las piezas: compuesto pie y base a la unión y remate en forma de pirámide y cuatro bichas; esmaltado todo de oro, blanco, ver-

de y azul: unas frutas, cintas y cornucopias con engastes, y en ellos treinta camafeos con otras tantas cabeceitas. (*Se devolvió en Francia sin cuatro de estos camafeos, las bichas aplastadas y otros grandes desperfectos.*)

Núm. 25. Otro vaso grande armenillado, con su base y pie de sanguínea, guarnecido todo de oro, con dos cartones y dos sortijas a modo de cordoncillo: los más cartones y pie cincelados; unos gallones y flores y lo demás tallado.

Núm. 26. Un vaso grande, hechura de cuenco, de mármol egipcio blanquecino, guarnecido de plata y formando un perfumador. Tenía compuesto el pie de tres cartelas con sus garras, entre ellas tres géneros de festones, en el medio una piedra en forma de bolla, con otra unión agallonada, y una piña y hojas de las referidas cartelas con su moldura. Alrededor de la boca de dicho vaso una solista engarzando dichas carántulas; y por dentro tres chapas con sus vástagos y hojas, talladas dichas tapas, y dentro un braserito que entra en los referidos vástagos, que está calado con sus tres pies, y en él una taza con su tapa y remate y unas hojas unidas a otras en dicha taza y otras en el vaso, donde forma un perfumador con seis piedras, y por remate un género de alcachofa en forma de llamas encendidas, con unos festones, flores y cintas, todo de plata dorada.

Núm. 27. Otro vaso abarquillado muy prolongado, con su asiento, todo agallonado de piedra ágata que llamaron onís. Tiene por asa una culebra de oro esmaltada de negro; en los ojos y cuello ocho rubíes, dos de ellos canjones, dos esmeraldas chicas y todas las demás pequeñas. (*Faltó también esta pieza.*)

Núm. 28. Una taza grande de oro, con su pie tallado en unas hojas y flores de mediorrelieve, picado de zapa, guarnecido con ciento y sesenta y ocho rubíes canjones de varios tamaños, setecientas y ochenta y cuatro turquesas del mismo género, y dentro otra taza lisa, pegada a la antecedente. (*Faltaban gran número de rubíes.*)

Núm. 29. Otro vaso en forma de artesa y pie de piedra, al

parecer blasma, con la base y pie de piedra sanguínea: tiene sus engarces de oro, dos asas, que son dos delfines esmaltados de colores. El engarce donde sienta el vaso, y también el pie, de hojas, calado y esmaltado de blanco púrpura y negro, con pintas de encarnado en las venas de dichas hojas. (*Faltaron las dos asas en forma de delfines esmaltados.*)

Núm. 30. Un género de bandejita de piedra ágata, abiertas en el medio unas cañas en forma de gallones y óvalos en hondo, guarnecido con plata: compuesta dicha guarnición de hojas, flores y cordoncillos imitados a filigrana, que hacen forma de asas, y diez y ocho flores y dos cordoncillos dorados. (*Faltaba al entregarlos toda la guarnición.*)

Núm. 31. Un vaso en forma de copón, con su tapa, pie y remate de piedra ágata: el vaso y pie agallonados; la tapa lisa, y el remate y ocho piedras pequeñas: guarnecido de oro a manera de llamas; tapa y pie también guarnecidos; aquélla con dos mascarones y un género de conchas y hojas con mediacaña esmaltado de verde y calado: el pie de hojas, cintas y género de gallones; la base, una figura de cuerpo entero que mantiene el vaso con las manos, todo de oro esmaltado de blanco, negro, azul, verde y rojo.

Núm. 32. Dos salvillas iguales de lapiz lázuli, con su pie de lo mismo, guarnecidas las faldas y pie de plata dorada, con molduras, filetes, mediacaña, agallonado y tallado. (*Vino de Francia una de las dos rota por el pie.*)

Núm. 33. Un vaso redondo, con su tapa, pie y asas de sierpe, todo de piedra blasma: el remate como torneado; el pie y basa compuesto con tres cartelas, cuatro delfines, festones, hojas y flores sobre oro, todo cincelado y picado, y a la parte de adentro una chapita de plata. (*Esta pieza vino en pésimo estado, falta de un delfín y otros adornos.*)

Núm. 34. Otro vaso en forma de concha, con su cabeza al parecer de dragón: sus dos asas, base y pie de piedra sanguínea; la cabeza guarnecida; las dos asas con otras dos cabezas, y así la basa y pie. Sus engarces de oro esmaltado de verde,

azul y blanco, y las cabezas de las asas aturquesadas. (*También esta pieza vino en terrible deterioro y falta de adornos.*)

Núm. 35. Otro vaso, en forma de morrión, de piedra diáspero oriental, guarnecido el pie, base y asa de oro esmaltado de negro, blanco y algo azul.

Núm. 36. Otro vaso y su base de piedra ágata, guarnecido y formando el ala de una bicha con alas. La cabeza de la misma piedra, el pico un mascarón y hojas: en el pie y base, hojas y cinta, agallonado de esmalte rojo, y todo de oro con esmalte de blanco, verde, azul, púrpura y rojo. En la bicha tiene un collar con diez y ocho granitos muy pequeños. (*Faltó.*)

Núm. 37. Otro vaso grande, en forma de concha, y un pico grande, y donde hace la forma de concha una cabeza de águila: base y pie de piedra diáspero sanguíneo. Tiene el pie, base y la cabeza guarnecida de plata algo tallada; el del pie picado de zapa liso y dorado: sobrepuestas de oro unas piezas de hojas, cartones, cintas y engarces, y en la base y remate cuatro orlas, guarnecido todo con cuatro diamantes delgados y algunas rosas de varios tamaños con veintidós rubíes, el mayor de cinco granos y medio de área, otro de cuatro granos y dos tercios, y los restantes de varios tamaños, y con trece rubíes valagües y cinco espinelas de distintos tamaños; cuatro esmeraldas, la mayor de tres granos y tres cuartos, y las restantes de a dos granos y medio. (*La cabeza del águila vino de París aplastada y rotta, faltando además muchos rubíes.*)

Núm. 38. Otro vaso grande, ahovado y armenillado, de piedra sanguínea, guarnecido, así como la tapa y remate, pie y base, de oro: las dos asas se componen de dos mascarones con astas de carnero, también de oro. Por el revés, una cabeza de león, de lo mismo, y bajo la pierna y garza en que forma el asa: todo el engarce de la boca, hojas de metal y unas flores en la cabeza: también hojas en la tapa y ocho cabezas de carnero, hojas y flores en el remate, y asiento agallonado con hojas y una alcachofa: en el asiento de dicho vaso, cuatro cabezas de león, festones y cartones, y más abajo de dichas hojas, en el

pie, ocho cabezas con mascarillas, hojas y flores, esmaltado de verde, blanco, púrpura, negro y rosa. Regulado el oro en veintiséis onzas. (*Esta hermosísima pieza fue entregada en París hecha pedazos y falta de muchos de sus adornos.*)

Núm. 39. Otro vaso ahovado, abarquillado, de jaspe oriental, con asas y pie de plata dorada; las asas son dos del-fines tallados, y lo más, liso.

Núm. 40. Otro vaso, de hechura de taza pequeña, con su tapa, remate y cabeza de piedra jaspe oriental de colores: la tapa y pie, de plata dorada, y sobrepuesto en todo ello unas piezas de oro de flores, de hojas, de cartones y cintas, esmaltado de medio relieve de verde, blanco, púrpura y negro, y veinte engarces en forma de orlas de dicho oro, y en ellos veinte camafeos, los cinco en lápiz lázuli.

Núm. 41. Otro vaso, en forma de copón, con su tapa; remate una cabeza, base y pie de piedra ágata; guarnecido el vaso con remate, basa y pie de oro esmaltado de verde, blanco, negro y rosa. (*Vino roto.*)

Núm. 42. Otro vasito, hechura de copón, con su tapa, remate, basa y pie de piedra cornalina: guarnecido en la tapa, remate y pie de oro esmaltado de blanco y negro.

Núm. 43. Otro vaso abarquillado, con su pie de piedra diáspero oriental: la basa y pie de oro; calada y compuesta de basa de unas piezas y hojas esmaltadas de verde, azul, amarillo, blanco y negro.

Núm. 44. Otro vaso seisabado, con sus mediascañas y filetes, pies y basa de piedra adrónico, guarnecido de oro, con sus asas de lo mismo, tallado y esmaltado de blanco.

Num. 45. Otro vaso, hechura de barco arminellado, con ocho mediascañas y filetes de piedra ágata: el pie y las asas de plata de filigrana dorada, compuestas de hojas y cartón.

Núm. 46. Otro vaso, hechura de taza, con una basa y pie de lápiz lázuli, el pie y basa con guarniciones de oro calado, esmaltado de verde, unas hojas de blanco, unas cintas y unos granos de rojo.

Núm. 47. Otro vaso, en forma de tabor, con su tapa y piedra ágata: la tapa por un lado tiene un género de pelo germinado: cuerpo tapa, remate y pie de plata dorada, picada, tallada y sobrepuesto de oro: unas cintas y cartones esmaltados de azul, verde, blanco, negro y púrpura. En el cuerpo ocho camafeos: el uno de cuerpo entero y los demás de medio cuerpo: el ropaje de oro, y un perrito que tiene en la mano, también de oro, esmaltado de blanco. (*Vino hecho pedazos y las figuras quebradas.*)

Núm. 48. Otro vaso, en forma de copón, con su tapa, pie y remate de pie de ágata, todo agallonado.

Núm. 49. Un pomo, con su asa y tapa de alabastro, color de ágata, labrado con unos gallones en alto y hondo; su pie y engarce de oro.

Núm. 50. Una tacita, con su basa de piedra ágata; en la asa forma un tronco, abierto en ella unas hojas y una flor, todo de la misma piedra.

Núm. 51. Un jarro, con su asa, pie y tapa de piedra de mármol egipcio blanquisco, todo él labrado, y en la tapa a manera de un pájaro.

Núm. 52. Otro jarro, con su tapa y asa de piedra ágata onix; en la tapa, una negrilla de medio cuerpo, de la misma piedra, guarnecida dicha tapa, basa, parte del asa y pie con guarnición de oro; la del pie, agallonado y tallado con filetes; la de la boca y tapa, en forma igual, con una concha y una hoja que está sobre el asa; en la cabeza de la negrilla, un engarce con un rubí de grano y medio de área.

Núm. 53. Un vaso, hechura de concha; con su tapa, basa y pie todo de piedra diáspero, guarnecida dicha tapa, basa y pie de plata dorada, y sobrepuestas unas piezas de oro, unas flores, cartones y cintas, esmaltado de relieve de colores; en la concha, un Delfín de oro, también esmaltado, y encima de él Neptuno, de plata dorada, y en la tapa un caracol de oro esmaltado de colores. En la tapa de dicha piedra, sobrepuestos, cuatro engastes de oro, y en ellos cinco rubíes, cuatro zafiros, cinco

esmeraldas, una crisolita, tres amatistas, una de ellas blanca, dos jacintos, un granate y un aguamarina; dos girasoles y diez y seis turquesas. El rubí mayor, de tres granos de área, otro de dos granos, un zafiro de tres granos, otro de dos y dos tercios, una esmeralda de cinco granos y un tercio, otra de tres granos y todas las demás de varios tamaños. (*Tan importante pieza se entregó en París con grandes desperfectos, y se le habían arrancado casi todas las piedras preciosas que la adornaban.*)

.....

.....

A pesar de que estas joyas al llegar a España fueron devueltas al Real Gabinete de Historia Natural, de donde habían sido robadas, el rey Fernando VII, a su costa, dispuso la restauración de algunas. Allí permanecieron, casi desconocidas, durante el primer tercio del siglo XIX, hasta que, habiendo sido nombrado Director del Museo de Ciencias Naturales el ilustre botánico D. Miguel Colmeiro, al hacerse cargo de sus dependencias expuso al Ministro de Fomento que aquellas alhajas que en el Museo referido no tenían papel alguno científico que representar, debieran transferirse a algún otro establecimiento artístico, al que honrasen con su riqueza y enriquecieran como fuente de estudios artísticos, y logró que se dispusiera su traslado y exhibición pública y permanente en el de Pinturas del Prado, donde en realidad llenan su digno cometido.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN Y GALLO,

De la Real Academia de la Historia.

BEATRIZ DE ARAGON, REINA DE HUNGRIA

(1457-1508)

El viaje del joven príncipe, tan impacientemente esperado, fue primeramente proyectado para el verano de 1486. Beatriz había querido instalarle lo más magníficamente posible, y tenía mucho empeño en que aprendiera cuanto antes el húngaro. Deseaba también que trajese de Italia un obispo para que le sirviera de vicario general y de administrador. Pero es preciso también que le acompañe una mujer de experiencia, conocedora de la naturaleza del niño y del régimen que debe seguir, que cuide de él y le atienda, «si llega a desarreglarse su pobre estomaguito». Que no traiga caballos, que no son más que un estorbo para el viaje; encontrará bastantes a su llegada al país, y la reina se encargará de procurarle una escolta de honor, reclutada entre los hijos de las principales familias de Hungría.

El viaje tuvo, sin embargo, que aplazarse a causa de una nueva indisposición, después por los grandes calores y, en fin, porque Matías y Beatriz estuvieron constantemente viajando desde mediados del verano hasta fines de otoño, ya a causa de la guerra con Austria, ya para verse con el rey de Polonia, y estar por lo general en localidades en las que no hubiera podido hacerse a Hipólito una recepción digna de él (1); de suerte que la llegada del invierno obligó a Beatriz a renunciar

(1) *Mon. Hung.* (D. E.), II, págs. 159, 162, 200.

por aquel año al encuentro que esperaba con tanta impaciencia (1).

Entretanto, a fines de Julio, había llegado el embajador de Ferrara, César Valentini, que hizo un relato, lleno de calor y de vida, de su recepción, por los regios consortes en Pozsony (Presburgo). «Entré en Pozsony, escribe, seguido de trescientos o cuatrocientos jinetes, y apeados al són de las trompetas ante un soberbio castillo... Al día siguiente me recibió la reina que sufre actualmente de las piernas.» Después de contar fielmente las fórmulas de cortesanía cambiadas, continúa: «Messire César, me dijo la reina, me han dicho que traéis el retrato de mi querido hijo D. Hipólito; si queréis complacerme, mostrádmelo en seguida.» Saqué entonces los retratos, el de D. Hipólito y el del signor Alfonso (2), y luego que hube dicho a Su Majestad qué persona representaba cada uno de aquellos retratos, mostró una alegría, una felicidad extremas, diciendo que, con el pensamiento, había estrechado ya muchas veces contra su corazón a aquel hijo querido; y se esforzó en demostrar que su hijo, es decir, Hipólito, era mucho más guapo y más simpático que el otro; sin embargo, alabó también el retrato de Alfonso, pero con menos calor. Su Majestad admiró los retratos una hora entera, después los envió a su augusto esposo. La satisfacción de este último no fue menor que la de la reina; también él tomó el partido de «su húngaro», afirmando que era mucho más guapo que el otro, y concluyó por llenar el retrato de besos, lo que tras él hicieron todos los grandes y los nobles presentes, y he oído decir que el retrato circuló así de mano en mano por toda la corte» (3). Confirma este relato, en sus grandes líneas, una carta de Beatriz que re-

(1) *Mon. Hung.* (D. E.), III, págs. 190, 209.

(2) Hermano de Hipólito, hijo mayor de Hércules y Leonor, heredero del trono ducal.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.), III, págs. 137 y sig.

fiere lo satisfechos que todos quedaron del retrato de Hipólito (1).

El embajador de Ferrara acompañó después a los reyes de ciudad en ciudad. Beatriz llevó, sobre todo este año (1486), una vida agitadísima, aunque viniera padeciendo de reuma desde el mes de Abril (2). A mediados del verano, realizó por agua una peregrinación de Buda a Pesth, con arreglo a un voto que había hecho (3); en Agosto, acompañó a Matías de Pozsony a Stomfa, luego a Viena y, de allí a todos los lugares de la campaña del rey en Austria; hizo estancia en Retz, Zeuaim, Hamburgo, y pasó la mayor parte del invierno en Viena. En Octubre, sufrió su familia una gran desgracia: el príncipe Francisco, el menor de los hijos legítimos de Fernando, que había salido de Hungría poco antes y que acababa de desposarse con su prima Isabel del Balzo, hija del duque de Altamura, murió en Nápoles, en la flor de su edad (4). Durante mucho tiempo, se logró ocultar a Beatriz esta muerte prematura, el segundo duelo que la afectaba en la persona de sus hermanos; se quería tal vez esperar a que la llegada de Hipólito pudiera servirla de consuelo. Así fue, que en Enero de 1487 ignoraba aún la pérdida que había sufrido, y el embajador de Ferrara se vió obligado, por orden de Matías, a interceptar una carta del rey de Nápoles en la que se hablaba de esta muerte (5).

La duquesa Leonor estuvo también enferma este mismo invierno; esto es lo que explica tal vez el acrecentamiento de ternura que brota de una carta de Beatriz, fechada en Viena el 4 de Enero de 1487 (6).

«Vuestra Alteza es muy amable al excusarse por no haber

(1) *Mon. Hung. (D. E.)*, III, pág. 155.

(2) *Ibid*, pág. 90.

(3) *Ibid*, pág. 124.

(4) Notar Giacomo, o. c., pág. 160, o Passero, o. c., pág. 47.

(5) *Mon. Hung. (D. E.)*, III, pág. 243.

(6) *Ibid*, pág. 233.

podido enviar todavía a Su Señoría D. Hipólito, y se me saltan las lágrimas al leer que, según nuestro deseo, nos hubierais enviado con gusto a D. Hipólito, como le enviaréis pronto, aunque no hubiera obtenido la elevada dignidad que para él solicitamos. Recibid la expresión de nuestro más efusivo agradecimiento por tan gran afecto, y esté bien persuadida Vuestra Alteza de que recibiremos a su hijo con un amor maternal tan sincero como la solicitud que ponéis en enviarlo. Nuestra alegría no se verá disminuída por el retraso ocasionado a su viaje, primeramente por la enfermedad, después por el rigor del invierno; queremos ante todo verle llegar en buena salud; por esto aprobamos lo que habéis hecho, y solamente deseamos que se ponga en camino la semana siguiente a Pascuas. Dejamos a Vuestras Altezas el cuidado de decidir si ha de venir por tierra o por mar, porque pensamos que estáis bien informados respecto a la seguridad de los caminos, a la que atenderemos nosotros mismos cuando él y su séquito hayan llegado a la frontera de nuestro territorio.»

Beatriz tuvo todavía que dar pruebas de paciencia, porque la corte de Ferrara aplazaba, sin cesar, el viaje con fútiles pretextos, tales como la falta de dinero; por fin, el arzobispito salió el 16 de Junio con su acompañamiento, del puerto de Ferrara. Tocó en Chiggia, y continuó hacia Zengg por el Adriático (1).

Mientras tanto, graves complicaciones tenían en Nápoles un desenlace sangriento, después de haber causado durante diez y ocho meses muchas inquietudes, no solamente al rey Fernando, sino a Matías y a Beatriz que, desde principios de 1486, pedían sin cesar a los duques de Ferrara noticias del reino de su padre y suegro común.

Fernando, que, en su vejez, había caído cada vez más bajo la influencia del príncipe heredero su hijo, y le toleraba cada

(1) Archivos de Estado de Módena, Camera Ducale, Registri varii Intra e Spesa; *ibid*: Arch. Propr. Minut. Cron., 1845-1486.

vez más sus recriminaciones y sus actos de violencia, había, en gran parte, por sí mismo provocado la ruptura con el Papa Inocente VIII, negándose rotundamente a pagarle el tributo, del que su predecesor le había eximido, y procediendo arbitrariamente en la colación e imposición de los beneficios eclesiásticos. Y en estas circunstancias poco propicias intentó el rey reducir a la obediencia, por la fuerza o la intimidación, a sus grandes vasallos, los «barones», siempre revoltosos, e imponerlos una dependencia más estrecha que hasta allí. La consecuencia fue que, durante el verano y el otoño de 1485, una gran parte de los barones, los Sanseverino, los Balzo y los Acquaviva, entre otros, se rebelaron abiertamente contra el rey y, no habiendo podido atraerse al hijo menor de aquél, Federico, ni hallar apoyo en la casa real, se pusieron bajo la protección del Papa, señor soberano de Nápoles, al mismo tiempo que las ciudades de Aquila y Salerno enarbolaban también la bandera pontificia. El Papa les recibió el juramento, declaró en debida forma la guerra al rey, y, en Roma, el muy influyente cardenal Julián de la Rovera, que tenía lazos con Francia, aumentó el peligro con la resurrección de las pretensiones de la casa de Anjou al trono de Nápoles (1).

Apoyado por los Orsini, que estaban con él, porque los Colonna estaban con el Papa, el príncipe heredero Alfonso de Calabria marchó decididamente sobre Roma, mientras que los dos beligerantes buscaban por todas partes aliados. Venecia y Génova se declararon por el Papa; Florencia y Milán, por el rey de Nápoles; Ferrara se esforzó en guardar neutralidad, invocando toda clase de pretextos. El rey se dirigió también naturalmente a Matías, que contestó a su llamamiento. Tenemos numerosas pruebas de la estimación y del respeto que profesaba Matías a su suegro, al que colmaba de atenciones y al

(1) Véase a este propósito la obra de Camillo Porzio *Congiura dei Baroni*; Muratori: *Annali*, 46, pág. 164 y sig., Gregorovius: *Geschichte der St. Rom.*, t. VII, pág. 272 y sig.

que estaba siempre dispuesto a servir (1). En cuanto a Beatriz, ardía en celo por la causa de su padre; veía el dedo de la Providencia en todo lo que era feliz para Nápoles, y tenía la convicción de que «Dios, que es justo, dará la victoria completa al rey su padre, y castigará a los rebeldes, así como al Papa y a sus ambiciosos cardenales (2)». Desde que llegaron las primeras alarmantes noticias, daba ella pruebas de un celo infatigable por la defensa de los intereses de su padre: escribía a Ferrara, a Milán, en demanda de socorros; a Venecia, para tratar de separarla de la Liga; escribió incluso al Papa una carta en que los halagos alternaban con las censuras (3). En fin, se declaró dispuesta a enviar en el acto tropas a sus expensas (4), y empleó, naturalmente, su influencia con su esposo, para que la ayuda que se quería prestar fuese todo lo eficaz posible.

El 29 de Enero de 1486, Matías declaró, en su castillo de Buda, en presencia de los prelados, de los grandes del reino y de los embajadores italianos, que iba a prestar su apoyo al rey de Nápoles; que si el Papa continúa prestando el suyo a los sublevados, le negará la obediencia, y llevará su causa ante un concilio ecuménico, y que declarará la guerra a Venecia si ésta toma parte en la lucha (5). Además, se dirigió al rey de

(1) Véase: Cartas del Rey Matías, II, IL, así como en las páginas 97, 104 y 369.

(2) Carta a Leonor, del 2 de Mayo de 1486, *Mon. Hung.* (D. E.) III, página 95.

(3) «Cum il dolze et cum lo amaro»: véase en los *Mon. Hung.* (D. E.) III, pág. 57, la carta que escribió al embajador Belprato.

(4) Despachos del embajador de Milán, del 4 de Abril de 1486, *Mon. Hung.* (D. E.) III, pág. 78, de la embajada de Nápoles del 20 de Febrero, en los Archivos de Estado de Módena, e ibid, la copia de una carta sin fecha, dirigida por Beatriz a Francisco Fontana en Nápoles.

(5) Despacho del embajador de Ferrara en Milán, del 4 de Abril; Archivos de Módena, secre, c. Es probable que también por esta época escribiera Matías a su embajador en Nápoles la carta de la que se conserva una copia sin fecha en los Archivos de Estado de Milán (Sez. Storica Pot,

Francia, al duque de Milán y a la República de Florencia para reclamar su ayuda en favor del rey de Nápoles; le parecía «des-honroso» para él abandonarle en esta necesidad (1). Al mismo tiempo obtuvo, por su influencia en Constantinopla, que el sultán, gran amigo de Venecia en aquel momento, impidiera que la República atacase a Nápoles (2).

Cumplió sin tardar su promesa concerniente al envío de socorros. Según informes de Ferrara, el rey y la reina empezaron, en el mes de Marzo, a mandar caballería a Manfredonia, y los envíos de tropas continuaron en Junio y hasta en Setiembre. Sucedió que una galera del Papa apresó, cerca de Ancona, un navío húngaro con treinta jinetes (3). Parece que Matías pensó también en aprovecharse de la presencia de sus tropas en Italia para realizar conquistas (4); la ocupación de Ancona, algo más adelante, parece confirmar esta suposición.

Sin embargo, la prontitud de este socorro no satisfizo todavía por completo al rey de Nápoles, impaciente por la situación penosa en que se encontraba. Las instrucciones que envía a principios de Julio a su embajador en Hungría, Antonio Brancia, con palabras lisonjeras para Matías y Beatriz, contienen también censuras; descríbele la alegría de él y sus partidarios, el terror que sus enemigos han experimentado ante el solo anuncio de que Matías enviaba tropas, y hasta de que vendría en persona; y he aquí que tales retrasos hacían que nacieran dudas respecto a la seriedad de esos proyectos. Lo espera todo de Beatriz; es preciso que el embajador se en-

Estere, Ungh.), y en la que habla del Papa en tono irritadísimo, diciendo «que no espera ya nada bueno de él».

(1) Carta de Matías al embajador en Nápoles, Francisco Fontana, del 28 de Abril de 1486. Archivos de Estado de Módena. (Cart. Dipl. Est.)

(2) Despacho del embajador de Ferrara, de 17 de Agosto de 1486. *Mon Hung.* (D. E.) III, pág. 173.

(3) Despacho del embajador en Milán, del 15 de Junio. Archivo de Estado de Milán, secr. c.

(4) Despacho del embajador de Ferrara en Milán, del 4 de Abril, relativo a este proyecto. Archivos de Estado de Módena.

tienda con ella; la discreción y el tacto de la reina le mostrarán lo que la salud de su Estado exige que haga (1).

En las instrucciones que dirige a principios de Agosto a su embajador Jerónimo Sperandio, Fernando habla ya con más aplomo (2). Anuncia la prisión de una parte de los conjurados, las confesiones que han hecho, y da a Matías consejos llenos de unción sobre la política que se debe seguir, y que consistiría en hacer la paz con el emperador para emplear todas las fuerzas contra los turcos, política que Beatriz debía apoyar.

Entretanto, las operaciones de guerra entre Roma y Nápoles continuaban bastante flojamente y con alternativas de éxito; por fin, los amigos de la paz en Roma, aprovechando la ausencia del cardenal Julián, el rey de España y Lorenzo de Médicis en Nápoles, lograron decidir al Papa y a Fernando a hacer prontamente la paz, lo que se realizó sin contar con los barones y los aliados; de suerte que una gran parte de las tropas auxiliares húngaras llegó efectivamente demasiado tarde. El rey, aunque pudo considerarse como el vencedor en esta guerra, aceptó todas las condiciones y prometió cuanto se quiso: tributo, juramento de sumisión al Papa y amnistía a los sublevados, naturalmente, con la intención de no cumplirlo. Los barones fueron sometidos a los tribunales, a pesar del juramento de fidelidad que habían prestado (3). Los favoritos enriquecidos del rey corrieron la misma suerte, generalmente por una simple sospecha de complicidad. Mujeres y niños encarcelados, hombres enviando desde el cadalso su último adiós a sus hijos, cadáveres arrastrados por toros salvajes por las calles de Nápoles, luego descuartizados; tales son las últimas escenas de la sangrienta aventura conocida en la historia con el nombre de conjuración de los barones, y que

(1) Instrucciones a los embajadores. Sección de manuscritos en Bibl. Nacional de Nápoles. (XIV, t. 5, f. 14.)

(2) *Ibid.*, f. 186.

(3) Muratori. *Annali*, t. 46, págs. 169-170. Pastor, o. c.. III, pág. 190 y siguientes.

Gregorovius llama justamente «el drama más horrible del siglo xv» (1).

Beatriz hubo de regocijarse al saber «el triunfo de la justa causa de su padre»; el Papa se limitó a formular una tímida protesta contra el perjurio cometido con los barones a quienes él mismo excitara a la rebelión, y Fernando se esforzó en convencer a las potencias de lo legítimo de su conducta, enviándoles los documentos del proceso, que hizo imprimir (2). Pero la crueldad, con la que, a instigación sobre todo del Príncipe Alfonso, ahogó la rebelión, no contribuyó al afianzamiento del trono de los Aragón en Nápoles, cosa que su descendencia, aunque inocente de sus atrocidades, había de comprobar pronto cruelmente.

Mientras que en Nápoles son ejecutados los últimos condenados, baja a la tumba un hombre cuya muerte no pudieron saber sin emoción Beatriz y Leonor (3). Era Diómedes Carafa quien, después de haber servido toda su vida con gloria y honor a su soberano, se había dormido para el sueño eterno, el 17 de Mayo de 1487, en el castillo del Ovo, del que era comandante (4).

Durante estos acontecimientos, habíase producido una interrupción en la guerra con los turcos, pero las relaciones con éstos preocupaban constantemente a Matías y, a veces, a la misma Beatriz.

A la muerte de Mahomet II había estallado una guerra civil por la sucesión al trono. Pretendíanlo sus dos hijos, Bayaceto y Djem. Bayaceto triunfó, y el otro, obligado a huir, se puso bajo la protección del gran maestro de Rhodas. Matías, fundándose en que una hermana de su abuela, robada por los

(1) *Geschichte der St. Rom.*, VII, págs. 272-273.

(2) Muratori: t. c., págs. 174 y 175.

(3) Carta de Leonor a Beatriz, del 10 de Junio de 1487. *Mon. Hung.* (D. E.) III, pág. 307.

(4) Notar Giacomo: o. c., pág. 163. V. también: Reumont, o. c., página 197, y T. Persico, pág. 140.

turcos, se casó, según ciertos rumanos, con Amurat II, y resultaba madre de Mahomet II, consideraba a Djem como primo suyo, y quiso darle asilo con la intención bien definida de hacer la guerra a Bayaceto, apoyándose en aquel pretendiente y su partido (1).

Parece que el mismo Djem deseaba ir al lado de Matías, el único del que pudiera esperar un apoyo para hacer triunfar sus reivindicaciones; pero Venecia, que se había puesto de parte de Bayaceto e intrigaba siempre contra Matías, logró que el gran maestro no le dejase marchar a Hungría y le internase en uno de sus castillos del Mediodía de Francia. A principios de 1486, se concibió un plan de evasión del Príncipe Djem, con objeto de traerle a Hungría. Beatriz mantuvo a este propósito una correspondencia secreta con la corte de Ferrara; tratábase principalmente de las instrucciones verbales que había que dar a un tal Andriolo Fortis, que les servía de agente (2), y respecto a las cuales, Hércules recomendaba a su cuñada que guardase el mayor secreto (3). Pero el proyecto fracasó, y Matías trató de lograr sus fines por la vía diplomática. Envió al rey de Francia a Juan Filipece, obispo de Nagyvarad, al que había nombrado canciller en sustitución de Pedro Varadi. El enviado partió con numeroso acompañamiento y ricos presentes, de los que una parte procedía de Beatriz; tenía también por misión proponer al rey una alianza contra el emperador de Alemania. Pero aunque el prelado se mostró locamente pródiigo en Francia para hacer amigos a su amo (4), no pudo sacar a flote el asunto del Príncipe Djem. Venecia intervino de nuevo, y, para concluir, Djem fue llevado a Roma para ser guardado en la corte de Roma y bajo su vigilancia.

(1) Fraknoi: *El Rey Matías* (en húngaro), págs. 297 y siguientes.

(2) Véanse las cartas de Leonor y Beatriz. *Mon. Hung.* (D. E.) III, páginas 83, 100 y 180, y IV, pág. 367. Carta de Matías a Hércules, del 15 de Febrero. *Cartas del Rey Matías*, II, pág. 299.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.) III, pág. 110.

(4) Bonfin: *Dec.* IV, lib. VII, pág. 464.

Mientras tanto, las hostilidades con Austria no habían cesado un instante, y Matías avanzaba lenta, pero seguramente, en la realización de su proyecto, que era someter todo el ducado de Austria. El emperador de Alemania, con el que las cortes de Nápoles y Ferrara le seguían apremiando para hacer la paz (1), había irritado vivamente a Matías al hacer, en Febrero de 1486, que fuese elegido rey de los romanos su hijo Maximiliano, por una asamblea de electores, a la que no fue convocado el rey de Bohemia, y el haber así cortado para otro el camino del imperio. Matías trató de formar una coalición europea para hacer anular esta elección, tachada de ilegalidad; se dirigió primeramente a Ulaszló, que era el más directamente lesionado, y le invitó a una entrevista en la ciudad de Iglan, en Moravia.

Los dos reyes se encontraron el 1.º de Setiembre, y su entrevista se prolongó once días; esta vez, Beatriz no acompañaba a su esposo; se contentó con enviar al rey de Bohemia ricos regalos, consistentes sobre todo en ropas de cama, mantelerías, tan ricamente ornadas de oro y plata, que el embajador de Ferrara las estima en 5 a 6.000 ducados (2). La entrevista no tuvo gran resultado práctico porque no deshizo lo hecho en Francfort, y las deliberaciones sobre las que se guardó el más profundo secreto, hubieron de tener por objeto estrechar los lazos de amistad entre los dos soberanos (3).

Matías continuó, pues, sus operaciones cada vez con más vigor; en el verano y el otoño de 1486 se apoderó de Zellen-dorf (4), Laa, Retz y Eggenburg; después, habiendo pasado

(1) Carta de la duquesa Leonor a Beatriz, del 20 de Mayo de 1486. Archivos de Estado de Módena, secr. dic. c.

(2) Estudio de Orvay en los *Szazadok*, loc. cit. (en húngaro).

(3) Despacho del embajador Valentini, enviado desde Pozsony el 28 de Setiembre. *Mon. Hun.* (D. E.) III, pág. 188.

(4) No se puede entender Zellendorf bajo los nombres de «Ciscerstorf», «Czistorf» y «Cistertolph», que mencionan Bonfin y los despachos de los embajadores contemporáneos.

lo crudo del invierno en Viena, se presentó en los primeros días de la primavera, ante Wiener-Neustad, que sus tropas sitiaban desde hacía tiempo, y que Federico había abandonado. El rey tomó la dirección de las operaciones del sitio. Beatriz seguía al rey casi a todas partes; se la ve en Viena, Zuaim, Retz, Hainburg, Klosterneburg, Ebenfurt (1), en el dominio dado por el rey a Esteban Zapolyai y, frecuentemente, en Lichtenwörth (2), cerca de Wiener-Neustadt.

Días antes de su vuelta a Viena, a fines de 1486, habían presentado a Matías y Beatriz un hombre cuyo nombre hemos citado varias veces, y del que los historiadores de la época hablan con mucho encomio. Era Antonio Bonfin, natural de Arcoli, al que atraía, escribe, la fama de Matías y su mujer, y el cual, cuando se presentó, ofreció sus obras a los reales consortes. Bonfin dice que no tenía intención de permanecer en la corte, pero el rey le retuvo, ofreciéndole crecidos honorarios por ser el lector de la reina (3).

Hasta más adelante, a lo que parece, no le fue confiada la misión de escribir la historia de Hungría, y el mismo Bonfin declara que Matías le pidió solamente la historia de los primeros tiempos de la monarquía; por lo demás, no pudo ir más adelante durante la vida del gran rey, y dicese que Ulaszló fue el que le animó a continuarla. Sea como fuere, lo cierto es que las partes más notables de esta obra histórica son las que se refieren a la historia contemporánea, o, por lo menos, a la época más próxima. Hay en el papel de Bonfin analogías salientes con los ejemplos que ofrecen las cortes de la Italia contemporánea y, en particular, aquellas con las que Beatriz estaba en relaciones. También Fernando encarga a Pontano que es-

(1) Los escritos contemporáneos le llaman Embfurt.

(2) Esta localidad figura con los nombres de Linchebert, Lintheberg, Lintenberch o Lutenberg, en Bonfin, y en la correspondencia de Beatriz.

(3) *Decas*, IV, lib. VII, pág. 463. Sin razón, le hace Tiraboschi (o. c. XVI, pág. 208) preceptor de Beatriz.

criba la historia de las guerras civiles de su tiempo; y es muy probable que esta obra, del excelente latinista y ministro de Estado (1), sirviera de modelo a Bonfin, el cual se ha atendido, por lo demás, a Tito Livio para la división de sus *Decas*, igual que su contemporáneo Flavio Biondo en su historia de Italia. Y así como el marido de Beatriz confiaba a Bonfin la misión de escribir la historia de los húngaros, el esposo de Leonor, hermana de Beatriz, daba a Pandolfo Collenuccio la de escribir la historia de Nápoles (2). En suma, la obra histórica de Bonfin es, desde el punto de vista de la seriedad, de la seguridad de las informaciones y de la perfección de la forma, muy superior a la mayor parte de las obras históricas de aquella época, y no es el menor mérito de Matías y Beatriz el de haber puesto al servicio de la corte de Hungría a un sabio, escritor fecundo y elocuente (3).

Mientras que Beatriz permanecía con Matías en los alrededores de Wiener-Neustadt, sitiada, recibió, a principios de Julio de 1487, la noticia de que su sobrino, el arzobispo Hipólito, había llegado a Zengg. Ella le había escrito ya para expresarle la mucha alegría que le causaba su llegada; le informaba de que se habían tomado todas las medidas para facilitarle el viaje, y que mandaba a su encuentro hasta Zagrab (Agram) a su primo el conde Bernardino Frangepan (4), mientras que ella contaba con ir a esperarle a Sopron (Oedenburg). César Valentini, que había hecho todos los preparativos para la recepción en Esztergom, iba también a Zagrab, y de Buda le enviaban carruajes a aquella población (5). El convoy se componía de

(1) *Historiae Napolitanae. De bello Napolitano, libri sex.* T. V. de la Colección Gravier, 1769.

(2) *Compendio dell'Istoria del regno de Napoli.* Venecia, 1591.

(3) V. el elogio de Matías como Mecenas y de Bonfin como escritor, en *Vecchioni* (Notizie), págs. 85-88.

(4) Se había casado con Eloísa, prima de Beatriz.

(5) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 312.

38 vehículos, y la escolta de 85 jinetes; estos últimos iban uniformados y llevaban ricas armaduras (1).

Retenida por una indisposición, Beatriz tuvo que renunciar en el último momento a ir a recibir en Saprón a su sobrino, tan impacientemente esperado. Se hizo representar por Esteban Fodor —Crispus,— más adelante obispo de Szerem, a quien las crónicas de la época llaman su favorito, y que tenía el dón de divertir a sus huéspedes. El rey se hizo representar en Sopron por Esteban Bathori, voivodo de Transylvania y gran juez de Hungría (2). He aquí cómo Hipólito da cuenta en una carta a su madre de la recepción que le hizo el rey (3):

«Continuando mi camino de excelente humor y buena salud—escribe de Wieder-Neustadt, el 22 de Agosto,—salí de Sopron el miércoles último, acompañado por uno de los capitanes del rey que se llama voivodo, y numerosos hombres de armas, para ir a encontrar a Sus Majestades el rey y la reina en su campo y presentarles mis homenajes. A unas cuatro leguas del campo encontramos una numerosa y brillante tropa, e inmediatamente vimos al rey que venía a mi encuentro. Le besé la mano y le saludé en nombre de Vuestras Altezas; me recibió con suma bondad, una afabilidad que no puedo describir, y no permitió que me apease del caballo. En fin, Su Majestad me condujo a un castillo a veintitrés horas del campamento (4), en donde se encuentra Su Majestad la reina, que sufre desde hace poco unas tercianas. ¡Su Alteza mi madre puede imaginarse con qué alegría y qué bondad me recibió! Me colmó de tantas bondades y me procuró tantas distracciones, que no podría hacer más aun cuando yo fuera mil veces su hijo. Permanecí algún tiempo con ella; después, con su per-

(1) Despacho de Valentini y carta de Hipólito, *Mon. Hung.* (D. E.), páginas 322 y 325.

(2) Bonfin: *Dec.* IV, lib. VIII, págs. 467-468.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 327.

(4) Es Lichtenwörth, de donde salió Beatriz para hacer su entrada en W.-Neustadt. (Schober, o. c., pág. 279.)

miso, Su Majestad el rey me llevó a su campamento por tres o cuatro días, y Su Majestad quiso a todo trance que ocupara una de sus habitaciones, mientras que él iba a acostarse bajo la tienda. Mientras tanto, Wiener-Neustadt se ha rendido, y el rey ha entrado ayer con gran pompa y se ha posesionado de la ciudad.»

El hecho de que Hipólito asistiera a la entrada solemne en Wiener-Neustadt está confirmado por Bonfin, que dice que el joven arzobispo, en su calidad de primado del reino, seguía a caballo inmediatamente al rey (1). Le da diez años en este pasaje de su libro; en realidad, no los tenía, pero los retrasos de su nombramiento y de su viaje habían tenido, por lo menos, la ventaja de permitir que el nuevo favorito de los reales consortes alcanzase la edad de ocho años. ¡Qué edificante espectáculo debía ser el de un arzobispo de Esztergom, en cuyo séquito tenían los puestos principales el preceptor y una nodriza (2), y cuyos equipajes contenían una cantidad considerable de juguetes! (3)

Hipólito respondió a lo que pensaban los reyes, todo lo que podía esperarse de un niño de esta edad: desempeñó bien su papel: era amable y debía de ser despejado. Lo que autoriza esta opinión, no son solamente los informes del enviado de Ferrara (4), sino los hechos posteriores, que demuestran que Matías cobró mucho afecto a su sobrino, que permanecía gustosamente con su mujer en su residencia arzobispal de Esztergom; es probable que todo lo bueno que Matías escribió más adelante,

(1) *Dec. IV*, loc. c., y el *Prefacio* de Filostrato. (Kollar *An. Vind.*, página 819.

(2) Madame Cassandra della Pena. (Alb. Nyary, o. c. *Szazadok* (en húngaro), 1872, pág. 295.

(3) Su madre le envía aún pelotas para jugar, en Noviembre de 1488. *Mon. Hung.* (D. E.) III, pág. 446.

(4) *Mon. Hung.* (D. E.) III, pág. 329.

de Hipólito al padre de éste, no era sino la expresión sincera de su satisfacción y de su afecto (1).

La llegada de Hipólito a Hungría, que causó tanta alegría a Beatriz, que no podía ya vivir lejos de él, ha sido cantada por uno de los más grandes poetas de Italia, y al mismo tiempo favorito de la Casa de Este: Ariosto, en su célebre epopeya, el *Orlando furioso*, que dedicó a Hipólito, ascendido, entretanto, a cardenal. Predijo en términos hiperbólicos la elevación futura de la Casa de Este, objeto de los cuadros bordados por Cassandra en el tapiz mágico de la tienda, bajo la que Roger, el antepasado de la dinastía de Este, celebró sus bodas con Bradamante (2).

III

La llegada de Hipólito llevó a su apogeo la influencia italiana y coronó la creación de aquel «mundo italiano en Hungría», tal como sus conciudadanos lo esperaban de Beatriz, pero que se atrajo el odio de sus súbditos húngaros, aunque el hecho obedecía a algo más que a un efecto de su voluntad. Añadamos que no hay proporción entre los resultados de los efectos que obtuvo en ese terreno y la reacción que provocaron, cuyas duras consecuencias tuvo ella que soportar más adelante.

Numerosos hechos demuestran que Matías y Beatriz se esforzaban sinceramente en respetar todo lo posible el sentimiento nacional de los húngaros, sin perjuicio de hacer prevalecer una política imperialista conforme con los instintos naturales de Matías y el gusto de dominación innato de Beatriz. Es que importaba mucho al rey, sobre todo en sus comienzos, hacer popular a su nueva mujer, y debía saber que no podía imponer por la fuerza a la nación aquella vida de corte, aquella nueva civilización de que él gustaba.

(1) Carta fechada el 10 de Febrero de 1488: *Cartas del Rey Matías*, II, pág. 338.

(2) Canto XLVI, estancias 86 y 89.

Beatriz era bastante inteligente para conocerlo ella misma. Ciertamente es que la mayor parte del país le fue desconocida; no estuvo nunca en las provincias del Este, y pasó casi la mitad de su tiempo al lado del rey en territorio austriaco. Cuando no se hallaba en la capital, estaba en los campamentos o de caza, o bien visitaba ciudades habitadas casi exclusivamente por alemanes, como Buda (1); no iba a visitar sus propiedades, y la tradición no ha conservado ningún recuerdo de sus relaciones con el pueblo de los campos. Fuera de sus cortesanos, sus principales relaciones eran con soldados y sacerdotes, y no veía sino rara vez damas de la nobleza húngara. En Pozsony y en Viena invitaba a menudo a sus veladas a damas de la burguesía (2), y a estos círculos fue a buscar reposo a la muerte de su marido (3); aceptaba también regalos que la hacían los burgueses (4). En cambio, hacía ella también ricos presentes a tal o cual de sus partidarios húngaros, como el que hizo, por ejemplo, a Esteban Zapolyai con motivo de su boda (5). Abrigaba el propósito de unir su parentela con familias húngaras, mediante enlaces matrimoniales; sabido es el que proyectó para Fernando de Este; su prima Eloisa de Aragón era ya mujer del conde Bernardino Frangepan, antes de la llegada de Beatriz a Hungría. La reina dió la hija de esta prima, María Magdalena, en matrimonio al hijo del difunto voivodo de Transilvania, Jaran Dengelegi, Pongracz, que estaba emparentado con Matías, y los regios consortes la dieron una dote de 8.000 florines de oro (6). Otra hija de Bernardo Fran-

(1) V. Desiderio Csanki: «La geografía histórica de Hungría en tiempo de los Hunyadi» (en húngaro), t. I, pág. 5.

(2) Cuentas de la ciudad de Pozsony (archivos de la ciudad), notas de los meses de Diciembre de 1477, Setiembre de 1482 y 1483, Schover, o. c., página 397.

(3) Ibid, nota del 18 de Abril de 1490.

(4) Ibid, nota de 1483.

(5) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 257.

(6) Documento fechado el 23 de Junio de 1489 en los Archivos nacionales húngaros, publicados por Teleki, t. XII, pág. 455.

gepan, Beatriz, que fue más adelante mujer de Juan Corvino, hubo de ser, según toda verosimilitud, ahijada de la reina, y estaba educada en la corte (1). Beatriz hizo casar a una de sus damas, Antonieta, condesa de Salerno, con Juan Vajdafi de Leva, y le constituyó con el rey un dote de 6.000 ducados (2).

Parece cierto, además, que Beatriz había aprendido algo el magiar, y hablaba esta lengua; así se lo aconsejó, antes de su marcha, Diómedes Carafa. Matías, aunque sabía muchas lenguas, no pensaba nunca más que en húngaro (3), y se lo había probablemente exigido a ella, quien a su vez lo exigió de los parientes suyos que venían a Hungría, cosa que no habría podido hacer si no hubiese dado el ejemplo. A ello exhortaba también a Hipólito, y cuando se trató por segunda vez de hacer venir a su sobrino Fernando de Este, recomendó expresamente a su cuñado, el duque Hércules, que no enviase con su hijo muchos italianos; como el rey quiere considerarle como hijo, será preciso que se rodee de húngaros para hacerse a sus costumbres y habituarse a sus usqs (4). Felipe Bergomensis dice, en el prólogo que sirve de dedicatoria a su libro, que los embajadores y los particulares podían hablar a la reina en latín, en húngaro o en alemán, y que nunca se veía perpleja para contestar en estas lenguas.

Su más próximo pariente, el mismo Hipólito—sin duda para complacerla,—trató en los comienzos de hacerse querer de los húngaros y aprender su lengua. Más adelante, tenía aún predilección por los objetos de lujo de fabricación húngara: importó a Italia coches de gala fabricados en Kassa (Cracovia); hacía frecuentes pedidos de orfebrería a maestros de Buda, Kormoczbanya, Nagybanya y Transilvania; incluso

(1) Schönherr: o. c., pág. 226.

(2) Archivos nacionales de Hungría. D. 24.762. (3 de Abril de 1482.)

(3) Fraknoi ve la prueba en su estilo latino. Introducción al t. II de la correspondencia de Matías.

(4) Carta de Beatriz a Hércules, del 28 de Julio de 1488, *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 428.

hizo traer a Ferrara, célebre entonces por sus arcabuceros, un mosquete fabricado en Miskolcz (1). Hay que pensar que sabía un poco de húngaro, porque los informes que los administradores de sus beneficios enviaban a Italia están llenos de términos magiars (2); pero se tiene también la prueba de que no sabía aún esta lengua en los tiempos que siguieron inmediatamente a la muerte de Matías (3).

Estas débiles concesiones y tentativas, estos esfuerzos no podían satisfacer a los húngaros, correr un velo sobre la continua extensión del espíritu y de los intereses extranjeros, y hacer cesar la oposición radical que existía entre el carácter, la manera de comprender la vida de los italianos llegados en montón en pos de Beatriz, y el carácter húngaro, que el mismo Bonfin califica de obstinado (4).

Bonfin hace constar con satisfacción en su *Historia*, que desde la llegada de Beatriz, «Matías ha introducido elementos italianos en las costumbres escritas de su pueblo, que ha purgado Hungría de usos rústicos, que hasta se esforzaba en hacer de ella una segunda Italia (5)». También Naldus Naldius esperaba que cuando Matías tenga un hijo hará de su reino otra Italia (6). Celio Calcagnini alaba a Beatriz por haber suavizado «las costumbres salvajes de un rey que fue educado entre los bárbaros (7). Atribuíase a la reina—y probablemente no sin razón—el cambio radical que se había efectuado en las costumbres de la corte. Bonfini cuenta que la guardia que Matías juzgaba en otro tiempo inútil se hizo permanente. El rey no fue ya accesible al primer llegado; las mesas puestas,

(1) B. Alb. Nyary, o. c., *Szazadok*, 1870, págs. 677-679.

(2) L. Ovari: *Investigaciones en los Archivos de Módena y de Mantua*. *Szazadok*, 1889, pág. 393.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 430.

(4) «*Durae cervicis ungari*», Dec. IV, lib. VIII, pág. 746.

(5) Dec. IV, lib. VIII, pág. 459.

(6) M. Bel: o. c., 1, 3, pág. 226.

(7) V. su *Elogio de Beatriz*, ed. cit.

las comidas en común del rey con sus capitanes, los grandes del país o hasta otras personas, la confianza y la sencillez que se encuentran, más bien en los campos que en la corte, desaparecieron; los húngaros encontraban al rey más frío, más reservado (1). Los trajes nacionales fueron reemplazados por la etiqueta italiana; pero la prodigalidad siguió siendo el rasgo distintivo de la corte, y, sobre todo, de la mesa del rey.

La influencia extranjera habíase ya hecho sentir bajo la dinastía de los Anjou en el traje de los grandes, y, sobre todo, de los cortesanos, y había también hecho conquistas en las otras clases de la población; pero la gran transformación en este punto se realizó bajo el reinado de Matías, y, en particular, desde la llegada de Beatriz.

Beatriz y su sobrino Hipólito se proveían en el extranjero de telas y paños finos, y a menudo, hasta de pieles y joyas; los hacían venir de Brabante, de Flandes, de Lyon, de Cambray, de Cracovia, de Florencia, de Incas, de Venecia; la reina tenía un sastre italiano—en 1480 era el maestro Simón,—al que encargaba también compras en el extranjero. Este sastre trabajaba igualmente para el rey (2).

Los trajes a la italiana no eran, pues, cosa insólita en la corte de Hungría, aunque, de otra parte, ciertos indicios hacen pensar que los italianos de la reina veíanse obligados a acomodarse, hasta cierto punto, a la moda y a las costumbres húngaras. El embajador del duque de Milán, al enviar, en los últimos años del reinado de Matías, un informe a su señor sobre los preparativos que se hacían para la recepción de la princesa María Blanca, recomienda que los miembros de su séquito se manden hacer trajes de cuerpo largo, porque tal es la moda de la corte en Hungría, y los justillos cortos italianos escandalizarían aquí (3). En cambio, Matías había introduci-

(1) *Apología de Udis* (barón Roszner), pág. 474.

(2) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 366, IV, pág. 118. B. A. Nyary, o. c., *Szazadok*, 1870, pág. 683.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 31.

do, por lo menos en su corte, entre sus grandes, sus prelados y sus capitanes, la moda de llevar el pelo rizado y flotante y de afeitarse el rostro, como era costumbre de las personas distinguidas en el siglo xv en Italia y en una gran parte de la Europa central y occidental.

Es cierto que esta moda data entre nosotros del segundo matrimonio de Matías, y, conociendo las tradiciones y el carácter de los húngaros, que les parece ver una muestra de virilidad en el uso de los bigotes, puede suponerse que tal moda no se introdujo sin oposición.

Además de las modas italianas, las relaciones comerciales, cada vez más activas entre los dos países, contribuyeron también a facilitar las conquistas que el gusto y los intereses italianos realizaban en Hungría en tiempo de Matías y Beatriz. Matías mismo envió varias veces agentes a hacer compras en Florencia, y los recomendaba a Lorenzo de Médicis (1); son conocidas las relaciones que mantenía con los pintores iluminadores de aquella ciudad, así como las medidas que tomó para la adquisición de obras de arte o productos del arte decorativo, y del establecimiento de artesanos y de artistas en el país. Su cuñada, la duquesa de Ferrara, le enviaba toda clase de caretas, cosa que le agradaba, según se dice (2); puédesse suponer, por lo tanto, que se usaban también en la corte de Matías. Beatriz hacía compartir al rey y a la corte su afición a los productos delicados de la agricultura y la horticultura italianas. Hacíase enviar por la corte de Ferrara queso de Plasencia, comino dulce de Forli, anguilas en conserva para la Cuaresma, pepitas de melón y simientes de ensalada de Florencia, castañas, aceitunas, cebollas en vinagre y crudas de Ferrara; estas últimas, como golosinas, agradaron tanto a Matías, que

(1) *Cartas del rey Matías* (Mátyás Király levelei), págs. 340, 436.

(2) *Mon. Hung.* (D. E.) IV, págs. 8-10. *Le Cortegiano* (I, pág. 118) demuestra lo mucho que los italianos de aquella época gustaban de los disfraces; sin embargo, servíanse también a veces de caretas contra el sol.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.) III, págs. 160, 208, 228, 247; IV, págs. 9-10, 15.

ordenó cultivarlas en el país (1). Probablemente también, con objeto de semejantes ensayos, y no solamente para el arreglo de sus jardines de adorno, hicieron los reyes que viniesen de Italia jardineros y hortelanos (2), porque los húngaros no entendían entonces sino el cultivo de viñas y cereales. La fabricación de dulces y de los panes de higo era también una especialidad italiana, y de Nápoles hizo venir Hipólito a su confitero de corte (3).

Los húngaros debían resentirse tanto más de la gran habilidad de los italianos para los negocios, cuanto que la banca y el alto comercio estaban casi enteramente centralizados en Hungría, en aquella época en manos de representantes de casas italianas. En tiempos de Matías, vense figurar en Buda los Cavalcanti, los Poli, los Buontempi, los Felice, los Caluri, los Antoni, los Valterra y los Amandoli, de Florencia; los Simonetti, de Nápoles, y más adelante, bajo Ulaszló II, los Cotta; por todos éstos, llamábase probablemente calle de los Italianos la actual calle de los Señores en Buda (4); por la misma razón, el heraldo de la reina de Florencia pudo decir, al hablar de las casas de esta calle, que eran de estilo italiano (5).

Hay todavía en Pozsony (Presburgo) una calle llamada Ventur, nombre de una familia de ricos comerciantes italianos (6). Los Bancos italianos hacían casi todo el cambio y todos los envíos de dinero al extranjero; pero realizaban sobre todo préstamos, usurarios por lo general, a causa del elevado interés y de la inseguridad del crédito (7).

(1) Bonf. *Dec.* IV lib., pág. 459.

(2) Relación del heraldo de armas de la reina Ana de Bretaña, referente a su viaje de Buda en 1500: *Magyar Tört.* Tár. t. XXIII, pág. 97.

(3) B. A. Nyary, o. c., *Szazadok*, 1872, pág. 363

(4) Csanki: *Geografía histórica de Hungría* (en húngaro), I, pág. 1.

(5) Loc. cit.

(6) Ortway: *Historia de la ciudad de Pozsony* (en húngaro); II, 2, página 272.

(7) B. A. Nyary, o. c. *Szazadok*, 1870, pág. 685-686.

Como una cantidad de dinero húngaro pasaba de esta manera a Italia; como Matías gastaba sumas enormes para sus sabios, sus artistas y sus diplomáticos extranjeros; como su mujer y él enviaban sin cesar regalos de gran valor a Italia (1), concíbese la irritación que suscitaban algunos prelados de origen italiano, que se llevaban o se hacían mandar a Italia la mayor parte de los enormes ingresos que sacaban de sus beneficios en Hungría. Antes de Hipólito, Gabriel de Verona había ya dado lugar a quejas sobre este punto. Por este motivo, cuando, a la muerte de Juan de Aragón, pareció que el Papa iba a darle un sucesor italiano en la sede arzobispal de Esztergom, los Estados de Hungría hicieron una ley por la que los prelados residentes en el extranjero no podían poseer beneficios eclesiásticos en Hungría, y los que los poseían entonces, no podían cobrar sus rentas. Y el rey hizo inmediatamente ejecutar esta ley; enterado de que el cardenal obispo de Eger, residente en Roma, se había hecho enviar dos mil quinientos ducados, mandó un correo que alcanzó al portador en Zagrab (Agram), y le hizo devolver el dinero (2).

En tales condiciones, explícate el descontento que causaba en Hungría el aumento excesivo del número de italianos desde la llegada de Beatriz; las conquistas que realizaban en la corte, su acaparamiento de beneficios eclesiásticos y otros empleos. Los diplomáticos y los sabios que fueron llamados a Italia por Matías habían ya empezado a dar un tono italiano a la corte; después fueron los parientes y familiares de Beatriz, las gentes llegadas con Hipólito, hasta el punto de que ante una observación hecha un día por Matías respecto de aquéllos, la misma reina reconoció que eran demasiados (3). Gracias a la protección de Hipólito, los ferrarienses miraban a Hun-

(1) *Apología de Udis*, pág. 471.

(2) Fraknoi: *El rey Matías* (en húngaro), pág. 332.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 428.

gría «como su segunda patria (1). Sin embargo, hay que reconocer también que los duques de Ferrara atendían con especial solicitud a los jóvenes húngaros que iban a hacer sus estudios a Ferrara, y que de cuando en cuando enviaban informes sobre éstos a la reina (2).

Los grandes de Hungría y sus esposas tuvieron, pues, que apartarse poco a poco de una corte en donde los primeros puestos estaban ocupados por personas con las que, por lo general, ni podían siquiera entenderse. Esta es una de las razones por las que Matías se quejaba de que los húngaros fuesen tan ignorantes en lenguas extranjeras (3).

Además de su aislamiento desde el punto de vista del lenguaje, el interés de Estado había sido causa de que el país hubiera tenido, desde los orígenes de la monarquía, reinas de nacionalidad y, por lo tanto, de lenguas extranjeras. Instruidos por la experiencia, los húngaros, en tiempos de Andrés III, el último rey de la dinastía de Arpad, hicieron una ley que obligaba al soberano a dar a su reina «una corte brillante», pero compuesta de nobles húngaros y no extranjeros (4). Esta ley no fue probablemente menos estrictamente observada que en tiempos de Matías y Beatriz. Matías sabía hacer respetar a los parientes de Beatriz, así como a los otros extranjeros distinguidos; pero no se ve que tuvieran verdaderos amigos en Hungría. Es verdad que estos extranjeros, movidos por un sentimiento de interés o de rivalidad, se esforzaban a veces en desacreditarse mutuamente; el grave Bonfin no tenía escrúpulos en criticar y burlarse de Galeotti (5), a quien sus violen-

(1) Vacchioni: *Notizie*, pág. 79.

(2) Carta de la duquesa Leonor a Beltramo Costabili, de 7 de Setiembre de 1487. (Archivos de Estado de Módena, minutarario cronológico. B.^a 1485-88.)

(3) Marki S: *El rey Matias y la escuela* (en húngaro), ed. cit., página 95. Csanki: *La corte de Matias* (en húngaro). *Szazadok*, 1883, pág. 477.

(4) Andrés III, ley de 1298, art. XXIV.

(5) *Symposion Trimeron*, págs. 66, 67 y 127.

E. M.—Enero 1913.

cias y algunos de sus escritos habían hecho muchos enemigos en el reino (1). La administración del arzobispado de Esztergom daba lugar a denuncias e intrigas perpetuas entre los italianos inmigrados (2). Además, la rudeza que Beatriz ponía en todo para la defensa de los intereses de sus protegidos—seguramente con detrimento ajeno—debía hacerles odiosos, aunque no lograra ella, salvo en rarísimos casos, hacer que obtuvieran dominios de la munificencia de Matías.

Ya hemos dado antes los nombres de sus parientes más cercanos que se establecieron en Hungría por un tiempo más o menos largo.

Conocemos también la estancia entre nosotros de un tal Pedro de Aragón, que Matías recomendó encarecidamente, así como su madre, al rey de Nápoles, como hombre que merece su protección, a causa de su cuna y de sus cualidades personales, y que era muy estimado de toda la corte de Hungría (3). Esta recomendación prueba que no se trata aquí de un hijo del rey, ni probablemente siquiera de uno de sus parientes. Mencionamos antes a Eloísa, esposa de Bernardino de Fangepan; otra hija de la casa de Este, Isabel, moraba también en Hungría (4). Estas son, con Nardella, la madrina de la reina, la condesa Antonieta de Salerno, que casó con un Vajdafi, y una tal Margarita (5), las únicas italianas de la corte de Beatriz cuyos nombres conocemos por esa fecha. Debían de ser numerosas, sin embargo, porque Galeotti dice, en su obra ti-

(1) *Monum. Romana Episcop. Vasprim.* III, pág. 279.

(2) Archivos de Estado de Módena: *Despachos de embajadores*, año 1489. *Mon. Hung.* (D. E.) IV, págs. 18, 20, 41, 404 y 406.

(3) *Cartas del rey Matías*, II, pág. 366.

(4) César Valentini cita, en una de sus cartas (D. E., III, pág. 201), al mismo tiempo que a Eloísa, una tal Isabel, ambas «attinete (attenente?) ad vostra Signoría» (la duquesa Leonor).

(5) Se la menciona en un fragmento de carta de Pandolfo, fechada probablemente en 1483, como una «gentile creatura». *Mon. Hung.* (D. E.), III, página 23.

tulada *Los propósitos de Matias*, que Beatriz había traído de su país, «según costumbre de las reinas», muchas damas de compañía, las unas de nacimiento regio, otras de familias ilustres, las cuales, al decir del autor, parecían feas al lado de Beatriz y de «tantas bellas húngaras»; por esto, un día que se habían sentado sin esperar el permiso de la reina, dijo el rey que habían hecho bien, «porque así se las advierte menos».

De las personas que sirvieron a Beatriz de soltera, parece que únicamente Nadella Parmesana y su marido Sabatino Viola fueron a la corte de Hungría y permanecieron al lado de la reina, que hizo que su esposo les regalara el castillo y dominio de Garignicza, en Croacia. El acta de donación dice que «la noble dama Nadella Parmesana ha sido la madrina de la reina, que como tal ha cuidado de la reina desde su cuna y ha ayudado, con su marido, a educarla». Se ignora si este último continuó en Hungría copiando manuscritos; parece que murió por 1490, dejando un hijo, llamado Francisco (1), que fue después administrador del patrimonio de la reina de Diosgyur (2). Encuéntrase también al lado de Beatriz al intendente Juan Monchajo, convertido más adelante en su factótum, de quien se habla en cartas de 1496, y que la sirvió hasta el día de su muerte (3); luego Sanctoro Bersano, que debía de ser una especie de secretario y de mensajero particular al mismo tiempo, y que permaneció también al lado de ella hasta su muerte (4).

(1) Archivos Nacionales de Budapest: los documentos de 1482-89 relativos a Garignicza se encuentran en los Archivos del duque Batthyany, en Körmond. Las *Cedula d. l. Tesorería* de Nápoles llaman a Nardella *N. di Nola*, pero está fuera de duda que es una sola y misma persona.

(2) *Ordenanza de Beatriz para la ciudad de Kassa (Casovia)*, de fecha del 7 de Junio de 1495. Archivos de la ciudad de Kassa, núm. 726.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 161, y *Carta de Beatriz a Ludovico Sforza*, de 22 de Julio de 1496. (Archivos de Milán.)

(4) Carta del obispo de Bitetto, de 22 de Setiembre de 1508, relatando la muerte de Beatriz; Archivos de Módena, Lett. di Vescovi esteri, Italia B.^a 3. Respecto a Sanctoro, véase íbid. y *Mon. Hung.* (D. E.), III, páginas 228, 242, 315 y 348.

Mientras que Ferrara, más próxima, no hubo caído sobre Hungría, son, naturalmente, los napolitanos los principalmente favorecidos por Beatriz; sus familiares, sus secretarios eran casi todos de Nápoles, como aquel Perotto Vesach (1) que, aunque todavía al servicio de Ferrara en 1476 (2), llegó pronto a gobernador de Zolyom, desplegó mucho celo en pro de la candidatura de Hipólito a la sede arzobispal de Esztergom, y por otros buenos y leales servicios que prestó mereció el reconocimiento particular de la reina (3). Beatriz quiso también un napolitano para comandante del castillo de Esztergom, de su sobrino Hipólito (4), y el rey le hizo un día observar que había muchos napolitanos en aquella ciudad, probablemente desde que estuvo en ella Juan de Aragón (5). El sastre, mestre Simón, ya citado, que fue encargado de varias misiones en Italia, era también de Teano, del reino de Nápoles.

En cambio, no de Nápoles, sino de Cremona (en Lombardía), era aquel Bernardo Monnelli que figura, muy joven todavía, en 1480, como comandante del castillo de Diosgyur, perteneciente a la reina (6); fue después Prefecto de la Cámara de la gabelas de Marmaros, y era también, a lo que parece, mayordomo—palatii comes—del palacio de la reina en el antiguo Buda, cargo que desempeñaba todavía al morir a la edad de treinta y nueve años. Su monumento funerario se conserva en el Museo Nacional húngaro (7).

(1) *Mon Hung.* (D. E.), III, págs. 72, 92 y 108.

(2) Despacho del embajador de Nápoles en Ferrara, de Setiembre de 1476. Archivos de Módena, Cart. Amb. Napoli.

(3) Acta de confirmación, firmada por Urbano II, con fecha de 24 de Febrero, en los Archivos Nacionales de Budapest. (D. E. núm. 19, 601.)

(4) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 23.

(5) Fraknoi: *La vida de Pedro Varadi* (en húngaro). *Szazadok*, 1883; página 512.

(6) Teleki, XII, pág. 220.

(7) La losa lleva esta inscripción: *Bern. Mon. Cremen* (Cremensis), *palatii comes*.

Por lo demás, pocos de los italianos que rodeaban a la reina y poseían su confianza, han dejado de su paso huellas que permitan juzgar lo que eran; no sabemos más que sus nombres; parece que aspiraban, más que a desempeñar un papel, al de consejeros, confidentes secretos, informadores de su corte, y que a veces se ocupaban en maquinaciones. Habían ido a Hungría, más por el afán de ganancias que para adquirir nombradía (1).

Lo mismo puede decirse de los diversos secretarios de la reina, los cuales cifraban toda su ambición en dar informes curiosos o importantes y buenos consejos a los enviados de las cortes italianas (2), con la esperanza de que éstas les recompensaran. Una de las primeras cartas de Beatriz, después de su llegada a Hungría, está escrita por Benedicto Lopis (3); un despacho de embajada de 1486 menciona como secretario a messire Joanne Cándido; un informe de 1489 a Tomás Máximo (4), y otro al joven Nicolás Correggio (5); Bernardo Vidal, habilitado de la reina, que le enviaba a menudo en comisión, era también considerado por los embajadores como un hombre muy bien informado (6). A partir de 1480, la mayor parte de las cartas de Beatriz están escritas por Sanctus de Aversa, que sabía imitar admirablemente la letra de la reina. Los Archivos de Estado de Módena conservan tres cartas dirigidas por este secretario al duque Hércules y a la duquesa Leonor, recomendándose a la benevolencia de esta última, como «su humilde

(1) «... qui non tam officii gratia, quam numerum spe allecti visitabant...», dice, sobre todo de los italianos, la *Apología de Udis* (loc. cit.).

(2) *Mon. Hung.* (D. E.), III, págs. 200 y 201.

(3) Archivos de Módena; esta carta está publicada, pág. 368 del t. II de los *Mon. Hung.* (D. E.).

(4) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 161, y IV, pág. 252.

(5) Informe a la Duquesa Leonor, fechado el 18 de Setiembre de 1489. (Archivos de Módena, despacho de embajadores.)

(6) *Mon. Hung.* (D. E.), III, págs. 77, 90, 149 y 161. Se le llama *Scrivano di ragione*.

esclavo», prediciendo el cardenalato a Hipólito, y demostrando en todo un bajo servilismo (1). En la primera de estas cartas, cuenta también la historia de su vida; dice que nació en Aversa, cerca de Nápoles; que es nieto de un antiguo comandante de Somma; que empezó su carrera al servicio de la difunta reina Isabel—madre de Beatriz y de Leonor;—que después estuvo empleado en la cancillería del rey de Nápoles, que le envió tres veces comisionado a Hungría, y que, por fin, la reina se ha dignado tomarle por secretario.

Según un despacho del embajador de Milán, este Sanctus de Aversa se hizo reo de una escandalosa falsificación documental y de traición en el asunto del matrimonio de Juan Corvino con María Blanca Sforza (2). Cuando Matías envió en 1487 al obispo de Nagyvarad a Milán para el matrimonio por poderes, Beatriz, a lo que se dice, trató de inducir a su secretario Máximo a falsificar una carta del rey que retirase al enviado su comisión. Habiéndose negado este secretario a cometer la falsificación, Sanctus se encargó de ella y envió un correo tras el embajador con la carta falsificada; pero habiéndose descubierto la cosa, el rey pudo hacer que le detuviesen a tiempo, y en su cólera, estuvo a punto de hacer que mataran a Sanctus; y por todo esto se asegura que Beatriz echó a Máximo, porque—por lo que dice el embajador Marfio Trivillense—«no hay sitio para un hombre honrado en la corte de la reina».

Este relato deja subsistir muchas dudas. Por de pronto, no procede de una fuente auténtica. No es nada verosímil que Beatriz se dejara arrastrar por el ardor de la pasión hasta co-

(1) Cartas fechadas en Buda el 2 de Abril de 1486, en Pozsony el 4 de Agosto y en Retz el 8 de Noviembre del mismo año. Archivos de Módena; sec. cit.

(2) Despacho de Marfio Trivillense de Buda a Milán; *Mon. Hung.* (D. E.), IV, pág. 251. El original no lleva la fecha del año; la hipótesis de 1490, emitida por los conservadores de los Archivos de Estado de Milán, se apoya en un error, porque no es nada probable que el rey de que se trata en este documento sea Ulaszló II.

meter un acto cuya divulgación hubiera ciertamente tenido para ella las más graves consecuencias. Sin embargo, aunque la cosa no haya pasado así, el relato es muy característico de la opinión que se tenía de Beatriz y de sus familiares en la corte de Hungría durante los últimos años del rey. Es lo cierto, que Sanctus de Aversa continuó, sin ser inquietado, desempeñando sus funciones cerca de Beatriz, y que en ellas se mantuvo después de la muerte de Matías; no se pierden sus huellas hasta el verano de 1497. Parece que no abandonó a la reina sino cuando ésta hubo caído en la miseria, o tal vez, porque se vió obligada a reducir los gastos de su casa (1).

Encontrábase también en la corte, además de estas gentes de puesto fijo, otra categoría de italianos: eran los mensajeros especiales que llegaban en ciertas ocasiones y permanecían una temporada más o menos larga. Por aquella época, sucedíanse sin cesar, en Buda, embajadas de Ferrara, de Milán, de Nápoles, sobre todo, a causa de los asuntos de Hipólito, de la boda de Juan Corvino y de la cuestión de sucesión al trono. Además de los embajadores, venían gentes para hacer compras o para ver a su familia; eran a menudo portadores de cartas o de mensajes importantes. Los embajadores recogían toda clase de noticias sin interés para el Estado, y hasta simples chismes, lo que era natural entonces por la completa carencia de todo otro servicio de información (2); pero su habilidad consistía, sobre todo, en interceptar los despachos de sus colegas, y si era preciso, en apropiarse la clave de los escritos cifrados, de lo que hablaban en sus relaciones como de una cosa naturalísima. Esta práctica explica por qué se encuentran en los archivos de las cortes italianas tantas copias de despachos destinados a otra corte. Matías y Beatriz se servían

(1) Cartas de Beatriz, fechadas en 1488, 1489, 1490 y 1497, llevan la contraseña de Sanctus, a veces en esta forma: *Sanctus Umbr.*

(2) El embajador de Milán en París hace él mismo constar, en 1479, que le consideran, a él y sus colegas, como espías y charlatanes propaladores de noticias. Reumont: *Lor. d. Médicis*, I, pág. 473.

a veces de esos italianos como de mensajeros; a otros confiaban empleos en el país mismo, como aquel César Valentini que fue administrador de los bienes de la diócesis de Esztergom, o Beltrán Costabili, que servía de mentor a Hipólito cuando llegó al país, y que no cesó, después, de enviar a Ferrara informes sobre toda clase de asuntos. Entre los que eran enviados a Italia en calidad de mensajeros, Francesco de Palude poseía especialmente la confianza de la reina (1); también a Sanctoro Bersano le encargaban a menudo cartas o mensajes confidenciales; entre los correos de la reina, se pueden citar, por los alrededores de 1480, Ludovico de Perusa (2), y en 1486, Benedetto de Leyra (3).

Por esta época, los estafetas regios (4) no eran simples subordinados encargados de llevar cartas, sino que, aun cuando no pudieran, por lo general, estar mucho tiempo en la ciudad, a la que habían llevado el mensaje, gozaban casi de los mismos honores que los embajadores, y eran los bienvenidos en la corte. El duque de Ferrara tenía, entre otros, un correo llamado Francesco Cattivello (5), que había caído en gracia a Beatriz. Entre 1486 y 1489, se le ve sin cesar recorrer el trayecto entre Ferrara y Buda o Pozsony y Viena; se le puede considerar como un elegante caballero, de donosa parla, un «cortegiano» de la especie corriente. El embajador de Ferrara aconseja que Hipólito traiga de regalo al rey armas lindas, una daga, por ejemplo, como la que Cattivello llevaba últimamente, lo que gustaría mucho en toda la corte (6). Si se quiere ser grato a la reina, tendrá que llevar Cattivello, y no otro, la no-

(1) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 257.

(2) *Mon. Hung.* (D. E.), II, pág. 417.

(3) *Ibid.* III, pág. 93.

(4) Dábaseles, generalmente, el nombre de *cavaltaro*.

(5) Figura también con los nombres de *Cativello*, *Captivello*, *Captinello*, *Cactinello*.

(6) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 240.

ticia de la llegada, porque es «el favorito de S. M. la reina y de sus damas».

La misma Beatriz expresa por carta este deseo, porque «tiene un placer indecible en hablar con Francesco»; el embarazo de la segunda mujer del correo, dice la reina, no puede ser un obstáculo para el viaje de éste; en fin, cuando Cattive- llo hubo llegado a Viena, la reina le retuvo «por razones importantes», y se ingenió para retrasar su marcha (1).

Sobre todo, a los ferrarenses es a los que Beatriz colma de favores. Experimentando una desconfianza instintiva por los húngaros, los cuales tenían motivos para desconfiar de ella y hasta para detestarla; rodéase únicamente de italianos; con ellos solamente se atreve a ser familiar, sin temor de ser traicionada; con ellos sabe divertirse; de ellos solamente recibe consejos, y a ellos, en fin, confía los cuidados de su cuerpo y la salvación de su alma. Es, pues, natural que no solamente sean italianos sus secretarios y sus mensajeros, sino que sus lectores, sus confesores, sus médicos, son casi todos de esa nación. Muerto en el verano de 1486 su lector, Jerónimo Forte de Thezano, dirígese ella en el acto a su hermana Leonor, rogándola que le procure otro; hasta le indica a un tal Jorge Alessandrino, que vive en Venecia o Padua, y al que quisiera tener. Lo que muestra el desenfado con que creía disponer de los bienes eclesiásticos, es que promete a ese lector, que era hombre de iglesia, obtenerle una buena prebenda (2). Pero Alessandrino se negó a ir (3), y fue, como se sabe, Bonfin quien ocupó el cargo de lector.

El recuerdo de graves complicaciones va unido a la persona de algunos de los confesores de la reina. Parece que su director espiritual fue primeramente Antonio de Zara—probablemente el prior de los dominicos de Buda;—la reina «donó», según su

(1) *Mon. Hung.* (D. E.), III, págs. 142, 161, 235 y 247.

(2) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 209.

(3) *Ibid.* Pág. 272.

propia expresión, a este padre Antonio el obispado de Modrus (1); pero el Papa, sin cuidarse de esta donación, nombró obispo de Modrus a Cristóbal de Ragusa. De aquí el primer conflicto entre el Papa Sixto IV y Matías, al que puso fin Fernando de Nápoles con su intervención en favor de Cristóbal. Matías y Beatriz consintieron en este nombramiento, y la reina hasta llegó a tener gran simpatía por el nuevo obispo (2). Además de su confesor dalmata, tenía otro italiano, porque en 1485, cuando todavía estaba pendiente el asunto de Modrus, y en vida, por consiguiente, de Antonio de Zara, envía de Viena a su hermana Leonor los saludos de un religioso llamado Altavilla, su confesor (3), y este fraile permaneció a su lado hasta su muerte, en 1489. Entonces, por mediación de la duquesa de Ferrara, ocupó el puesto otro sacerdote italiano, Jacobo de Parma (4).

La fama de Italia en todas las ramas de las ciencias explica por qué Beatriz y hasta Matías no tenían sino médicos italianos. Francesco Fontana era—como ya hemos dicho—médico de profesión, así como Fiorio Roverella, pero ambos estaban consagrados por completo a la diplomacia. Ya en 1478, vemos a un maestro cirujano de Urbino presentarse a los reyes con una recomendación del príncipe de Calabria (5). Por 1480 gozaba de gran consideración en la corte de Hungría el médico Franceschino, o más exactamente Francesco da Bressa, al que los Este hicieron instruir en su arte en Ferrara, y que fue, por agradecimiento sin duda, un celoso promotor del nombramiento de Hipólito para el arzobispado de Esztergom (6). Francesco da Bressa cayó enfermo y murió en 1487;

(1) *Mon. Hung.* (D. E.), II, pág. 240. Teleki (o. c. V. pág. 259), le llama Antonio de Jadra.

(2) Esto es lo que afirma Ranzanus en su *Epítome*, ed. c., pág. 417.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 45.

(4) *Ibid.* IV, págs. 14 y 43.

(5) *Mon. Hung.* (D. E.), II, pág. 367.

(6) Csanki: *La corte de Matías* (en húngaro). *Szazadok*, 1883. *Mon.*

pero aún vivía cuando Beatriz pedía ya a su hermana Leonor que la enviase un nuevo médico y un cirujano. No los quería jóvenes, porque «a ellos—dice—confiamos nuestra vida». Leonor la procuró, en efecto, un nuevo médico en la persona de Bautista Camano, y un cirujano en la de Egano de Floreno (1). Mientras tanto, por consejo de un médico y profesor de la Universidad de Viena, va Beatriz, en 1483, a los baños de Baden (2). Matías retiene a su lado, para aprovecharse de sus conocimientos médicos, al obispo de Caserta, venido de Nápoles con un mensaje del rey (3); en tiempos de Bonfin, había un médico, buen humanista, llamado Milio (4).

Prodúcese, en fin, una invasión de italianos, y sobre todo de ferrarenses, cuando la instalación de Hipólito en la sede arzobispal de Esztergom. Una antigua crónica ferrarense calcula en cincuenta y seis el número de personas idas de Ferrara a Hungría con Hipólito (5); pero esta cifra no responde al estado de casa que tenía, el cual puede estimarse desde el principio en 245 (6) personas, de las que por lo menos la mitad eran italianos hallados en el país, o venidos en su séquito (7). Su madre juzgó necesario justificar lo numeroso de este acompañamiento, refiriéndose a las instrucciones que la misma Beatriz le había dado a este propósito (8). Al decir de la duquesa, la corte de Hungría solicitaba el envío de un tal Pandolfo, así

Hung. (D. E.), III, pág. 175. Por Bressa hay que entender probablemente Brescia.

(1) *Mon. Hung.* (D. E.) III, pág. 304.

(2) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 389. Csanki, o. c., pág. 361.

(3) *Cartas del rey Matías*, II, pág. 368.

(4) Bonfin: Prefacio a *Filóstrates*; Kollar, pág. 827. Aquí se llama Julius Aemilius. *Mon. Hung.* (D. E.), IV, págs. 115, 130.

(5) *Cronaca Estense di Fra Paolo de Legnago*, pág. 148. Manuscrito de los Archivos de Estado de Módena.

(6) Barón A. Nyary, o. c., *Szazadok*, 1872, pág. 298.

(7) Antes de llegar Hipólito, Esztergom tenía ya un preboste de origen veneciano, Jorge de Priuli. *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 261.

(8) *Mon. Hung.* (D. E.); III, pág. 315.

como de un llamado Tadeo Lardí, que será el mayordomo del arzobispado (1). Pedíase también un obispo para desempeñar en nombre de Hipólito las funciones eclesiásticas, así como un capellán para decir la misa diaria, un criado y un aya que conocieran el régimen al que el niño estaba habituado y le ayudaran a criarle; además, dos médicos y un cirujano; necesitará también un mayordomo y un camarero. Igualmente será preciso traer algunos niños, para que Hipólito tuviera con quien hablar y jugar, mas dos preceptores para educarle, así como a sus amiguitos; esto es lo que hace, si se añade la servidumbre, que haya tantas personas.

Además de las gentes de que acabamos de hablar, puede citarse todavía, como formando parte de la casa de Hipólito durante los primeros tiempos de su estancia en Hungría, el protonotario apostólico Beltramo Costabili, oriundo de una buena familia de Ferrara, que era el consejero íntimo, el guía y el ayo del niño arzobispo, y que sucedió después, en la administración de los bienes de la diócesis, en donde reinaba el mayor desorden (2), al enviado Valentini, encargado de aquélla temporalmente. El intendente era un tal Bacchiamo; el chambelán, Francesco da Bagnacavallo; el jefe de la contabilidad, Pietro Pincharello, y el comandante del castillo, Alfarello Ferraris (3). El Ariosto habla en su *Orlando Furioso* del sabio Tomás Fusco, elevado después al episcopado, como de una persona que acompañó a Hipólito a Hungría (4); pero no se encuentra indicio alguno de su estancia en el país durante los primeros años que pasó allí Hipólito. Sin embargo, es induda-

(1) Nyary, loc. cit.

(2) *Mon. Hung.* (D. E.), III, págs. 100, 408. Nyary ob. cit., *Szazadok*, 1870, pág. 277. Según algunas cartas, Antonio Costabili, más ilustre aún que Beltramo, estuvo también en Hungría. V. su *Elogio fúnebre* por Calcagnini.

(3) Nyary, o. c., *Szazadok*, 1870, págs. 281, 284, 290; y 1872, pág. 298.

(4) Canto 46, estancia 89.

ble que varias personas contribuyeron, a más de Costabili, a educar al principito.

Si estas rápidas conquistas del elemento italiano, en todos los dominios en que podían ejercer su influencia y obtener ventajas materiales, podían por sí solas excitar los celos y el descontento de los húngaros, la explosión de estos sentimientos de hostilidad hubo de ser también provocada por el violento contraste que presentaban, sobre todo en aquella época, las dos naciones y sus representantes en la corte de Hungría, desde el punto de vista de la mentalidad, de las costumbres, de la cultura, en fin, de todas sus aspiraciones. En su admirable estudio sobre Maquiavelo, Macaulay ha mostrado cómo difería del de los otros pueblos el juicio que formulaban los italianos de aquel tiempo sobre el valor de las cualidades y de los talentos humanos; mientras que los otros estimaban sobre todo el valor, ellos apreciaban la superioridad intelectual. Mientras que en otras partes lo que más se despreciaba eran los vicios que, como la astucia y la hipocresía, son las armas defensivas del débil y del cobarde, y en cambio, la temeridad, en sus mayores excesos, podía siempre contar con la indulgencia y hasta con el respeto de los hombres, los italianos juzgaban con indulgencia relativa los crímenes que suponen dominio sobre sí mismo, habilidad, una inteligencia pronta, un genio inventivo y un profundo conocimiento del corazón humano. Estas oposiciones se manifestaban en Hungría con mayor violencia que en otra parte quizá. Puede decirse que, fuera de algunos raros puntos en que sus sentimientos coincidían, los italianos apreciaban poco lo que los húngaros estimaban más, y, en cambio, que los húngaros menospreciaban e incluso aborrecían las cosas que envanecían a los italianos, a las que estaban acostumbrados, que incluso les eran indispensables.

En donde el sentimiento de los dos pueblos estaba de acuerdo era en la persona de Matías. Era el rey nacional de los húngaros; pertenecía a la nobleza, aunque no fuese noble sino por su padre; era por su cuna uno de los principales señores del

país; habíase mostrado intrépido soldado desde su infancia; después, casi invencible como jefe de ejército. Estas son las cualidades por las que los húngaros, aunque le censurasen a menudo, a causa de su despotismo y de sus exigencias en materia de impuestos, estaban orgullosos de un rey que encarnaba a sus ojos todas las virtudes nacionales: y éstas son precisamente las cualidades que los italianos apreciaban y admiraban, no solamente en panegíricos escritos con el fin de una recompensa, sino en sus cartas más confidenciales. En sus instrucciones a Francisco de Aragón, Diómedes Carafa encuentra al joven príncipe digno de envidia por pasar sus días al lado del rey de Hungría, en donde aprenderá que la primera virtud del soldado es el valor llevado hasta la temeridad (1). Un hecho que demuestra la admiración que los italianos de la época tenían por la intrepidez de Matías, es que un romano hizo pintar, en vida misma del rey, en la fachada de la casa de aquél, Vía del Pellegrino, un gran retrato ecuestre de Matías blandiendo una espada, mientras que unos ángeles le ponen una corona en la cabeza (2).

Esta admiración se extendía al ejército del rey, cuya organización era, con justicia, considerada como obra suya, e incluso a las virtudes guerreras de los húngaros. Lo que demuestra la buena opinión que los italianos tenían de la fuerza física de los húngaros, es el proverbio que Maquiavelo pone en boca de un personaje de sus comedias: «Tengo confianza en ti como un húngaro en sus espadas» (3). Galeotti alaba la intrepidez unida a la prudencia de los húngaros (4); en Bonfin se

(1) Tom. Persico, o. c., pág. 231.

(2) Esta pintura, mencionada también por Paolo Giovio, fue destruída en el transcurso del siglo xvii; hay de ella una mala copia en la Biblioteca Barberini. (V. el art. de Müntz en las *Mezclas de Arqueología y de Historia*, 1868, pág. 145.)

(3) *Mandragola*, acto II, escena 2.^a

(4) *De egr. dictis*, capítulo primero.

lee: *invicta gens Ungarica* (1). El mismo autor hace, como testigo ocular, un magnífico elogio de las buenas costumbres y de la disciplina que reinaban en el campo de Matías; dice que no hay nación en el mundo cuyo ejército soporte mejor el calor y el frío, las fatigas y el hambre; que obedezca mejor a sus jefes, que afronte la muerte con mayor valor, y que, sin embargo, los soldados son pacíficos, honrados y piadosos en el campo; no blasfeman y desprecian la inmoralidad (2). Lo que más admira es que el ejército no levante el sitio de las fortalezas, ni cese en las otras operaciones guerreras al acercarse el invierno. Beatriz hace también observar en una carta a su familia, que los soldados de su esposo están habituados a hacer la guerra, lo mismo en verano que en invierno (3). Es natural que esto haya parecido asombroso a los italianos llegados a Hungría, porque en ellos era costumbre enviar las tropas a los cuarteles de invierno al llegar la estación mala, menos ruda sin embargo, en Italia. En fin, era la época en que el empleo de tropas mercenarias, el *condottierismo*, producía en los italianos sus más tristes efectos, cuando el rey de Nápoles se vió una vez en medio de una guerra, abandonado por sus tropas, que se volvieron a sus hogares (4); cuando su nieto se quejaba amargamente de haber perdido su reino, no por el valor de sus enemigos, sino por la cobardía de sus generales y de su ejército (5).

Pero si los italianos imparciales estaban de acuerdo con los húngaros en este punto, las contradicciones respecto a la situación, al papel, a la misión política de Matías son flagrantes. Las aspiraciones de su rey al Imperio de Alemania, que la mayoría de los húngaros consideraba, no sin temor, llenaban de entusiasmo a los italianos que le rodeaban. Está claro que

(1) Prefacio a *Philostratus*, Kóllar, pág. 821.

(2) *Dec.* IV, libro VIII, pág. 469.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 12.

(4) Reumont: *Lor d. Med.* I, pág. 256.

(5) Guicciardini: *Istorie d'Italia*, I, págs. 135-136.

a sus ojos, el emperador de Alemania era más que el rey de Hungría, y que las consecuencias que tendría para el país la realización de este proyecto les dejaban indiferentes. El papel de Beatriz en este asunto no nos parece muy claro: ha sido siempre amiga del emperador y ha impulsado siempre a su esposo a hacer la paz con él en interés de los Estados italianos; sin embargo, todo indica que no hubiera renunciado gustosa a las posesiones de Matías en Occidente, ni, sobre todo, a la de Viena como capital. Los italianos habían dado por adelantado a Matías el título de *Majestad Imperial* (1). Bonfin da a entender que el rey creyó su sueño imperial a punto de realizarse después de la toma de Wiener-Neustadt (2). Ludovico Carlo exclamó: «¡Que llegue cuanto antes el día que saludemos a Matías como rey de Roma y emperador de Alemania!» (3) La idea de hacer derivar el nombre de Corvino de los Valerios, de los Sabinos, de los Lacedemonios, de los Troyanos y hasta de Júpiter (4), no pudo ocurrírsele sino a humanistas italianos; no suscitaba ningún entusiasmo entre los húngaros (5); el mismo Matías no la tomaba en serio, pero no la rechazaba, porque concordaba con las ideas de la época; le daba un derecho más al Imperio y aumentaba las probabilidades de sucederle del príncipe Juan. Lo que prueba claramente cómo se engañaban los que atribuían únicamente a la influencia de Beatriz las conquistas del espíritu italiano en la Hungría de Matías, es la solicitud que los humanistas del rey ponían en saludar a Juan

(1) Orvary: *Copias de los documentos de la Comisión de Historia de la Academia húngara* (en húngaro, Budapest, 1890), pág. 149, núm. 600.

(2) Prefacio a *Philostratus*, pág. 821.

(3) *Diálogo sobre las hazañas de Matías*, etc. (en húngaro). Edic. G. Kazinczy, pág. 123.

(4) Bonfin, *Dec.*, III, lib. IX, pág. 371. *Discursos de Ransanus* (M. Florianus: *Fontes domestici*, Chron. min., pág. 129).

(5) Tubero (*Commentarium*, etc. Schevandtner, pág. 121) pone en boca de Esteban Bathori: «Mathian Hunyadem quem Italarum assentatio Corvinum vocavit...»

Corvino como un sol naciente, cosa que no era ciertamente para complacer a la reina.

Otro motivo de elogios por parte de los italianos era la liberalidad de Matías (1); estos elogios los merecía tanto como su mujer; pero precisamente allí en donde los extranjeros tenían ocasión de alabar esa liberalidad, veían los húngaros un motivo de crítica. En el estado de civilización de la Hungría de entonces, los tesoros artísticos y literarios que constituían el más bello ornamento de la corte de Matías no eran apreciados sino por un corto número de húngaros, mientras que los extranjeros, que vivían siempre en el círculo de ideas de su país natal, veían en la protección que el príncipe concedía a las artes la medida de su mérito.

Por esta misma razón, eran pocos los húngaros que apreciaban como los italianos la elevada cultura de Matías, su conocimiento de casi todas las lenguas europeas, su afición por los autores clásicos y los estudios humanistas, cualidades que los compatriotas de Beatriz debían alabar, tanto más cuanto que menos frecuentes eran en príncipes no italianos. Si los italianos y los húngaros no podían ser del mismo parecer respecto a las cosas de Hungría, sino sobre un reducido número de puntos, tanto más extenso era el terreno en que las divergencias de gusto y de humor debían conducir a conflictos.

A los húngaros tenía que mortificarles el desprecio con que—aparte las virtudes guerreras y el lujo de la corte—hablaban los italianos—no sin razón en más de un concepto—de las cosas de Hungría. Si Bonfin atribuye a Beatriz el mérito «de haber suavizado las costumbres feroces de los húngaros (2), y se da a sí mismo por misión el sacar a este pueblo de la noche del olvido (3)»; si Sabadino, Calcagnini y Philippus Ber-

(1) Bautista Guarinus. Abel (*Contribuciones históricas* (en húngaro), págs. 203 y sigs. Phil. Bergomensis, o. c., prólogo.

(2) *Symposion Trim*, II, pág. 174.

(3) *Dec.* I, lib., pág. 113.

E. M.—Enero 1913.

gomensis trataban a los húngaros de bárbaros, o por lo menos de «semibárbaros», a los que solamente la reina de origen italiano había podido acostumbrar a llevar una vida un poco civilizada, todo esto acusa ideas cuya manifestación debía acarrear roces.

Hungría estaba en aquella época, como la mayor parte de los otros países de Europa, muy por bajo de Italia, desde el punto de vista de la civilización. Los italianos se lo echaban en cara, tanto a los franceses de entonces como a los húngaros (1). La nobleza no consideraba sino la carrera de las armas como una ocupación digna de ella (2). La mayor parte de los grandes no sabían sino escribir su nombre; a fines del siglo XVI, los concilios declaraban que la lectura y algunos conocimientos elementales eran suficientes para el ejercicio de las funciones eclesiásticas (3). La civilización se propagaba muy difícilmente por la carencia de medios de comunicación, del reducido número de poblaciones y de su defectuoso reparto, que hacía que en el centro del país hubiera inmensos territorios que no poseían ninguna. Las que existían no presentaban tampoco un estado de civilización muy adelantado. En vano Matías incitaba al pueblo, con sus palabras y su ejemplo, a construir las casas con más lujo o comodidad. Compréndese que, en tales condiciones, los italianos inmigrados se encontraban fuera de su centro. El embajador de Ferrara, llegado para preparar la recepción de Hipólito, se apresura a volver a Buda, porque el tedio le ha hecho envejecer diez años desde que se encuentra en Zagrab (Agram) (4). El descontento de los tales italianos crece aún más, como puede pensarse, después

(1) *Cortegiano*, I, págs. 74-75.

(2) Tubero: *Comentarios*, pág. 120.

(3) Barón A. Nyary, o. c., *Szazadok*, 1874, pág. 4.

(4) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 188.

de la muerte de Matías (1); todos experimentaban el sentimiento de un penoso destierro (2).

Como, fuera de la caza, no se conocían otros placeres que los de la mesa, entregábanse a ellos con exceso, mientras que en la Italia de entonces llamaba la atención del extranjero la sobriedad y la templanza de la población en general (3). Castiglione exige del cortesano que no coma ni beba con exceso, porque esto es de rústicos (4); y en oposición a esta delicadeza de gustos, el autor del *Symposion Trimeron* describe las cenas húngaras como el colmo de la glotonería. La afición a los manjares succulentos y muy picantes hacía difícil la templanza, y los vinos de Hungría eran, en general, más fuertes que los del extranjero. El Ariosto temió acompañar a Hipólito a Hungría, porque allí hay que beber vinos muy fuertes en los festines, y se considera como un sacrilegio aguar el vino o negarse a beberlo (5). Así como se bebía más en Hungría que en Italia, comíase también de otra manera. Los italianos servíanse ya de platos en el siglo XVI; en cambio, Galeotti, al describir la manera de comer de los húngaros de su tiempo, dice: «No comen como nosotros, cada cual en su plato, sino todos en la misma fuente, y, para coger los trozos no se sirven de tenedores, como se hace entre nosotros en Italia al Sur del Po, sino de sus dedos y de una rebanada de pan.» El mismo autor pone de relieve la asombrosa limpieza del rey, el cual, dice, «aunque sirviéndose también con los dedos, no se mancha nunca (6)». Como se ha visto, Beatriz hacía venir de Ferrara cu-

(1) Carta del agente de Hipólito en Roma (Episcopus Cupersanensis), de 26 de Setiembre de 1498. Archivos de Módena.

(2) Despacho de Tomás Damerius Mutinensis al duque Hércules, fechado en Buda el 15 de Junio de 1502. Archivos de Módena,

(3) Reumont: *Lor. d. Médici*, I, pág. 278, y II, pág. 427.

(4) T. I., pág. 160.

(5) Sátiras.

(6) *De egr. dictis*, etc., cap. XVII.

chillos y tenedores de precio, pero el uso de estos objetos no pudo implantarse hasta el primer tercio del siglo XVI (1).

Pero de lo que con mayor viveza se quejan los italianos es de las habitaciones. Por aquella época concedían ya mucha importancia al arreglo y comodidad de las casas: necesitaban que la casa tuviera un jardín y, herederos de las costumbres de los antiguos romanos, gustaban de pasar al aire libre la mayor parte del tiempo. Ahora bien; en Hungría no podían hacerlo por la crudeza del clima que, de lejos, se lo figuraban más riguroso todavía; Ariosto cree que Hungría está cerca del polo Norte, «al pie del áspero Rifeus», y que el aire de los Cárpatos hiela los pulmones; Galeotti menciona, a título de curiosidad, la costumbre que tienen los húngaros de encender fuego en invierno en las habitaciones, y hasta de dormir en un cuarto caldeado, lo que es perjudicial para la salud (2); al autor del *Orlando* le desespera que se haga todo en las habitaciones llenas de humo, en las que se come, se bebe, se juega y hasta se duerme. Compréndese la novedad que fue cuando se vió a Beatriz comer con su esposo en la terraza de su palacio de verano en Buda.

A esta superioridad, a menudo matizada de ironía, que los húngaros se veían obligados a sufrir por parte de los invasores italianos, podían oponer con derecho otro género de superioridad: el de la honradez. La mayor parte de aquellos extranjeros no debían parecer a los húngaros sino bajos cortesanos, o incluso cómplices de la reina en la explotación del país, y se consideraba su astucia, su habilidad en tramar intrigas como un rasgo del carácter nacional (3). De otra parte, por desdeñosos que se mostrasen ciertos italianos con las cosas

(1) Barón A. Nyary, o. c., *Szazadok*, 1872, pág. 360.

(2) Ob. cit., cap. XXX.

(3) «Italicae artes», como dice el obispo de Varad en Tubero (*Coment.*, página 140), y «Hungari encin, Italicae genti fraudem maxime oblicare solunt», *ibid*, pág. 128.

de Hungría, los más razonables veíanse obligados a reconocer que no habían visto en aquel país la inmoralidad, la relajación de los lazos de familia, el reinado de las amantes principescas, cosas todas a las que se estaba acostumbrado en Italia. Muy característico es el elogio mezcla de sorpresa que Galeotti tributa al rey por haber rechazado groseros halagos (1), o negádose, como le aconsejaban, a practicar una política de perjurio y de asesinato, diciendo «que en Hungría se batían con armas y no con el veneno» (2). Bien debían reírse de esto en Venecia, por ejemplo, en donde las comisiones que se daban a los espadachines eran tratadas como asuntos de Estado ordinarios, y hasta por escrito (3). Ludovico Carbo, en su Diálogo panegírico de Matías se hace dirigir estas palabras por Ernesto Segismundo, obispo de Pecz: «Con razón se ha enfadado nuestro rey contra vosotros italianos, de quienes nuestros compatriotas (es decir, los obispos rebelados) han tomado tan abyectas máximas, y ha costado trabajo hacer que no prohiba por decreto que vayan en adelante los jóvenes húngaros a hacer sus estudios en Italia.» A lo que Carbo replica: «No hay que acusar a nuestra patria italiana de que algunos de los vuestros hayan sido ingratos y perjuros. Con las ciencias enseñamos también la moral... No es culpa de la ciencia si un hombre se deprava y se corrompe instruyéndose, sino de los que abusan de las mejores cosas, porque no hay nada que no pueda resultar pernicioso por el mal uso que de ello se haga» (4).

Estas diferencias de costumbres se manifiestan, por ejemplo, en la correspondencia que Matías mantuvo con su suegro,

(1) Ob. cit., cap. XXIII.

(2) Ibid., cap. XV.

(3) Ovary: *Copias de documentos de la Comisión de Historia de la Academia húngara* (en húngaro), números 287, 296 y 298, y *Sentencia del Consejo de los Diez*, de 9 de Julio de 1477. (Archivos de Estado de Venecia, Filzo 1.)

(4) S. Kazinczy, págs. 79-80.

el rey de Nápoles, respecto a un domador de caballos que éste le había enviado. Matías confiesa, con franqueza mezclada de contrariedad, el asombro que le causa el envío de un servidor del que su suegro sabe bien que no necesita. «Porque, dice, nosotros manejamos las armas desde nuestra infancia; hemos hecho la guerra contra muchos pueblos y siempre con nuestros propios caballos, tales como están domados por nosotros... Nunca hemos deseado tener caballos que bailen a la española; no los queremos ni para los torneos ni para los combates serios como los hay entre nosotros...» (1) El mismo espíritu se manifiesta en la admonestación que dirige al obispo Gabriel de Verona en Roma. Le exhorta a no quejarse de las ligeras fatigas que ha sufrido en la liberación de Otranto, y a que piense más bien en los capitanes y en los soldados húngaros que hacen la guerra a los turcos y duermen al raso, calados por las lluvias de otoño, antes de volver, no como él, a la ciudad de los placeres, que es Roma, sino a sus pobres hogares (2).

Estos contrastes se hicieron cada vez más sensibles, a medida que el extranjero ganaba terreno, y, en los últimos años del reinado de Matías, era imposible no ver en las profundas capas de la nación los síntomas de una lucha sorda contra todo lo que llevaba el sello de la influencia o de los intereses italianos. Se odia, sin osar, no obstante, atacar directamente al objeto de este odio; pero en cuanto Matías y su esposa dejan de extender sobre ellos su mano protectora, el peso del enojo popular cae sobre los extranjeros establecidos en el reino; bajo Ulaszló II, estalla en Buda y en Pest una verdadera persecución contra los italianos, los cheques y los judíos (3), y la Dieta promulga una ley que prohíbe expresamente dar beneficios

(1) *Cartas del rey Matías*, II, LXIX, págs. 367 y 368.

(2) *Cartas del rey Matías*, II, LXIX, pág. 152.

(3) Despacho de Donato Aretino, con fecha 2 de Agosto de 1496. (Archivos de Módena, despachos de embajadores.)

eclesiásticos a los italianos (1). Todo demuestra que Matías, al final de su reinado, encontraba él mismo excesivo el poder que los compatriotas de Beatriz habían adquirido en ciertos terrenos. Un enviado de Ferrara en Milán cree saber, en la primavera de 1485, que Matías no quiere que Juan Corvino se case con una princesa napolitana, porque ya hay bastante «de estas gentes que toman y piden siempre» (2); el mismo embajador se entera, dos años después, de que el rey no dará ya beneficios sino a húngaros, «porque no quiere ver tantos italianos a su alrededor» (3).

Matías debía sentir que los celos y los odios que excitaban los italianos coincidían con el descontento provocado en el país por varios actos de su Gobierno. Lo que llama desde luego la atención, es que la reacción húngara se dirige casi siempre contra las cosas por las que Matías era alabado con mayor entusiasmo por sus humanistas italianos y contra los favoritos de la reina y de los italianos. Galeotti, por razones fáciles de comprender, pone en las nubes al «generoso» tesorero del rey, el obispo Urbano Nagylucsci (4), de quien el historiador húngaro Gaspar Heltai ha dicho «que esquilaba noche y día al reino para proporcionar al rey los medios de sostener sus inmensos ejércitos», «que era la causa, en gran parte, de que el país estuviera abrumado de impuestos». Heltai dice en otro pasaje: «Los húngaros estaban muy apenados al ver cómo se gastaba el dinero del país en futesas, y se quejaban continuamente de que el rey hubiera abandonado las sencillas costumbres de los antiguos húngaros» (5).

(1) Fraknoi: *El reinado de los Hunyadi y de los Jagellon* (en húngaro). (M. N. T. IV.) Pág. 361.

(2) Despacho de Jacopo Trotti de 20 de Marzo de 1485. Archivos de Módena. Disp. d. Oratori Est. a Milano.

(3) Despacho de Jacopo Trotti, del 3 de Setiembre de 1487. Archivos de Módena. (Cart. d. Amb. B.^a 5.)

(4) O. c., cap. XXXII.

(5) O. c. II, págs. 203, 204 y 220.

Y la opinión emitida, cerca de un siglo después, por aquel pastor protestante de Transylvania sobre los sentimientos del pueblo húngaro en tiempo de Matías, está perfectamente de acuerdo con el severo juicio formulado por un elocuente y animoso franciscano, sobre los actos de los poderosos en los últimos años del gran rey.

Pelbart de Temesvar es una figura saliente de fines de la Edad Media en Hungría (1). El instinto de expiación de la conciencia pública parece animarle e inspirarle sermones tan atrevidos como los que un franciscano francés fulminaba poco antes contra Luis XI (2), y que recuerdan a su contemporáneo de Florencia Girolamo Savonarola. La mentalidad y la vida de estos dos hombres ofrecen numerosas semejanzas, pero difieren, sin embargo, en más de un punto. Savonarola, como Pelbart, es un intransigente en materia de fe; ambos son sabios teólogos y algo poetas; el ardor del fanatismo los anima, los fortifica y los lleva incluso a lamentables exageraciones. Pero Pelbart no tiene otra ambición que reformar las costumbres, y no la Iglesia; está enteramente sometido a Roma, y no combate el poder real sino porque Matías desafiaba a menudo al Papa. Acusa a los grandes ante el rey; lo hace con violencia y, a veces, en el tono de un demagogo; y aunque permanece en los límites de la prudencia, es imposible no reconocer que sus ataques van dirigidos contra el rey mismo y su corte.

Censura a los príncipes y a los grandes por querer habitaciones cómodas y suntuosas, jardines embalsamados, ricos mobiliarios (3); dice que hay gentes que hacen ostentación de sus vestidos, mientras que Cristo vestía toscamente; otras que tienen ricas prebendas, mientras que Cristo no tenía en donde

(1) V. Aron Szilady: *La vida y las obras de Pelbart de Temesvar* (en húngaro), 1880.

(2) Antonio Fradin, 1870. (V. Reumont: *Lor d. Medici*, I, pág. 422.)

(3) *Sermones Pomerii Fratris Pelbarti de Themesvar ord. Sti. Francisci, de Sanctis*; edic. del siglo XVI; Sermo XI, I.

reposar la cabeza; que hay personas que nadan en la opulencia y abusan de los placeres de la mesa, mientras que Cristo se alimentaba de leche; personas que habitan palacios, mientras que Cristo nació en un establo; que se acuestan en lechos de marfil, mientras que el Señor de los cielos descansaba en un montón de heno; que se enorgullecen de tener una corte numerosa y brillante, mientras que Nuestro Señor Jesucristo, a cuyo servicio hay miles de ángeles, vino al mundo entre una mula y un buey (1).

En la esterilidad de la reina va el dedo de la Providencia. «Dios, dice, da al justo numerosos hijos. Vienen al mundo tantos lobos como ovejas; éstas son devoradas por aquéllos; los hombres también las matan para comérselas, y, sin embargo, hay más ovejas que lobos. ¿Por qué esto? Hay causas naturales; pero fuera de estas causas, es porque Dios lo ha querido así. Los incrédulos no pueden echar profundas raíces ni establecer fundamentos estables. (Eccl. 4 p. 3 s.) Así como los animales carnívoros no se multiplican, Dios ha querido que los malos no tengan posteridad o que, si la tienen, les sobreviva raramente y poco...» (2).

La reina, tan dada a las prácticas religiosas, ¿oyó algún sermón de Pelbart? No le faltaron ocasiones, porque este fraile predicaba en Buda en 1480, e iba a veces a Esztergom. No pronunciaba el nombre de la reina, como tampoco el del rey, pero todos hubieran podido nombrar a la persona que acusaba de ser la causa del general descontento. «La reina influía en el rey en todo, dice Heltai; le impulsaba a toda suerte de vanidades y de placeres carnales, lo que tuvo por consecuencia que los extranjeros se llevasen todo el oro y la plata que había en el país.»

La *Apología* anónima, escrita en interés de Ulaszló, atribuye a la influencia de Beatriz los gastos exagerados que el rey

(1) Ibid. *Sermo* XXXV. C.

(2) Ibid., *Sermo* I. IV. E.

hacia «para actores, músicos, cantores, aduladores... vagabundos de toda especie. Creíase y se decía que era ella la que, con su dureza, le había enajenado el corazón de sus súbditos, la que había hecho encarcelar o desterrar a los súbditos más fieles del rey, la que acaparaba todos los tesoros del país y los enviaba a su patria extranjera (1).

Aunque sea una exageración y una injusticia achacar a Beatriz todo lo que excitaba la cólera de los húngaros contra Matías, no hay duda de que ella fue en cierto modo, la expresión, el punto de encuentro de las oposiciones irreductibles que se alzaban entre las aspiraciones políticas y civilizadoras de Matías; la influencia extranjera, el espíritu del Renacimiento, de una parte, y el sentimiento nacional húngaro, las antiguas costumbres y la antigua manera de entender la vida, de otra; fuerzas enemigas que luchaban en Hungría en los confines de la Edad Media. Esta fue la causa primera del odio que el país concibió por Beatriz, y que no hizo sino crecer con el tiempo.

Es verosímil que la aversión de los húngaros no degenerase en odio, y no osara tal vez manifestarse aquí y allí sino cuando se notó que el rey y la reina no estaban de acuerdo sobre la cuestión de la sucesión al trono, y cuando la dignidad de primado de Hungría, conferida a Hipólito, hizo que llegara a su apogeo la influencia italiana. En el último año de su vida, el mismo Matías se vió obligado a confesar con sentimiento a su cuñado el príncipe de Calabria, que su esposa no gozaba del amor de sus súbditos y que quizá no trataba de hacerse amar de ellos (2).

Y si se ve que Beatriz tuvo, no obstante, hasta el fin un partido poderoso, que hubo unanimidad en entregarle el poder a la muerte de su marido, que la cuestión de la elección de rey

(1) Despacho del embajador Jac. Trotti, del 3 Oct. 1490. Archivos de Estado de Módena.

(2) Mort. Georg. Kovachich: *Scriptores rerum Hungaricarum minores, inediti*, I, pág. 343.

se resolvió con su asentimiento, y que las acusaciones—falsas en su mayoría—de haber traicionado al país e ido contra el honor, no se formularon contra ella sino cuando se la vió abandonada por todos, esto no es más que el espectáculo ofrecido por la vida pública de todos los tiempos. Un hombre en el poder tiene siempre un partido; en cuanto se le escapa el poder, no solamente desaparece el partido, sino que los aduladores y los panegiristas se convierten en acusadores, y los antiguos títulos de gloria se truecan en crímenes.

ALBERTO DE BERZEVICZY

(Continuará.)

FORMAS RUDIMENTARIAS DE LA NOVELA PICARESCA

Desde Séneca y Marcial hasta el Arcipreste de Hita, sobresalió España siempre en la sátira, y este mismo Arcipreste, Juan Ruiz, fue el progenitor español de la ficción picaresca. Dentro de la parodia y de lo burlesco, vive a sus anchas, y su misma confusión informe, su observación irónica y su afición por la autobiografía que manifiestan sus versos, es lo que aparece después en prosa en las novelas de pícaros. Su D. Furón es el arquetipo del conocido personaje del hidalgo hambrón y soberbio del *Lazarillo de Tormes*; y *La Celestina* sigue muy de cerca la inspiración de Juan Ruiz. En esta tragicomedia, los amantes Calixto y Melibea están pintados a imitación del don Melón y doña Endrina, del *Libro de Cantares*, y *La Celestina*, madre de iniquidad, es resurrección de la diligenciadora trota-conventos. El libro de *La Celestina* fue el más importante precursor del *Lazarillo*. Impresa por primera vez en Burgos al fin del siglo xv, constaba de diez y seis actos, y posteriormente ampliada hasta veintiuno, o más bien, veintidós viene a ser una novela dialogada o un drama novelístico, no adaptado a la representación, aunque construido en un plan completamente dramático; pero si su influencia fue grande en el teatro, más considerable lo fue todavía en la novela. Quienquiera que lo escribiese (y a pesar de tratarse de ajeno el primero, parece

indiscutible autor Fernando de Rojas), *La Celestina* hizo de una manera más seria lo que la novela picaresca intenta hacer más concretamente: inspirarse en lo real. Su asunto eran la vida simplemente y la pasión, no aventuras extravagantes; y su instrumento, la observación; pero en la emoción alcanzó realidad más intensa que la pretendida por los libros picarescos. La vida de la clase baja, convergiendo en derredor de la impúdica *Celestina*, tiene todos los rasgos de las mejores novelas picarescas; al paso que la pintura de los amantes se desenvuelve en un mundo superior, completamente arcano para los antihéroes.

El diálogo nervioso, nunca superfluo; la sobriedad en la expresión, tan desemejante al Arcipreste y a los libros picarescos, y el sentimiento del carácter, bastan para consagrar esta tragicomedia como una obra maestra. En el siglo xvi fue tan popular como el *Quijote* en el xvii. Un filósofo como Luis Vives podía censurarla como *requitiarum parens, carcer amorum*; con todo, tuvo que revocar su fallo, cuando, tanto los personajes principales de la obra como sus mismos dichos, pasaron a ser del proverbio común, y las ediciones, adiciones e imitaciones se multiplicaban prodigiosamente. Cepeda y Velasco pusieron a contribución su asunto, continuándola uno en prosa y otro en verso, y antes de ellos, Feliciano de Silva había resucitado de su tumba a la astuta zurcidora de voluntades en su *Segunda Celestina*, de 1530; Domingo de Castega añadióle segunda parte en 1534; y Gaspar Gómez de Toledo le puso tercera en 1539. La *diabólica vieja* Claudina de la *Tragedia policiana*, en la siguiente década, y la religiosa, pero infame Marcelia, de la *Florinea*, de 1554, fueron *Celestinas* amplificadas; y en el mismo año, en que también apareció *Lazarillo de Tormes*, se encuentra otro recuerdo de *La Celestina* en la *Comedia Selvagia*, de Alonso de Villegas. Las traducciones al latín y a las principales lenguas de Europa fueron cosa frequentísima, como también su transcripción al verso y su reproducción en obras dramáticas españolas. De éstas, alguna,

como la *Comedia Eufrosina*, escrita en portugués, primero, y más tarde en castellano, eran menos picaresca que el original; al paso que otras lo eran más, como la *Segunda Celestina*, de Agustín de Salazar, y la *Escuela de Celestina*, de Salas Barbadillo. De las novelas picarescas de aquella época, la *Hija de Celestina*, de Barbadillo, y la *Sabia Flora Malsabidilla*, del mismo autor, se pueden contar como descendientes en línea recta de *Calixto y Melibea*; pero las novelas picarescas reconocen todas a *Celestina* como abuela.

La curiosa portada de las ediciones de 1605 y 1608, publicadas respectivamente en Medina del Campo y Bruselas, de la *Pícara Justina*, presenta a este personaje en la nave alegórica, *La nave de la vida pícara*, al lado de una vieja con anteojos. *La madre Celestina*, Sempronio, Parmeno y el Rufián Centurio, y Arensa y Elicia, jóvenes ramera, como las hubiera nombrado Middleton, gente de burdel, pero llena de verdad y de vigor. Todos ellos formando parte de la tribu picaresca, que si en la práctica son apenas informes esbozos, a la luz del examen contienen en sí el germen de la filosofía brillante del pícaro.

Elicia, en la antigua versión del inglés, de James Mabbe: «En lo que tengamos comida para hoy, no nos cuidemos de pensar en el mañana; cuídese él de sí mismo; tan bien muere el que allega mucho como el que vive pobremente; no hemos de vivir para siempre; así que riámonos y estemos alegres, porque son pocos los que llegan a gozar de larga edad; y los que la alcanzan rara vez mueren de hambre. Nada deseo en esta vida sino comer, beber, andar bien vestido y holgarme. Y aunque los ricos tengan más medios para conseguir esta fortuna que los otros, con todo, no se verá ninguno satisfecho, ninguno que se diga a sí mismo: tengo bastante. No hay ninguno entre ellos por cuyas riquezas cambiara yo mis placeres».

Este fue siempre el razonar del pícaro; y por esto es por lo que en aquélla, Lope de Vega, a los cuarenta años, quiso, como

Montalván asegura, probar la vida del pícaro, y en la novela D. Diego Carriazo y D. Tomás de Avendaño, de *La Ilustre Fregona*, hicieron otro tanto, yéndose a las almadrabas, que eran el *finibusterra* de la vida picaresca, como Cervantes las nombra. Puede *La Celestina* interpretarse aviesamente, como *Scelestina* (malvada); pero no por esto dejará de ser un estudio fiel del corazón humano y de la realidad externa, y el modelo de innumerables obras menores, entre las cuales corresponde su parte a las novelas picarescas.

Otro antecedente que en la literatura española encontramos para este género de libros, fue la sátira lucianesca, que ya en el 1528 hace su introducción en España con el *Diálogo de Mercurio y Carón*, de publicación anónima, pero que indudablemente se debe a la pluma de Juan de Valdés, y quizá también a la de su hermano Alfonso. A pesar de su heterodoxia y conexiones clandestinas con la Reforma, fueron los hermanos Valdés tolerados por Carlos V; y, a propósito para advertir abusos en la Iglesia y en el Estado no se descuidaron, Juan al menos, de atacarlos. Se confirma que poseía esta facultad crítica con su *Diálogo de la lengua*, cuyo asunto es sobre literatura; y esta facultad satírica algo influyó probablemente en el *Lazarillo de Tormes*. De la misma suerte también el lucianesco *Crotalón*, obra a lo que se supone de Cristóbal de Villalón, puede haber ejercido alguna influencia, pues la infancia de Alexandre allí descrita guarda alguna analogía con la del pícaro de Tejares. Mas el estilo docto y sopesado de la sátira contrasta con el movimiento libre y fresco de las narraciones picarescas, siendo los herederos más manifiestos de producciones tales como el *Crotalón* y el *Mercurio y Carón*, *Los sueños* y *El Diablo Cojuelo*.

En vano sería buscar orígenes más definidos para la novela picaresca en España. Clemencín, y después de él Ticknor, afirman que la *Breve suma de la vida y hechos de Diego García de Paredes*, viene a ser una novela picaresca en pequeño. Paredes murió en 1533, y su breve autobiografía fue impresa por

los años de 1559 en Zaragoza, y vuelta a imprimir en 1584 en Alcalá de Henares, juntamente con la *Crónica del Gran Capitán Gonzalo Hernández de Córdoba y Aguilar*. Este es aquel libro que el cura y el barbero examinan en el *Quijote*, donde el cura declara que las fuerzas de Paredes eran tan grandes que con un dedo podía detener una rueda de molino en la mitad de su furia. Mendoza en la *Guerra de Granada*, y Lope en la *Dorotea*, rindieron tributo semejante al «Sansón de Extremadura», que con este sobrenombre era conocido. Pero la autobiografía es sencillamente la de un vigoroso pillo que marcha a Italia, se agrega a la compañía de alabarderos pontificios, y, obligado por la pobreza, hace hurtos de noche, corta la cabeza al capitán que le reprende por ellos, mata a su carcelero y realiza increíbles hazañas en la guerra. Fuera de mostrar bravuconería, no ofrece nada de interesante, y está desprovista de humor, trazas y originalidad. La vida actual del personaje era, es verdad, más picaresca que la manera de referirla, pues la deserción y la piratería son elementos frecuentes de estas obras, como lo demostró más perfectamente la relación escrita por Tomás Tamayo de Vargas, publicada en Madrid en 1621. Ninguna otra circunstancia hace ver parentesco en García de Paredes con Lazarillo. *La Celestina* es la única de las novelas españolas que puede competir con él en cuanto a perfección artística y amenidad, y con ambos ningún otro libro, si se exceptúa el de las *Epístolas* de Guevara.

Así, pues, el derecho que posee el *Lazarillo de Tormes* a ser considerado como la primera novela picaresca y fuente de una manifestación literaria específica, no puede ponerse en duda. En 1554 publicó Juan de Mata, en Burgos, la edición más antigua que se conoce, y en el 26 de Febrero de aquel mismo año, el librero de Alcalá, Salcedo, la puso en circulación con leves variantes. Martín Nucio, en Amberes, repitió la edición de Burgos en el mismo año, y en lo sucesivo se aseguró para siempre el triunfo de esta novelita. En 1559, siendo arzobispo de Sevilla e Inquisidor general Fernando de Valdés, puso en

el *Indice Expurgatorio* al *Lazarillo*; mas este libro siguió circulando fuera de su jurisdicción y aun subrepticamente dentro de ella, de tal manera que Felipe II hubo de contentarse con ordenar a su secretario Juan López de Velasco que lo enmendara e imprimiera juntamente con la *Propaladia* de Torres Naharro, también revisado, y los versos de Cristóbal de Castillejo (1). El *Al letor*, de esta edición castigada de 1573, declara que aunque no sea esta historia de tanta gravedad como las otras obras que la acompañan, con todo, es una representación tan fiel y animada, y describe con tanto ingenio y gracia, que en su género es muy estimable, y ha sido siempre muy gustosa a todos, por lo que, aun siendo prohibido en aquellos reinos, se leía y publicaba por todas partes. Las enmiendas inquisitoriales no fueron tan considerables como pudiera suponerse, y sólo porque el *Lazarillo* es algo atrevido, atendida la época y el país, se dió lugar a la especie de que se había publicado en Amberes la edición *princeps*, de 1553, cosa que no ha pasado de ser una invención.

La controversia de la paternidad de esta obra, ha dado resultados negativos sobre lo que antes parecía bien claro (2).

(1) Esta edición castigada, se publicó también con el *Galateo Español* de Gracián Dantisco, y el *Destierro de la ignorancia*, obra italiana de Horacio Riminaldo Boloñés, en 1559, en Madrid, y después repetidas veces y en distintas poblaciones. Por esta circunstancia, Navarrete, en el *Bosquejo histórico sobre la novela española*, con que se encabeza el tomo XXXIII de la Bib. de Autores Españoles de Rivadeneyra, supone enormemente que fue Dantisco el expurgador.

(2) Trata de este asunto con la extensión que merece, Alfredo Morel-Fatio, en la traducción francesa del *Lazarillo*, 1886, y en los *Études sur l'Espagne*. París, 1888, vol. I, págs. 121 y siguientes. Como crítica puramente negativa, las conclusiones de Morel-Fatio no han obtenido aceptación, aun cuando son inevitables en lo que no vengan nuevos hechos a contradecirlas. Autoridad como D. Pascual Gayangos se aparta de ellas, sin embargo. (*State papers, Spanish Series, Henry VIII*, vol. VI), y H. E. Watts, en su ensayo sobre Quevedo y la novela picaresca, tiene por erró-

El que más probabilidades tiene para ostentar título de autor de ella es Hurtado de Mendoza. Hay muchas probabilidades que lo confirman, y sin embargo, ninguna alusión a ella apareció hasta medio siglo después de su publicación. Tal es la del *Catalogus clarorum Hispania scriptorum... opera ac studio Valeri Andreæ Taxanari*, publicado en Maguncia en 1607. En él consta una breve noticia, dedicada a Mendoza, que dice concretamente: «Compuso también poemas en lengua vulgar y el gracioso librito titulado *Lazarillo de Tormes*.» Dos años antes suscitó la cuestión de la paternidad, el P. Sigüenza, en su *Tercera parte de la historia de la Orden de San Jerónimo*, publicada en Madrid. Juan Ortega, general de la Orden, la había compuesto, según Sigüenza, cuando era estudiante en Salamanca, basando su aserto sobre el descubrimiento de un manuscrito hallado en su celda después de su muerte. Es curioso que las dos versiones coincidan en algunos puntos, pues también Schott, en su *Hispania Bibliotheca*, afirma que Mendoza lo escribiera siendo estudiante en Salamanca. Pero el *Lazarillo* no se escribió antes de 1526, pues en él se hace referencia a las Cortes de Toledo, celebradas un año antes de esta fecha, después de la batalla de Pavía, cuando Mendoza era probablemente soldado y no estudiante. Tanto fundamento hay para atribuirlo a Ortega como a Mendoza. Los bibliógrafos posteriores la atribuyen, bien al uno, bien al otro. Nicolás Antonio la registra en su *Bibliotheca hispana nova* de 1783, con los nombres de ambos, pero ni la colección de las obras de Mendoza, publicada en Madrid en 1610, ni su biografía, publicada en Lisboa en 1627, atestiguan conexión ninguna de este escritor con el *Lazarillo*, cuya popularidad no consiente semejante omisión. Indicación posterior y más caprichosa, es la que da el inglés Dr. Lockier, decano de Peterborough, que en su conversación con el Rev. José Spence, atribuye la composi-

neas las afirmaciones de Morel-Fatio, que quieren hacer pasar por autor al fraile Jerónimo Juan Ortega.

ción del *Lazarillo* a algunos de los obispos de las órdenes mendicantes que, según él, la redactaron durante su viaje al Concilio de Trento (1). Ni Juan de Luna, autor de la continuación de 1620, ni López de Velasco, que tomó a su cargo el expurgo de la edición de 1573, dan muestra de haber conocido al autor del *Lazarillo*, aunque sí reconocen que la segunda parte no está escrita por la misma mano que la primera. Es, pues, de creer que la necesidad de dar al libro la sanción de nombre tan reputado como el de Mendoza, y el humor regocijado de este ingenio que se manifiesta en sus redondillas y versos burlescos, han dado base a esta tradición. Si a pesar de todo no se pudiera identificar al brillante autor de la *Guerra de Granada* con el incógnito del *Lazarillo*, aún queda bastante a Mendoza para ilustrar su reputación. Con la perfección de sus obras auténticas, tanto literarias como políticas, pudo quedar bien satisfecho, y no menos el pícaro *Lazarillo* con su influencia literaria.

Lazarillo refiere su historia con un brío de dicción y derechura, que sus imitadores ciertamente no han copiado. No usa al empezarla ambajes ni rodeos. En la primera frase da su nombre y el de sus padres, y en la segunda, el de su patria y cuna. Desembarazadamente prosigue la narración, delineando las aventuras del héroe que va de amo en amo sin volver nunca atrás la mirada. Cuando deja una ocupación, se ciñe por completo a hablar de la sucesiva. Del ciego a quien acompañara, termina diciendo: «No supe más lo que Dios hizo del ni procuraré de saberlo.» En los siete *tractados* de la obra original, solamente hay cuatro episodios elaborados al detalle, correspondientes a otros tantos grados del servicio; el primero con un ciego, y los restantes con un clérigo avariento, con un hidalgo pobre y con un vendedor de bulas. Fuera de éstos, los demás amos de *Lazarillo* son figuras bosquejadas: un fraile entrome-

(1) *Anécdotas, Observaciones y Caracteres de los libros y de los hombres*. Londres, 1810, págs. 59-79.

tido y afanoso, un pintor a quien no se hace sino mencionar que le diera cargo de moler los colores, un capellán que le ajustó para que le llevara agua, un alguacil que le inició en los enredos de la justicia, y finalmente, mejora su suerte con un cargo público en servicio del emperador. En este oficio, que era el de pregonero, olvida sus pasadas congojas y calamidades, pues aunque su profesión no fuera otra que la de pregonar los delitos y castigos de los delincuentes por las calles de la ciudad, no dejaba de estar, como dijimos, al servicio del rey, cosa que, con la desaparición del feudalismo, llegó a ser el ideal de todas las clases sociales. Desde la más mísera condición, el pícaro llega a ser algo: desde la pobreza de su cuna a las orillas del Tormes, desde los golpes, hambres y embelecocos, a un puesto de relativa comodidad. El arcipreste del Salvador, cuyos vicios pregonaba Lázaro, le da en matrimonio a su criada, y Lázaro, después de una breve plática de inteligencia con su amo y su mujer, consiente en que ésta salga tantas veces como quiera, de noche o de día, a casa del arcipreste para evitar escándalos y murmuraciones. Y no se arrepiente de su complacencia. A todo el mundo confiesa que su mujer es tan buena como cualquiera otra en Toledo, y que le proporciona por la misericordia de Dios más satisfacciones que las que él esperó nunca merecer. Y así termina el libro con este ligero toque de ironía.

En el plan del conjunto y en la manera, de estos cuatro episodios que hemos dicho, es en lo que aparece la mayor originalidad de la obra, pues parece como si sólo esta porción se hubiera completado, y el resto no fuera sino bosquejo de otra parte destinada a elaboración más detenida. Así que los distintos aparecen catalogados, pero descritos exactamente o satirizados; mientras que la porción inicial está bien dibujada y redondeada. El ciego a quien primero confía la virtuosa Antonia Pérez al hijo de sus esperanzas, y que toma a su cargo mostrarle los caminos de la vida, en trueque de ser conducido a su vez por los del país, es un tipo característico español que

no cede a ningún otro, salvo al del hidalgo arruinado, cuyas maneras apacibles y hambre canina tan al vivo se describen. Las gracias de los ciegos y sus conductores fueron cosa conocida por mucho tiempo en España y aun por toda Europa. La conciencia medioeval no veía nada repulsivo en las brutalidades que se practicaban con los inválidos, y el teatro primitivo abundaba en obras de tosco ingenio que sacaban a plaza la despiadada lid entre Lazarillo y su amo pordiosero.

Entre éstas hay una farsa, titulada *Le garçon et l'aveugle*, de que hay recuerdo que fue representada en Tournai, en 1277; es seguramente idéntica en el fondo a la novela española (1), y esto, juntamente con el descubrimiento de dibujos de principios del siglo xiv, representando los de Lazarillo contra su ciego, confirma la conexión que guarda la novela con representaciones dramáticas anteriores (2). Con todo, la narración del antihéroe del Tormes fijó definitivamente estos lances graciosos en la pintura de un carácter, y extendió a todo el que tenía cargo de guiar a un ciego la denominación bien castellana de *lazarillo*. El primer poseedor de este nombre, desde el momento aquel en que su cabeza recibió el golpe contra el toro de piedra del puente de Salamanca, se dió a entender que tenía que medirse con la astucia y avaricia, recurriendo a su propia sagacidad. En adelante todos sus empeños se dedicarán a bastarse a sí mismo. Unas veces atrapa en el camino la moneda con que pagan al ciego sus oraciones, cambiándola por monedas más pequeñas; pero las más, el fruto de su rapiña es comida o bebida; y así hurta del fardel en que lleva su despensa el ciego, y chupa vino del jarro que junto a sí pone con una paja, o se vale para bebérselo también de un agujero practicado en el fondo del jarro, y convenientemente tapado con cera

(1) *Jahrbuch für rom. und eng. Litteratur*, vol. VI, págs. 163-172 (1865).

(2) En el Museo Británico, véase Royal, Ms. 10. E. IV, que empieza en el folio 217; véase también *Athenæum*, Diciembre 29, 1888, artículo de J. J. Jusseraud.

en los ratos en que no puede beber. De nada aprovecha que el ciego, al caer en la burla, le quiebre los dientes golpeándole con el jarro; Lazarillo seguirá con sus mañas. Así lo manifiesta el suceso del racimo que convinieron en comer equitativamente, y el escamoteo de una longaniza puesta al asador, por un frío nabo, que descubrió por el olor el ciego, ayudado de su finísima y cumplida nariz. Para vengarse de los crueles tratamientos que el ciego le infligiera, le guía Lázaro por los peores caminos, no parando hasta que, poniéndole ante un pilar, y so pretexto de saltar un arroyo que no existe, le manda que salte con todas sus fuerzas, lo que él hace, abriéndose la cabeza contra el poste y cayendo sin sentido. «¿Cómo oliste la longaniza y no oliste el poste?» son las palabras de despedida de Lazarillo. De donde *oler el poste* ha venido a ser un dicho común de la lengua castellana. Shakespeare lo debió tener en cuenta en su comedia *Mucho ruido para nada*, al poner en boca de Benedick aquella expresión: «¡Oh, dais palos de ciego; vuestro lazarillo os hurtó la comida y vos dais en el poste!» (1) Al pasar a monaguillo, Lázaro cae del caldero en la sartén, porque el clérigo a cuyo servicio entra es un mezquino, comparado con el cual el ciego resultaba un Alejandro en generosidad. No acaba para él la antigua porfía con el hambre; mas aun en esta situación halla nuevos arbitrios para asaltar los bodigos de las ofrendas, hasta que, descubiertas sus invenciones, le despiden.

En Toledo viene a parar al servicio de un hidalgo, que es la creación más feliz de la obra y de las más verdaderas de la época. Nuevamente le persigue el hambre en poder de este amo, aunque aquí ya no es por causa de su avaricia. El hidalgo, con su empaque y sus galas, parece un gran señor, sin tener otra cosa que su orgullo; y tan hambriento como el mozo, es aún más desdichado con mucho, pues no tiene como él el re-

(1) De esta suerte traduce este pasaje D. B. Carlos Aribau, en su prólogo al t. III. de la Bib. de Aut. Esp. (N. del T.)

curso de mendigar. Si ya en la antigua farsa se señalaban analogías con los lances entre ciego y lazarillo, en la comedia desarrollada figura el escudero envanecido y hambrón. En él va envuelta una sátira contra España entera, la España en los comienzos de su decadencia, que tenía por mejor dar parecer que ser. En los esfuerzos lastimosos y desesperados por trepar hasta el ideal caballeresco tiene su parte la luz de un humorismo más benigno en esta narración, en que seguramente el alma del escritor sintió vibrar en sí alguna cuerda de simpatía. El papel de caballero orgulloso e indigente que hace fieros y presume, era demasiado interesante para dejar de señalarlo, tanto en su nación como fuera de ella; ni podía menos de llevarse a escena. La adaptación más ajustada a este género fue la del *Spannische Brabander*, escrita en holandés por Gerbrand Adriaensen Brederoo en 1617 e impresa en el año siguiente. En ella Resolimo Rodrigo se pavonea por las calles de Amsterdán como el galán señor de Lazarillo por las de Toledo; pero ni el mismo Brederoo pensó en desfigurar la nacionalidad de su héroe al cambiar de lenguaje. En realidad, el hidalgo era español, y español siguió siendo. De menos importancia que los otros tres episodios principales es el del *buldero*, toda vez que no es más que una historia algo arreglada del *Novellino* de Massuccio, que en la *novella* cuarta presenta a Girolamo de Spoleto, haciendo creer al pueblo de Sorrento que un hueso que va enseñando es de un brazo de San Lucas. Uno que está en connivencia con él le contradice, y entonces Fra Girolamo pide a Dios que para demostración de la verdad de sus palabras obre un milagro. Entonces el cómplice finge caer muerto, y Fra Girolamo le vuelve a la vida con sus oraciones, granjeando con la fama de su doble milagro una gran cantidad de dinero y el ser elevado a obispo, tras de lo cual él y su compañero se entregan a una vida de jolgorio y regalo (1).

(1) Este asunto informa también la primera historieta del cap. XXVI de *Il vagabondo*, publicada en 1627.

Tanto en la manera como en el asunto, distínguese el *Lazarillo de Tormes*, por su sencillez y naturalidad, y en ambas cosas ofrece poderoso contraste con las producciones del ciclo de *Amadís*. Juan de Luna, en su revisión de 1620, es cierto que critica el lenguaje como adoleciendo de construcción francesa más bien que española; pero Luna no echó de ver que sus observaciones eran aplicables a su tiempo, que iba reduciendo el uso de los pronombres en la lengua meridional, así como distinguiendo ciertas expresiones que anteriormente eran comunes a ambos idiomas. Los testimonios de más autoridad convienen en considerar esta obra como uno de los monumentos más puros y castizos del habla castellana. Siendo indudablemente el primero entre los libros picarescos, difiere en algunas cosas de los que le siguen. Lo que en éstos se encuentra frecuentemente, faltaba en él seguramente, como era aquella furia por moralizar, que tanto embaraza la lectura, o aquella pedantería y ostentación de anécdotas, que pecan directamente contra la finalidad de la obra, haciéndola fastidiosa. El protagonista de esta novela hurta por necesidad, al paso que los pícaros de las otras adquirieron el hábito y arte de robar para contentar su afición. Su sátira, que era atroz, especialmente contra los clérigos, esa limitación a que llegó después, y *Lazarillo*, destacándose como persona de la consideración de sus obras, ya se aparta un paso del modo de ser de los *Til Eulenspiegel*. Hay que tener en cuenta, para explicar estas diferencias, el largo intervalo transcurrido entre esta obra y sus sucesoras legítimas; y la llaneza de su composición se comprende en parte, porque resultaba de los mismos materiales, que el autor se asimiló tal como los encontró. La farsa rudimentaria que inspiró el primer tratado; los pasajes bufos, que recaían en clérigos; la comedia intencionada del hidalgo, que predomina sobre toda otra cosa y muy en conformidad con la época; la *novella* refundida del *buldero*, y luego el alcance de los episodios fragmentarios severamente personales que se siguen, hasta el último aguijonazo irónico al arcipreste y su ama, todo

ello constituye una narración curiosamente remegida. La marcha de ella no es nunca la misma: sosegada al principio, acelerada después, y, por último, galopante, desbocada, a capricho y según que las condiciones del terreno recorrido lo iban exigiendo. Nada de esto se opone, sin embargo, a que *Lazarillo de Tormes* deba ser considerado como una de las novelas españolas de más influjo y renombre.

La continuación anónima que apareció en 1555, en las prensas de Martín Nucio, fue publicada con permiso para cuatro años, pero en el mismo tiempo salió a luz la primera parte, publicada por Guillermo Simón, a pesar del privilegio imperial de Nucio. No por esto debieron tener disgusto ninguno los librerros de Amberes, porque el éxito de este libro debió ser tan escaso como lo es su mérito, y en España no obtuvo el favor de la impresión hasta 1844. Cardoso, de quien Nicolás Antonio tomó la noticia, atribuye la composición de esta obra a Fray Manuel de Oporto, pero no existe en la narración interés suficiente para discutir su paternidad. Es de notar el que el fragmento de *La segunda parte de Lazarillo de Tormes, y de sus fortunas y adversidades*, destinado a completar una pintura famosa, recayera precisamente sobre lo menos digno de la historia. Tal sucede con el breve capítulo inicial, titulado: «En que da cuenta Lázaro de la amistad que tuvo en Toledo con unos tudescos, y lo que con ellos pasaba». En la traducción más antigua al francés del *Lazarillo* en 1561 por Jean Sangrain, en París, se puso este capítulo de apéndice a la primera parte, y habitualmente, cuando se publica sola la narración original, se le acompaña de este insignificante fragmento de la continuación anónima (1). Salvo en las dimensiones, nada añadía al libro; y el que se incluyera en la primera vez, parece

(1) M. Morel-Fatio, en sus *Études sur l'Espagne*, cree que todas las ediciones de la primera parte, después de 1561, contenían este capítulo; pero, entre otras, la de Zaragoza de 1599, y la de Lisboa de 1526, no lo incluyen, y la traducción italiana de Barezzi, de 1622 y 1626, termina de la misma manera que la parte original.

poco motivo para seguir haciéndolo en lo sucesivo hasta en la misma traducción inglesa.

El asunto de esta continuación parece haberse inspirado más directamente que su progenitora en el *Asno de oro*, pues a lo menos se aplica al pícaro una metamorfosis no menos extraña que la de Lucio. Contada su buena amistad con los tudescos, entra luego a referir cómo se embarcó en una expedición de Carlos V contra los turcos berberiscos, y, sorprendidos por una terrible tempestad, fortificándose contra la furia de los elementos con vino, húndese con su barco en el fondo del mar. Rodéanle multitud de peces, prontos a devorarle; mas él se retira a una cueva, y hace tan fervientes oraciones al cielo y promete tantas peregrinaciones en obsequio a la Virgen, que por su intercesión se realiza el milagro de convertirse Lázaro en atún.

Así transformado, prosigue en sus aventuras principales, que nada tienen que ver con lo picaresco, y en la que su espada, que por su buena suerte conserva, le da medios para tomar parte señalada en la política del mundo acuático. Cásase con una atuna, de la que tiene tres atunes; mas, después de haberse metido en enredos en la corte de los atunes, le sacan en una red unos pescadores de Gibraltar. Al agarrar su espada se encuentran con que está sujeta con una mano y un brazo de hombre que salen por su boca y que les habla en lengua española; ellos llevan su hallazgo a Sevilla para mostrarlo al duque de Medina-Sidonia. Deja su envoltura de pescado y, nuevamente hombre, marcha a Salamanca, donde se propone fundar estudios de lengua atuna. Conforme a ello, es examinado por los doctores de la Universidad, como Pantagrúel por los de la Sorbona, y las preguntas que le hacen son precisamente las mismas propuestas mucho antes a Eulenspiegel en Praga.

No es menester insistir mucho sobre el hecho de que, salvo en el nombre, en lo demás no tienen nada de común el original y la continuación. Ya no vuelve a verse el servicio picaresco especialmente español que se presta para describir personajes di-

versos. La historia extravagante y desatinada reemplazó a la cuidadosa observación de la vida actual, y la sátira de los hombres y mujeres efectivos, cubiertos con las escamas de peces, como podrían estarlo con otra cosa, muestra sólo un retroceso y un desarrollo de nada nuevo. Si los triunfos en la corte mediante la influencia femenina se ven atacados rebozadamente, aquí el estilo todo de esta paupérrima novela tiene más relación con el género heroico que con el picaresco; hasta la espada del transformado Lázaro tiene reminiscencias de Excaliner. El parecer de Velasco, en 1573, de que esta segunda parte era *muy imperitinentemente y desgraciada*, no se ha modificado nunca. Juan de Luna, sesenta y cinco años después, confesaba que se había determinado a componer la continuación del *Lazarillo* para reemplazar a un relato tan insulso y *sin rastro de verdad*.

Esta continuación tuvo poco favor al ser traducida. En 1596 apareció en Londres, publicada por John Oxenbridge y traducida al inglés por William Phiston. En 1598 dióla a luz, en Amberes, Guislain Jansens, con la primera parte en francés, por Juan Vander Meeren. La traducción italiana de 1635, por Barezzo Barezzi, de Venecia, tiene añadida una segunda parte, basada en ésta, pero repleta de retazos que llenan centenares de páginas de una prosa cansada, recogida de unos y otros autores, y que sale a borbotones de la boca de Lazarillo. No se le presenta al pícaro, hasta el capítulo XXXII, ocasión de embarcarse contra los turcos, y aun entonces su manía de discursar sigue siendo irrestañable. El *Lazarillo* original obtuvo más éxitos, con justísima razón, en otras lenguas, aunque no se vió libre de alguna que otra alteración. En 1561 fue impreso en Francia con el título de *L'histoire plaisante et facétieuse du Lazare de Tormes*, y después en Amberes, en 1594 y 1598, por Jansens. En 1601, Nicolás y Pedro Bonfons lo publicaron con los textos español y francés, siendo obra el último de P. B., parisiense, o, como más tarde se firmó, M. P. B. P. Después de 1620, la continuación de Luna apareció incluida en todas las traducciones, salvo la que en 1653 hizo en francés in-

correcto Le Sieur de B. En 1579 ya se publicó en Delft la traducción al holandés, titulada *De ghenuechlijke ende cluchtige historie van Lazarus van Tormes out Spaingen*, y en 1568 se dió licencia en Stationers' Register para la versión inglesa *Marvelous dedes and the Pyf of Lázaro de Tormes*. Posible es que ya en 1576 se hubiera impreso, pues en la copia de *Howleglass* (1), entregada a Gabriel Harvey por el autor de *Faerie Queeve*, habla el donante en una nota manuscrita de la última página de haber «recibido de Mr. Spenzer». «Este Howleglass, con Skoggin, Skelton y Lazarillo», en 20 de Diciembre de 1578, y sin género de duda se refería a *The pleasaunt historie of Lazarillo de Tormes a Spaniarde... drawen ont of Spanish by David Rowland of Anglesey*, que Bagford describe como publicada por Henrie Binneman, en 1576, y reimpresso en 1586 y 1596. De las muchas ediciones inglesas que siguieron, la de 1668 es la más alterada, impresa en Londres por J. Leake, en que aparecen añadidas la continuación de Luna, variada, que en 1622 se había traducido al inglés, y una parte titulada *The life and Death of Young Lazarillo, Son and Heir to Old Lazarillo de Tormes*. (Vida y muerte del joven Lazarillo, hijo y heredero de Lazarillo de Tormes el viejo.) Es una compilación de los hechos picarescos de las obras de Aleman, Quevedo y los autores del *English Rogue*, sin mérito ninguno. En Alemania publicó en 1617, Niclas Ulenhart su *Zwo kurtzweilige, lustige, und lacherliche Historien die erste, von Lazarillo de Tormes einem Spanier*, traduciendo el *Rinconete y Cortadillo*, de Cervantes, con el título de *Isaac Winkelfelder und Jobst von der Schneid*. El *Lazarillo* italiano, publicado por Barezzi con el título de *El picariglio castigliano*, con su segunda edición en 1622 y la tercera en 1626, se apropió otra novela de Cervantes, *La Gitanilla*, cuya narración pone en boca del hidalgo tercero, amo de Lazarillo.

(1) Esta copia única del *Eulenspiegel* inglés existe en la librería Bodleiana.

Si bien la obra original del Lazarillo obtuvo suficiente atención para prestar su nombre a la obra de Flandes de 1555, y en 1559 se hablaba de él en una comedia de Timoneda como de cosa muy conocida, en este segundo año prohibió la Inquisición ambas partes, y la novela picaresca, que entonces cortaba las amarras, tuvo que volverse atrás. Así por mucho tiempo pareció que la primera novela picaresca había de ser también la última. El temor a los censores eclesiásticos no fue la única razón que explica haber faltado entre los ingenios españoles quien siguiera la ruta de Lazarillo. Se ha de creer, más bien, que le había llegado su hora a este género. Según que la novela caballeresca va decayendo, empieza a cobrar favor la pastoral.

En la última mitad del siglo xvi siguen a la *Diana* obras tales como *los diez libros de fortuna de amor*: la *Filida*, la *Galatea*, el *Desengaño de celos*, las *Ninfas y pastores de Henares*, y el *Pastor de Iberia*, hasta llegar a la *Arcadia* de Lope, publicada en 1598. Aún los lectores no estaban dispuestos a que sus aristócratas favoritos cedieran su sitio a los picarones de baja ralea. No habían llegado las condiciones sociales a aquel momento crítico que proporcionó después, no ya materia para la novela picaresca, sino público que gustara de ella. *El Patrañuelo*, de Timoneda, por el año 1566, trae acá y allá algún que otro rasgo de la manera picaresca, y en su *Sobremesa y alivio de caminantes* reproduce este estilo en sus anécdotas más breves; pero, fuera de esto y de la *Relación de la cárcel de Sevilla*, compuesta por Cristóbal de Chaves de 1585 a 1597, nada atrevió a publicarse hasta el *Guzmán de Alfarache*, publicado en 1599. Ciertamente que Ginés de Pasamonte dice en el *Quijote*, al alabar su autobiografía: «mal año para *El Lazarillo de Tormes* y para cuantas de este género se han escrito o se escribieren»; lo que hace suponer la existencia en aquel tiempo de varias obras correspondientes al género picaresco. Sin embargo, esto se escribió en 1605, cuando, por lo que es dado conocer, sólo el *Guzmán* se había impreso. *La Pícarra Justina*, del mismo

año, pero autorizada antes que el *Quijote*, menciona la obra maestra de Cervantes, en unión de otras de mérito, en unas sextillas truncadas:

Más famo- que *Doña Oli-*
Que *Don Quixó-* y *Lazari-*
Que *Alfarache* y *Celesti-*.

Así es que la misma *Pícaro* pudo difícilmente ser incluída en la cuenta de Pasamonte. Si *Guzmán*, pues, ha tenido algún predecesor, debe haber corrido bien pronto la suerte de todo lo perecedero; y a Mateo Alemán, de Sevilla, pertenece la gloria de haber sido el primero a quien hay que reconocer como autor de una novela picaresca.

Alemán fue un empleado público concienzudo y laborioso, por casi veinte años *contador de resultas* de Felipe II, y hombre de negocios, en pocas palabras. Se condujo con tanta rectitud en su cargo, que cayó en la pobreza y tuvo que retirarse a una vida de menos estimación, pues sus penosos afanes habían por igual perjudicado a su fortuna y a su salud. «Dondequiera que se oye conversación humana, allí se oyen publicar por todos sus alabanzas, no menos en España que en Italia, Francia, Flandes y Alemania, cosa que mis ojos y mis oídos pueden atestiguar y acreditar», dice su panegirista el teniente Luis Valdés; y tributa semejante elogio a la novela declarando: «En veneración debemos tener todos a Mateo Alemán... porque no se le puede negar ser el primero que hasta estos días haya llegado en un género de estilo como el suyo a descubrir y excomulgar el vicio» (1). Poco beneficio, sin embargo pudo sacar del inmenso éxito de su novela; y la preferencia que él da a ser un filósofo pobre antes que un rico lisonjero, la vió satisfecha al pie de la letra. Por su propio impulso dejó el cargo de contador, y fué a Méjico, donde en 1609

(1) *The Rogue: or. the Life of Guzmán de Alfarache*, James Mabbe, 1622, prólogo.

publicó, en la imprenta de Jerónimo Balli, la *Ortografía castellana*, comenzada antes de salir de España. Tradujo las *Odas* de Horacio; y en el tiempo que transcurrió de la primera a la segunda parte del *Guzmán*, compuso una *Vida* de San Antonio de Padua. Empleado todo el día en otros menesteres, le era forzoso a Mateo Alemán tomar gran parte de la noche para atender a la impresión de sus obras, ocupado hasta la madrugada. Tal facilidad tiene sus inconvenientes, que confirman la prolijidad de las aventuras del pícaro, no menos que los milagros del santo.

La *Primera parte de Guzmán de Alfarache*, dedicada a don Francisco de Rojas, Marqués de Poza, apareció por primera vez en Madrid, publicada por el licenciado Varez de Castro, en Marzo de 1599. A los pocos meses siguiéronle ediciones en Barcelona y Zaragoza, y en 1600 en Portugal, Francia y Flandes se publicaron reimpressiones españolas, dando una traducción al francés Gabriel Chappuys, en Paris. Mateo Alemán había halagado la imaginación popular; adoptando el plan fundamental del *Lazarillo* de satirizar a través de lo aprendido por un donoso pícaro al servicio de muchos amos, ensanchó el campo social de su examen, así como la función del pícaro mismo. Como *Lazarillo*, este antihéroe cuenta su propia historia empezando por su nacimiento y aun entrando en detalles previos a él, a la manera de Sterne. De orígenes ilegítimos, pero no bajos, tuvo por padre a un genovés de pasado borrascoso, y por madre a la amiga de un clérigo viejo y rico. El nombre de Guzmán le provino, por parte de su madre, de un enamorado que ésta tuvo de familia renombrada, y el título de Alfarache, de unas posesiones de su padre en San Juan de Alfarache, cerca de Sevilla. Provisto así de su genealogía el pícaro, a los catorce años deja a su madre, viuda y venida a menos, con el deseo de hacer fortuna por el mundo. La *Primera parte*, de 1599, está distribuída en tres libros, de los que el primero refiere las primeras vicisitudes de Guzmán, que le determinan a aprender a chasquear a otros para no ser él chas-

queado; y casi toda se ocupa en satirizar el tráfico de ventas y mesones; la segunda describe su iniciación en la vida picaresca activa de España, y sus fraudes y embelecocos durante su servicio en este reino; y la tercera cuenta cómo se escapó a Italia, y allí ascendió, desde la comunidad de mendigos en Roma, hasta servir a un cardenal, en cuya mansión pasó sus días más felices, haciendo locuras que eran muy festejadas, y luego de paje a un embajador francés. Al fin del primer libro se incluye la novela romántica de *Osmin y Daraxa*, en boca de un sacerdote con quien va Guzmán de camino, y al final del tercero, un caballero de la embajada refiere la trágica narración de *Dorido y Clorinia* escrita al modo de las *novelle* italianas; así como la anterior es del género de las popularísimas historias moriscas, cuya fuente y cabeza es la de Pérez de Hita, titulada *Guerras civiles de Granada*, y publicada en su primera parte cuatro años antes. Si se exceptúan estos dos episodios, el *Guzmán de Alfarache* es una novela picaresca como *El Lazarillo*, y mucho más derechamente conducida en este carácter.

Al comenzar el libro, Guzmán es a menudo víctima de fraudes y engaños desde que entra a padecer en el miserable ventorro de Cantillana hasta que le prenden inocentemente en su viaje. Pero después de esto, ya empieza a despabilarse, dando quince y raya al más sagaz. No sólo es un convencido en la eficacia teórica de la vida pícara, sino habilísimo en practicarla. Primero hace su aprendizaje en casa de un ventero sin conciencia, luego aparece en Madrid como mendigo, y después como pinche de cocina, en donde roba cuanto se le pone a mano. Luego estafa lindamente a un especiero, escapándose con su botín a Toledo, vistiéndose con buenas ropas y haciéndose muy maduro de seso en poco tiempo. Sus intrigas amorosas son harto desdichadas: una vez vese obligado a huir del hermano de su dama, buscando su salvación en una tinaja; en otras aventuras se gasta ruidosamente el dinero sin alcanzar otra ganancia que salir burlado. Vuelve a servir nuevamente,

hasta que, entusiasmado con el servicio militar, se alista en una compañía en Almagro. No hay ya enredo, artimaña ni robo de consideración en que, de acuerdo con su capitán, no éntre Guzmán. En Barcelona realiza la mejor de sus hazañas, que es engañar a un platero, acusándole de haberle robado un *Agnus Dei* de oro, por el que el joyero había dado cabalmente una crecida cantidad.

Despedido en Génova como compañero demasiado peligroso, busca el pícaro a sus parientes; pero le reciben muy malamente, y tiene que recurrir de nuevo a mendigar, caminando a Roma, en donde lleva una vida de vago entre los más viles pícaros italianos. El servicio del cardenal lleva a cabo burlas más divertidas que maliciosas, que recuerdan las trazas de Lazarillo para ver de sustentarse, con la diferencia de que Guzmán no las hace apremiado por la necesidad. Despídenle por jugador incorregible, y se ajusta con un embajador, a quien sirve de tercero en sus amoríos; y con esto termina la primera parte de esta novela picaresca; mas ya tenía Alemán ideado el plan de toda la obra, pues en el prólogo de 1599 advertía que Guzmán escribía sus aventuras, estando en galeras y de vuelta de Italia, habiendo pensado estudiar para hacerse eclesiástico, sino que sus frecuentes deslices le habían empujado a nuevas aventuras picarescas.

A causa de esta promesa, y con idea de completar el pensamiento de Alemán, Juan Martí, abogado valenciano, publicó su continuación, con intención de sorprender la credulidad del público (1). Esta edición debió aparecer en Valencia en 1602, como lo testifican las ediciones de Juan Flamenco en Madrid, en 1603, y de Rogerio Velpio en Bruselas, en 1604. El nombre de guerra de Martí, Mateo Luján de Sayavedra, trataba de ser confundido con Mateo Alemán, pues aquel pirata literario, al igual que el autor de la primera parte, firmaba *natural y veci-*

(1) Véase Fuster: *Biblioteca Valenciana*, tomo I, pág. 198, sobre este punto de la identificación de Sayavedra con Martí.

no de Sevilla. Tomando la narración donde Alemán la había dejado, Martí envía a Guzmán a Nápoles. Allí entra al servicio de un clérigo, que le trata bien. Preséntase tan galán como siempre en Toledo, y hace el amor a varias damas, una de las cuales, después de sacarle cuanto puede, lo despide, y hace que lo apaleen. Confundésele con un ladrón, y al salir de la cárcel se pone al servicio de un cocinero: estos incidentes reproducen perceptiblemente los de la primera parte de Alemán. Entra, pues, Guzmán en el servicio del cocinero, lo que da ocasión para una disertación enojosa sobre este oficio, que practica en casa de un Virrey, con el que regresa a Roma, y, finalmente, a España. En Barcelona, uno de sus antiguos compañeros de mendicidad, Micer Morion, le revela los arcanos del pordiosero. De allí, va el pícaro a Alcalá a proseguir sus estudios de Teología y Humanidades. Cansado de ellos, y camino de Valencia, donde va a servir, se encuentra con un lacayo vizcaíno, que llena tres capítulos de la novela con un discurso sobre el tema de que todos los vizcaínos son hijodalgos. Dondequiera, se intercala un sermón o un alegato forense. Una plática entera sobre el deber de perdonar a nuestros enemigos, oída por Guzmán, determina a este pícaro a hacerse fraile. Pero la resolución constante no es patrimonio suyo, como de ningún otro pícaro; así es, que en lugar de esto se junta con una compañía de comediantes, con motivo de haberse enamorado de una far-santa. Guzmán luego habla insaciablemente de la entrada triunfal en Valencia de Margarita de Austria, novia de Felipe III, fiesta en la que, acometido de irresistible tentación de robar entre el gentío, da ocasión de que le prendan y envíen a las galeras.

Promete también Martí otra tercera parte, que, afortunadamente, no llegó a publicar, pues sin dar entrada en su obra a episodios románticos como Alemán, la extendió en proporciones muy crecidas, aumentando mucho los defectos del original, sin retener ninguna de sus muchas excelencias. Mateo Alemán, en efecto, por más que su arte no sea muy exquisito,

ofrece un estilo viril y una sátira incontrastable. Martí, dotado de la misma intención, satírico y más preocupado de la forma, resulta, en cambio, pesado y flojo; su ironía es de escaso valor, y el único elemento nuevo que aporta, la vida de estudiante de Guzmán, tiene en su predecesor el punto de partida. En cuanto al estilo, es cierto que Mateo Alemán se deja arrastrar por un flujo de discursos que pone a prueba la paciencia del lector más indulgente; y su manía de moralizar es innecesaria y a destiempo; pero Martí en estas mismas cosas resulta intolerable. Amplificó las tiradas sermonarias más fatigosas de Alemán, dejándolas desprovistas del excitante condimento de los proverbios, que animaban algo la narración del anterior. Como el original, la obra de Martí fue repartida en tres libros, pero sin sujeción a criterio ninguno. La primera mitad es la mejor, revelándose como rasgo principal de Martí su falta de invención, y aun es probable que en ella tuvo a la vista el manuscrito de Alemán, y para la segunda, que es la más pobre, se atuvo a sus propios recursos.

Mas esta continuación tuvo más éxito que la publicada en Amberes del Lazarillo, por permanecer fiel al plan de novela picaresca, y por poseer algún mérito en sus detalles, incluso aquellos en que el carácter anecdótico daña a la observación fresca. Atendido el proyecto dado de Martí de emular la táctica de su pícaro, defraudando a Mateo Alemán, la conducta de este último parece admirable. Obligado como Cervantes cuando la impostura del *Quijote* de Avellaneda a publicar una segunda parte en defensa propia, Alemán, en 1605, en las observaciones preliminares a su *Segunda Parte* auténtica, da por hecho que él había sido demasiado pródigo en examinar sus escritos, si bien añade: «Debo reconocer en mi competidor... que su gran saber, su ingenio agudo, juicio profundo, conceptos deleitables, y su conocimiento universal en letras divinas y humanas, son de calidad y condición tales, que yo envidio y me preciaría mucho de poseer.» El ofendido novelista no se allanó a dejarse usurpar tranquilamente del otro. Avisa desde lue-

go diciendo: *Y advierta el lector que la segunda parte que salió antes desta no era mía, sólo ésta lo es;* y en el texto recurre a otro expediente más eficaz, que es hacer del plagiario uno de los principales personajes de la narración, y por de contado, un pícaro.

Guzmán aparece en esta segunda parte como lo dejara su autor al terminar la primera: en casa del embajador francés, actuando de hacedor de burlas y autor de intrigas. En este último oficio le acontece que una dama le da con la puerta en las narices, una noche de lluvia, y él escapa embarazándosele entre las piernas un cochino, encima del cual queda cabalgando contra su voluntad, sirviendo de irrisión a toda la ciudad; de modo que no pudiendo soportar el ridículo de que es objeto, se vuelve para la ciudad Eterna y marcha a Florencia. Hace esto por consejo de uno que previamente se le ofrece por amigo y luego trata de robarle, y resulta ser el tal, no otro que Sayavedra, el autor de la continuación falsificada con el que Alemán se junta para seguir la misma vida. En Siena, la compañía de Sayavedra roba el equipaje de Guzmán; pero a Sayavedra lo prenden y destierran, y Guzmán, amontonando planes en su cabeza, toma al ladrón en su servicio como lacayo. Llegado a Bolonia, en busca de sus bienes, le acontece a Guzmán ser encarcelado sin culpa; mas una vez en libertad, se hace acreedor al castigo padecido, llevando a efecto, en compañía de Sayavedra, un hurto que enriquece a entrambos. En el camino, Sayavedra le cuenta su vida picaresca, y para que no se pueda dudar de que con este nombre ataca Alemán a su rival, se le da a Sayavedra un hermano llamado Juan Martí, de Valencia. Guzmán roba a un mercader ingeniosamente, y al visitar en Génova a aquellos sus parientes que tan mal le habían recibido, paga su falta de hospitalidad estafando a su tío una cadena de oro falso, antes de embarcar para España. En el viaje sobreviene una tempestad, y aquí el autor administra a su émulo el golpe irónico final; porque vuelve loco a Sayavedra, que dándose a entender que él es Guzmán de Alfarache,

se tira al mar, donde encuentra la muerte. En Madrid, Guzmán se hace negociante y se casa, viviendo con gran boato, y confiando demasiadamente en las riquezas del suegro, llega a arruinarse; su mujer muere, quedándose él sin la dote. Como el Guzmán de Martí, también el de Alemán asiste a la Universidad de Alcalá. Cásase en esta ciudad con la hija de su patrona, y tomando de cebo a su mujer, vive a costa de un mercader y de otros sujetos. Un juez corteja a la mujer de Guzmán, pagando con provechosas atenciones sus complacencias; pero, cansado de ella, destierra de la corte al fiel matrimonio, y en Sevilla, esta verdadera mina se libra de la tutela de su señor, escapándose con un capitán de barco. Guzmán, obligado a servir como antaño, entra en casa de una viuda, por recomendación de un fraile de quien ella se aconseja. Aquí tiene ocasión de robar a diestro y siniestro, pues le han confiado la intendencia de sus bienes, y cuando se dispone a escaparse con el caudal que ha juntado, vistiéndose de mujer, le prenden y le castigan a galeras de por vida. En esta vida le ocurren varios sucesos, hasta que, por último, le conceden la libertad por haber descubierto un complot para levantarse con la galera y entregarla a los moros, con lo que termina, prometiendo tercera parte que no se publicó ni probablemente se escribió.

En toda esta segunda parte se percibe claramente paralelismo con la de Martí, y Alemán confiesa haber incorporado a su obra algunas de las ideas más selectas de su rival, prometiendo hacer de igual manera en la tercera parte si el falso Sayavedra le fuerza a ello. Retúvose la distribución en tres libros, volviendo Alemán a su práctica de interpretar episodios, cerrando su segundo libro con una *novella* italiana, que se lee para entretenerse durante el viaje a España, y que se titula *Bonifacio y Dorotea*, y en el primer libro inserta la anécdota de *Don Luis de Castro y Rodrigo de Montalvo*, relatada por el mismo caballero que contó la historia de *Dorido y Clorinia*, y que está tomada directamente de Massuccio (1). El estilo de

(1) Esta narración 41.^a de *Il novellino* reapareció en la *Précaution inu-*

esta *segunda parte* es mucho más discursivo y complicado que el de la primera, pero infinitamente menos que el de Juan Martí. La sátira exagerada, los incidentes se siguen en sucesión luminosamente rápida con más coherencia que la que Martí pudo esperar tener nunca. Una diferencia significativa se acusa aquí con respecto a la obra anterior, y es la mucha menor importancia que aquí se da al servicio de los distintos amos que conoce el pícaro. Este es el que hace ya su presentación individual en la escena, y sus aventuras personales y sus hazañas picarescas obtienen ahora importancia casi igual a la de la sociedad que se describe. Alemán había llamado a su libro *Atalaya de la vida humana*, pero el público no admitió de grado este título, perserverando en llamar al libro *El Pícaro Guzmán de Alfarache*, viendo en él concentrado su interés (2).

Aunque la novela entera quedara incompleta, y esta continuación en muchos sentidos fuera inferior al original, la recepción que a una y otra parte se dispensó excedieron a cuanto pudiera esperarse. La afirmación de Luis Valdés, de que ya en 1605, el número de volúmenes impresos pasaba de cincuenta mil y el de ediciones de veintiséis, hay que acogerla como algo exagerada; mas no puede ponerse en duda que las reimpressiones se multiplicaron rápidamente. Y no fue menos señalada su fortuna en cuanto a traducciones. Inmediatamente fue traducida al francés por Chappuys en 1600, vuelta a traducir en 1619 por Juan Chapelain, con el título de *Le gueux*, y su segunda parte, en 1620, con el de *Le voleur*. En 1695, en Amsterdán, Gabriel Bremond, que por su parte era casi un pícaro, dió un arreglo de ella, añadiendo ataques a los ministros de la justicia y otras observaciones; y, por último, en 1732 apareció la traducción definitiva de *Le Sage*, con las moralidades del

tile, de Scarron, y en la obra *Little French Lawyer*, de Beaumont y de Flether.

(1) Alemán se lamenta de ello, diciendo de su libro que *habiéndolo intitulado Atalaya de la vida humana, dieron en llamarle Pícaro, y no se conocé ya por otro nombre*. Parte II, libro I, 6.

original suprimidas. En Italia, Barezzo Barezzi, infatigable en adaptarse obras ajenas, publicó la parte inicial, bastante fielmente para lo que él solía, en Venecia, por el año 1606, y las otras partes en 1615 y 1616.

En Alemania, Egidio Albertino publicó en Munich, en 1615, el *Guzmán*, con tenacidad absolutamente teutónica. Seguramente, en su última mitad, el libro de Albertino es una producción original, que se parece y ha contribuído algo a la creación del *simplicissimus*, pero queda muy inferior en mérito. Como si el español no hubiese abusado de las pláticas largas, Albertino se explaya en disertaciones interminables para dar cabida a las cuales reduce, en gran manera, lo puramente novelesco. La primera parte de Alemán fue comprimida hasta dar de sí no más que un centenar de páginas, y es de notar que en la segunda parte imita la obra de Martí y no la de Alemán. Con todo, introduce graves alteraciones. Cambia el carácter eclesiástico del amo de Guzmán convirtiéndolo en un conde, y la resolución del pícaro de consagrarse al estudio y a la vida religiosa, se debe aquí a las amonestaciones de un ermitaño. Cásase en Turín, se hace ventero, entra en un convento de benitos en Suíza, y aparece de comediante en Alemania con su compañía, y entrando en Francia hasta Amiens, volviendo nuevamente a España, donde es condenado a la horca, si bien se le conmuta esta pena por la de las galeras. Al cabo de tres años es puesto en libertad. Vuelve a escuchar en ciento sesenta páginas exhortaciones edificantes de otro ermitaño, que le dispone a una peregrinación de penitencia. La tercera parte que prometía salió once años después en Francfort, publicada por Martín Trewdennold, presentando analogía aún más marcada con Grimmelshausen. En cuanto a la peregrinación de Guzmán, que constituye el tema de esta parte, le conduce hasta Oriente en una carrera no desemejante de la del héroe Spessart. Cae en poder de turcos, roba a sus amos, y estando a cargo de los baños en el Cairo, se escapa con los bienes de un conde tudesco. Visita a Jerusalén, el Sinaí, se hace

vendedor ambulante, recorre el Éufrates, Babilonia y Nínive, y al volver, pasa de Trípoli a Venecia. Un alquimista le saca con engaños toda su fortuna, y él entonces se hace ganadero; roba a un judío, y se embarca para Amsterdán con un cómplice que a su vez le roba a él. Alistado en la tripulación de un barco de guerra, hace un viaje al Japón, que se describe minuciosamente, y a su regreso es sucesivamente autor de calendarios; es pícaro rufián y alcahuete, molinero, ladrón y hasta hechicero, consagrándose no menos de una docena de capítulos a reflexiones sobre el arte de adivinar, los sueños y las brujerías. Por fin, acordándose de las exhortaciones del ermitaño, se arrepiente.

FRANCK WADLEIGH CHANDLER

(Continuará.)

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL GOBIERNO DE BARCELONA

MAS HÁBIL QUE SHERLOCK HOLMES

PRIMERA PARTE

I

Ocurre la primera escena en el campo, en la provincia de Virginia, durante el año de 1880.

Un elegante joven de veintiséis años, de posición mediana, acaba de casarse con una muchacha muy rica. Matrimonio de amor a primera vista, precipitadamente concertado, pero al que el padre de la muchacha, un viudo, se ha opuesto con todas sus fuerzas.

El marido pertenece a una antigua familia, pero poco estimada, que se vió en la precisión de emigrar de Sedgemoor, por conveniencia del rey Jacobo. Tal era, por lo menos, la opinión general; unos la expresaban con un dejo de malicia, otros con íntima convicción.

Ella tiene diez y nueve años, y es muy agraciada. Alta, bien formada, sentimental, por extremo orgullosa de su origen y muy enamorada de su marido, ha desafiado para casarse con él las iras de su padre, ha soportado agrias censuras y ha rechazado con inquebrantable firmeza sus advertencias y predicciones; ha llegado hasta salir de su casa sin la bendición paterna, para afirmar mejor a los ojos del mundo la sinceridad de sus sentimientos por el joven.

Una cruel decepción esperábale al día siguiente de su boda. Su marido, poco sensible a las caricias que le prodigaba su joven esposa, la dirigió estas rudas palabras:

—Siéntate, tengo que hablarte. Te quería antes de pedir tu mano a tu padre; su negativa no me mortificó en modo alguno; me tuvo sin cuidado. Pero no me sucede lo mismo con lo que te ha dicho de mí. No trates de ocultármelo; lo conozco al detalle y por conducto auténtico.

Te ha dicho, entre otras cosas amables, que mi carácter está retratado en mi cara; que soy un individuo falso, disimulado, falaz, sombrío; en una palabra, un perfecto miserable sin el menor corazón, un verdadero «tipo de Sedgemoor», añadió.

Cualquier otro hubiera ido a buscarle y le hubiese matado en su casa como a un perro. Quise hacerlo, lo deseé, pero se me ocurrió una idea que me parece mejor. Quiero humillarle, llenarle de vergüenza, matarle por dosis pequeñas: tal es mi plan. Para realizarlo, te martirizaré a ti, que eres su ídolo. Por esto me he casado contigo; luego... ¡Paciencia! pronto lo verás si no me engaño.

A partir de este día, la joven sufrió todas las humillaciones, todas las vilezas, todas las afrentas que el diabólico espíritu de su marido pudo imaginar; no la maltrataba físicamente; en medio de tan dura prueba, la altivez de la joven vino en su ayuda y la impidió revelar el secreto de sus sufrimientos. De vez en cuando su marido la preguntaba:

—¿Por qué no vas a ver a tu padre y a contarle lo que sufres?

Después inventaba nuevas maldades, más crueles que las anteriores, y renovaba su misma pregunta. Ella contestaba invariablemente:

—Nunca sabrá nada mi padre de mis labios.

Aprovechaba estas cosas para burlarse del origen de su marido, y le recordaba que, según la ley, era el esclavo de un hijo de esclavos, al que obedecería, pero que nada más obtendría de ella. Podía matarla si gustaba, pero no la doblegaría;

su sangre y la educación que había formado su carácter la impedirían flaquear.

Al cabo de tres meses, díjola él con aire irritado y sombrío:

—Lo he probado todo, menos un medio, para domarte.

Y, como esperase una respuesta, replicó ella, lanzándole una mirada llena de desdén:

—Pruébalo.

Aquella noche, ya mediada, levantóse él, se vistió, y dijo a su mujer:

—Levántate y prepárate a salir.

Como siempre, obedeció ella sin decir palabra.

Llevóla a una milla aproximadamente de la casa, y se puso a pegarla no lejos de la carretera. Esta vez ella gritó y trató de defenderse. El la amordazó, la fustigó la cara y azuzó contra ella a sus perros, que la destrozaron los vestidos; se encontró desnuda. Después él llamó a los perros, y la dijo:

—Las gentes que pasen dentro de tres o cuatro horas te encontrarán en este estado, y propagarán la noticia de tu aventura. ¿Me oyes? Adiós. No me volverás a ver.

Y se marchó.

Llorando de vergüenza, pensó ella:

«Pronto tendré un hijo de mi infame marido. Dios quiera que sea varón.»

Los labradores, testigos de la horrible situación de la joven, la socorrieron y se apresuraron, naturalmente, a propagar la noticia. Indignados de tal salvajismo, excitaron a todos y juraron vengar a la pobre joven; pero el culpable había desaparecido. Ella se refugió en casa de su padre; éste, abrumado por su desgracia, no quiso ver a nadie; herido en su más viva afeción, con el corazón destrozado, declinó de día en día, y su misma hija acogió como una liberación la muerte que llegó a terminar con el dolor del pobre padre.

Vendió ella entonces su patrimonio y abandonó el país.

II

En 1886, una mujer joven vivía retirada y sola en una casita de un pueblecillo de New England; su única compañía era un niño de unos cinco años. No tenía criados, huía de relaciones y no parecía tener amigos. El carnicero, el panadero y los otros proveedores decían con razón a sus convecinos, que no sabían nada de ella; no conocían, en efecto, sino su nombre, «Stillmann», y el de su hijo, al que llamaba Archy. Todos ignoraban de dónde procedía; pero cuando llegó se dijo que su acento era el de una sudista. El niño no tenía ni compañeros de estudios ni compañeros de juego; su madre era su único profesor. Sus lecciones eran claras, bien comprendidas; este resultado la satisfacía plenamente; hasta sentíase orgullosa de él. Un día, Archy la preguntó:

—Mamá, ¿soy diferente de los otros niños?

—Claro que no. ¿Por qué lo preguntas, hijo mío?

—Una niña que pasaba por aquí me ha preguntado si había venido el cartero, y la he contestado que sí; me preguntó entonces cuánto tiempo hacía que le había visto pasar; yo le dije que no le había visto. Ella se quedó asombrada, y me preguntó cómo podía saberlo si no le había visto; le contesté que había olfateado sus pasos en el camino. Ella me trató de loco y se burló de mí ¿Por qué?

La madre palideció y pensó:

«He aquí la prueba cierta de lo que suponía: mi hijo tiene el poder olfativo de un sabueso.»

Cogió bruscamente al niño y le estrechó apasionadamente entre sus brazos, diciendo en alta voz: «Dios me enseña el camino.» Sus ojos lucían con brillo extraordinario, su respiración era anhelante y entrecortada. «Ya se ha aclarado el misterio, pensó: ¡cuántas veces me he preguntado cómo mi hijo podía hacer cosas imposibles en la oscuridad. Todo lo comprendo ahora.»

Le sentó en su sillita, y le dijo:

—Espérame un momento, querido mío, y charlaremos juntos.

Subió a su cuarto y cogió del tocador diferentes objetos que escondió; puso un limpiaúñas en el suelo debajo de la cama, una tijeras bajo una carpeta, una plegadera de marfil debajo de su armario de luna. Después volvió con el niño, y le dijo:

—Mira. Me he dejado arriba diferentes objetos que tenía que bajar; sube a buscarlos y tráemelos—añadió, después de haberlos enumerado.

Archy se apresuró, y a los pocos instantes volvió con los objetos pedidos.

—¿Te ha costado algún trabajo encontrarlos, hijo mío?

—Ninguno, mamá; he buscado sencillamente por el cuarto siguiendo su rastro.

Durante la ausencia del niño, ella tomó de un estante varios libros y los abrió; luego rozó con la mano varias páginas, de las que recordó la numeración, los cerró y los volvió a poner en su sitio.

—Acabo de hacer una cosa mientras que no estabas, Archy—le dijo.—¿Crees que podrás adivinarla?

El niño fué derechamente al estante, cogió los libros y los abrió por las páginas tocadas por su madre.

Esta sentó a su hijo en las rodillas, y le dijo:

—Ahora puedo contestar a tu pregunta de hace un momento, querido mío; acabo de descubrir que, en efecto, bajo ciertos conceptos, no eres como todo el mundo. Puedes ver en la oscuridad, olfatear lo que otros no huelen; tienes las cualidades de un sabueso. Es un dón precioso, inestimable, el que posees, pero guarda el secreto; sé mudo como una tumba sobre este asunto. Si se descubriera, te señalarían como un niño raro, un pequeño fenómeno, y los demás se burlarían de ti o te pondrían apodos.

En este mundo, ya ves, hay que ser como el común de los mortales, si no se quieren provocar ni burlas ni en-

vidias. La particularidad que has recibido en suerte es rara y envidiable; me siento feliz y orgullosa de ella, pero, por el amor de tu madre, no descubras nunca a nadie ese secreto; ¿lo harás así?

El niño comprendió, pero sin comprender. Durante todo el curso del día, el cerebro de la joven estuvo en ebullición; formaba los proyectos más fantásticos, forjaba planes, intrigas, a cual más peligrosos y horrorosos por sus consecuencias. Esta perspectiva de venganza daba a su rostro una expresión de alegría feroz y de no sé qué diabólico. La fiebre de la inquietud la consumía; no podía estar quieta, ni leer, ni trabajar. Solamente el movimiento era un derivativo para ella. Fundaba sobre el dón particular de su hijo las más vivas esperanzas, y se repetía sin cesar aludiendo a su pasado:

—Mi marido hizo que mi padre se muriera de pesar, y hace años que, noche y día, busco en vano el medio de venganza, de hacerle sufrir a su vez. Ya lo he encontrado ahora. He encontrado ese medio.

Cuando llegó la noche, su agitación fué en aumento. Continuó sus experimentos; con una luz en la mano, se puso a recorrer la casa, desde el sótano al granero, escondiendo agujas, alfileres, carretes de hilo, tijeras, debajo de las almohadas, de las alfombras, en las rendijas de las paredes, en la carbonera; después envió al niño a buscarlos en la oscuridad; Archy lo encontró todo, y se mostraba satisfechísimo del contento de su madre que le colmaba de caricias.

A partir de este momento, la vida le pareció bajo un nuevo aspecto; el porvenir le parecía asegurado; no tenía más que esperar el día de la venganza y gozar de esta perspectiva. Todo cuanto había perdido interés a sus ojos volvió a recobrarlo. Se dedicó de nuevo a la música, a los idiomas, al dibujo, a la pintura y a los placeres de su juventud, tanto tiempo abandonados. De nuevo sentíase feliz, y hallaba un encanto en la existencia. A medida que crecía su hijo, vigilaba sus progresos con un gozo indescriptible y una felicidad perfecta.

El corazón del niño era más abierto a la dulzura que a la dureza. Este era su único defecto a los ojos de su madre, pero comprendía ésta que el amor y la adoración que él la tenía vencerían aquella predisposición.

¡Con tal de que sepa odiar! Esto era lo principal; quedaba por saber si sería tan tenaz y tan fuerte en su rencor como en su afición. Esto era menos seguro.

Pasaron los años. Archy era ya un joven elegante, bien plantado, muy hábil en todos los ejercicios corporales, cortés, bien educado, de maneras agradables; tenía algo más de diez y seis años; una noche, su madre le declaró que quería abordar con él un asunto importante, añadiendo que era ya bastante mayor y razonable para llevar a bien un proyecto difícil que ella había concebido y madurado durante largos años. Después ella le contó su lamentable historia con todos sus detalles. El joven parecía aterrorizado; pero, al cabo de un momento, dijo a su madre:

—Comprendo ahora; somos del Sur; el carácter de su odioso crimen no comporta más que una expiación posible. Le buscaré, le mataré.

—¿Matarle? No. La muerte es un descanso, una liberación; es una merced del cielo, no la merece. No hay que tocar ni un pelo de su cabeza.

El joven reflexionó un instante, luego dijo:

—Tú eres todo para mí, madre: tu voluntad debe ser la mía; tus deseos son imperativos para mí. Dime lo que debo hacer, lo haré.

Los ojos de la señora Stillmann brillaban de alegría.

—Irás en su busca—dijo ella.—Desde hace once años conozco el lugar de su retiro; he necesitado más de cinco años para descubrirlo, sin contar el dinero que he tenido que gastar. Se encuentra en buena posición, y explota una mina en el Colorado. Habita en Denver, y se llama Jacobo Fuller. Es la primera vez que hablo de él desde aquella noche inolvidable. ¡Piensa, pues; ese nombre hubiera podido ser el tuyo, si no te

hubiese ahorrado esa vergüenza al darte uno más respetable. Le sacarás de su retiro, le acosarás, le perseguirás, y esto siempre sin descanso, sin tregua; envenenarás su existencia causándole terrores locos, pesadillas angustiosas, hasta el punto de que preferirá la muerte y tendrá el valor de suicidarse. Harás de él un nuevo judío errante; es preciso que no conozca ya un instante de reposo, y que, hasta en sueños, su espíritu se vea perseguido por el remordimiento. Sé, pues, su sombra; síguele paso a paso, martirízale, acordándote de que ha sido el verdugo de tu madre y de mi padre.

—Madre, obedeceré.

—Tengo confianza en ti, hijo mío. Todo está dispuesto, lo he previsto todo para tu misión. He aquí una carta de crédito; gasta en grande; no hay que contar el dinero. Necesitarás disfraces, sin duda, y otras muchas cosas en las que he pensado.

Sacó del cajón de su mesa varios cuadradillos de papel que llevaban escritas a máquina las siguientes palabras:

10.000 DÓLARS DE PRIMA

«Dícese que un cierto individuo, que vive aquí, es activamente buscado en un Estado del Este.

»Parece ser que en 1880, durante una noche, ató a su joven esposa a un árbol, cerca de la carretera, y la golpeó con una correa de cuero; asegúrase que la hizo desgarrar las ropas por sus perros, y la abandonó completamente desnuda al borde del camino. El individuo huyó en seguida del país. Un primo de la desgraciada joven ha buscado al criminal durante diez y siete años. (Dirección... Lista de Correos.) Se abonará al contado una prima de diez mil dólares a la persona que, en confianza particular, indique al primo de la víctima el retiro del culpable.»

—Cuando le hayas descubierto y estés seguro de que sabes bien su pista, irás, durante la noche, a poner uno de estos

anuncios en la casa que ocupa; pondrás otro en un establecimiento importante de la localidad. Esta historia será la fábula de la comarca. Por de pronto, será preciso que, por cualquier medio, le obligues a vender una parte de lo que le pertenece: iremos poco a poco, le empobreceremos gradualmente, porque si le arruinásemos de una vez, podría, en un acceso de desesperación, tratar de matarse.

Sacó del cajón algunas muestras de anuncios diferentes, todos escritos á máquina, y leyó uno:

... 18...

«A Jacobo Fuller... Tiene usted... días para arreglar sus asuntos. No se le atormentará ni se le molestará durante este tiempo, que expirará a las... de la mañana del ...18... En este momento preciso tendrá usted que marchar. Si está usted todavía aquí a la hora en que le fijo como último límite, fijaré su historia en todas las paredes de esta población, daré a conocer su crimen con todos sus detalles, precisando las fechas y todos los nombres, empezando por el suyo. No tema ninguna venganza física; en ningún caso tendrá que temer una agresión. Ha sido usted infame con un anciano, le torturó el corazón. Lo que él sufrió, lo sufrirá usted a su vez.»

—No pondrás firma alguna. Es preciso que reciba este mensaje al despertar, temprano, antes que conozca la prima ofrecida, sin lo cual, podría perder la cabeza y huir sin llevarse dinero alguno.

—No olvidaré nada.

—Sin duda no necesitarás emplear estos anuncios sino al principio: tal vez hasta bastará con uno solo. Después, cuando esté a punto de dejar un lugar, arréglate para que reciba un extracto del mensaje que empieza con estas palabras: «Es preciso marchar; tiene usted... días.» Obedecerá, es seguro.

III

EXTRACTO DE CARTAS A SU MADRE

Denver, 3 de Abril de 1897.

Acabo de habitar en el mismo local que Jacobo Fuller, durante varios días. Ya tengo su rastro ahora; podría despistarle y seguirle a través de diez divisiones de infantería. A menudo he estado cerca de él, y le he oído hablar. Posee un buen terreno, y saca un buen partido de su mina; pero, a pesar de esto, no es muy rico. Ha aprendido el trabajo de minero, siguiendo el mejor de los métodos: el que consiste en trabajar como un asalariado. Parece de carácter bastante alegre; lleva gallardamente sus cuarenta y cuatro años; parece más joven de lo que es, y apenas se le darían treinta y seis o treinta y siete años. No se ha vuelto a casar y pasa aquí por viudo. Está bien visto y considerado, se ha hecho popular y tiene muchos amigos. Yo mismo experimento cierta simpatía por él; evidentemente grita en mí la voz de la sangre.

¡Cuán ciegas, insensatas y arbitrarias son ciertas leyes de la Naturaleza, la mayoría de ellas en el fondo. Mi misión se ha hecho bien penosa ahora. Lo comprendes, ¿verdad? ¿Y me perdonarás este sentimiento? Mi sed de venganza de al principio se ha calmado un poco, más aún de lo que me atrevo a reconocer ante ti; pero te prometo realizar bien la misión que me has confiado. Experimentaré quizá menos satisfacción, pero mi deber sigue siendo imperioso; lo cumpliré hasta el fin, ten la seguridad. Siento, sin embargo, un profundo sentimiento de indignación cuando veo que el autor del odioso crimen es el único que no haya sufrido con él. Su acción infame ha redundado por completo en su provecho, y en resumidas cuentas, es feliz. Él, criminal, ha eludido todos los sufrimientos; tú, la inocente víctima, los soportas con admirable resignación. Pero, tranquilízate, recogerá su parte de amarguras; me encargo de ello.

Silver Gulch, 19 Mayo...

He puesto el anuncio núm. 1 el 3 de Abril, a media noche; una hora después, he deslizado por debajo de la puerta de su habitación el anuncio núm. 2, significándole que saliese de Denver en la noche del 14, antes de las once y media.

Algún demonio de noticiero periodista me ha robado un anuncio; husmeando por toda la población, ha descubierto el segundo, que ha substraído igualmente. De esta suerte, ha realizado lo que se llama en términos profesionales «un buen scoop», es decir, que ha sabido procurarse un documento precioso, haciendo de manera que ningún otro periódico más que el suyo tenga la noticia; el cual, que es el principal de la localidad, la ha impreso en gruesos caracteres a la cabeza de su artículo de fondo a la mañana siguiente; venía después un largo ditirambo sobre nuestra desgracia, acompañado de violentos comentarios sobre el culpable; al mismo tiempo, el periódico abría una suscripción de mil dólares para reforzar la prima ya ofrecida. La prensa de este país se afana maravillosamente por sostener una noble causa..., sobre todo cuando entrevé un buen negocio.

Yo estaba sentado a la mesa como de costumbre, en un sitio elegido para poder observar y contemplar a Jacobo Fuller; podía al mismo tiempo oír lo que se decía en su mesa. Las ochenta o cien personas de la sala comentaban el artículo del periódico, deseando el descubrimiento del canalla que infectaba la población con su presencia. Para desembarazarse de él, todos los medios eran buenos; tenía la elección del procedimiento: una bala, un rompecabezas, etc....

Cuando Fuller entró, tenía en una mano el anuncio (doblado), en la otra el periódico. Al verle, me sobrecogí y me dieron palpitations de corazón. Tenía sombrío aspecto y parecía haber envejecido diez años, al mismo tiempo que muy preocupado; su color era terroso. ¡Y piensa, querida mamá, en todos los dichos que tuvo que oír! Sus propios amigos, que no sospechaban de él, aplicábanle los epítetos y los calificativos más

infamantes, sirviéndose del vocabulario muy atrevido de los diccionarios cuya venta está permitida aquí. Y, lo que es más, tuvo que tomar parte en la discusión y compartir las apreciaciones vehementes de sus amigos. Esta circunstancia le perturbaba, y no logró disimularlo; observé fácilmente que había perdido el apetito, y que comistraba para darse aplomo. Al fin, uno de los comensales declaró:

—Es probable que el vengador de ese crimen se encuentre entre nosotros en esta sala, y que comparta nuestra indignación general contra el incalificable forajido. Así lo espero, al menos.

¡Ah, madre mía! ¡Si hubieras visto la manera con que Fuller gesticulaba y miraba azorado a su alrededor! ¡Era verdaderamente lamentable! No pudiendo contenerse más, se levantó y salió.

Durante unos días, dió a entender que había comprado una mina en Méjico y quería liquidar su situación en Denver para ir cuanto antes a ocuparse de su nueva propiedad y administrarla por sí mismo.

Desempeñó bien su papel: anunció que se llevaría cuarenta mil dólares, la cuarta parte en dinero, el resto en billetes; pero como tenía mucha necesidad de dinero para saldar su reciente adquisición, estaba decidido a vender a bajo precio, para realizar en especies. Vendió, pues, su propiedad en treinta mil dólares. Después, adivina lo que hizo.

Exigió el pago en plata, pretextando que el hombre con el que acababa de hacer el negocio de Méjico era un nativo de New-England, lleno de manías, que prefería la plata al oro o a las letras de cambio. El motivo pareció raro, dado que una letra sobre Nueva York podía pagarse en plata sin la menor dificultad. Se habló de esta originalidad durante uno o dos días, y esto fue todo, pues los asuntos de discusión no duran nunca más en este hermoso país de Denver.

Yo vigilaba a mi hombre sin interrupción; en cuanto se terminó el negocio y tuvo el dinero en el bolsillo, lo que suce-

dió el 11, seguí sus pasos, sin perder de vista el menor de sus movimientos. Aquella noche, o más bien el 12 (porque era un poco más de media noche), le seguí hasta su cuarto, que daba al mismo pasillo que el mío, en el que entré después; me puse mi disfraz sórdido de labrador, me arreglé la cara en consonancia con el traje, y me senté en mi habitación a oscuras, teniendo al alcance de la mano una balija llena de trajes de recambio. Dejé mi puerta entreabierta, sospechando que el pájaro no tardaría en volar. Al cabo de media hora, pasó una mujer vieja; llevaba una maleta. Una ojeada rápida me bastó para reconocer a Fuller bajo aquel disfraz; tomé mi valija y le seguí.

Salió de la fonda por una puerta lateral, y, doblando la esquina del establecimiento, tomó una calle desierta, que remontó durante unos instantes sin preocuparse de la oscuridad y de la lluvia. Entró en un patio y subió a un coche de dos caballos que tenía encargado; sin pedir permiso, me subí a la trasera, sobre la tabla de equipajes, y arrancamos a buen paso. Después de haber recorrido unas diez millas, el coche se paró ante una estación pequeña. Fuller se apeó y se sentó en un carro que estaba bajo la marquesina, a prudencial distancia de la luz; entré para vigilar el ventanillo de los billetes. Como Fuller no tomó el suyo, le invité. Llegó el tren: Fuller se hizo abrir un departamento; subió al mismo carruaje por el otro extremo, y siguiendo tranquilamente el pasillo, me instalé tras él. Cuando pagó su asiento al conductor, le fue preciso indicar su estación de destino; me deslicé entonces un poco más cerca de él mientras que el empleado le devolvía el cambio.

Cuando me llegó el pagar, tomé un billete para la misma estación que Fuller, situada a unas cien millas hacia el Oeste. A partir de este momento, y durante una semana, hube de llevar una existencia imposible. Cada vez iba más lejos hacia el Oeste. Pero, al cabo de veinticuatro horas, había dejado de ser una mujer. Convertido en un buen labrador como yo, llevaba grandes patillas rojas. Su equipo era perfecto, y podía

desempeñar su personaje mejor que cualquiera, puesto que había sido realmente un obrero asalariado. Su mejor amigo no le hubiera reconocido. Por fin se ha establecido aquí, en un campamento perdido en una montaña de Montana; habita una casa primitiva, y evita toda relación con sus semejantes.

Yo me he albergado en una hospedería de mineros. No puedes figurarte lo incómodo que estoy. Nada falta aquí: las pulgas, la suciedad, el alimento infecto.

Hace cuatro semanas que estamos aquí, y durante este tiempo no le he visto más que una vez; pero, por la noche, sigo por el rastro sus idas y venidas del día, y me pongo en emboscada para observarle. En cuanto alquiló una cabaña, me dirigí a cincuenta millas de aquí para telegrafiar a la fonda de Denver que guardasen mi equipaje hasta nueva orden. Aquí no necesito más que algunas camisas de muda que he cuidado de traer conmigo.

Silver Gulch, 12 Junio.

Creo que el episodio de Denver no ha tenido eco aquí. Conozco a casi todos los habitantes del Campamento, y no han hecho todavía la menor alusión, por lo menos, delante de mí. Sin duda alguna, Fuller se encuentra muy feliz; ha alquilado a dos millas de aquí, en un rincón apartado de la montaña, una concesión que promete buen rendimiento, y en la que se ocupa muy seriamente. Pero, no obstante, ha cambiado de aspecto. Ya nunca sonrío, se concentra en sí mismo y vive como un oso, él, que era tan sociable y tan alegre, no hace apenas dos meses. Le he visto pasar varias veces estos últimos días, abatido, triste y con aire deprimido. Da pena verle. Ahora se llama David Wilson.

Me imagino que permanecerá aquí hasta que le desalojemos de nuevo. Puesto que lo quieres, continuaré persiguiéndole, pero no veo cómo puede ser más desdichado que ahora. Volveré a Denver, a permitirme unos días de reposo y agrado; me ofreceré un alimento mejor, un lecho más cómodo y traje

más limpio; luego tomaré mi equipaje y haré que vuelva a ponerse en movimiento el desdichado Wilson.

Denver, 19 Junio.

Todo el mundo aquí le echa de menos. Confiase en que hará fortuna en Méjico; los votos que se hacen por él son muy sinceros, y nacen del corazón. Comprendo perfectamente que demoro gustosamente mi estancia aquí, lo confieso; pero si estuvieras en mi lugar, me compadecerías. Sé muy bien lo que vas a pensar de mí; tienes en el fondo cien veces razón. ¡Si yo estuviera en tu lugar, y llevase en mi corazón una cicatriz tan profunda!... Está decidido. Mañana tomaré el tren de la noche.

Denver, 20 Junio.

¡Dios me perdone, madre! ¡Estamos sobre una falsa pista! ¡Perseguimos a un inocente! No he podido dormir en toda la noche; el día empieza a clarear, y espero impacientemente el tren de la mañana... ¡Pero qué largos, qué largos me parecen los minutos!...

¡Este Jacobo Fuller es un primo del culpable! ¿Cómo no pensamos antes que el criminal no llevaría ya su verdadero nombre después de su delito? El Fuller de Denver tiene cuatro años menos que el otro; vino aquí a los veintiuno, en 1879, y era viudo un año antes de la boda; las pruebas en apoyo de lo que digo son innumerables. Ayer noche he hablado largamente de él con unos amigos que le conocían desde el día de su llegada. No solté prenda, pero mi opinión está bien decidida: dentro de unos días le repatriaré, teniendo cuidado de indemnizarle por la pérdida sufrida en la venta de su mina; en su honor daré un banquete, una retreta con antorchas y una iluminación, cuyos gastos recaerán sobre mí solo; me tratarán tal vez de botarate, pero esto me es igual. Soy muy joven, ya lo sabes, y aquí está mi excusa. Dentro de algún tiempo no podrán ya tratarme como niño.

Silver Gulch, 2 Julio.

¡Madre! ¡Se ha marchado! Marchado sin dejar ningún indicio. Su rastro se había enfriado a mi llegada; no he podido encontrarle. Me levanto hoy por primera vez desde tal acontecimiento. ¡Dios mío! Mucho daría por tener algunos años más para soportar mejor las emociones. Todos creen que ha marchado hacia el Oeste; así es que voy a ponerme en camino esta noche; iré en coche a la estación más próxima a dos o tres horas de aquí; no se bien adónde voy, pero no puedo permanecer quieto; la inacción en este momento me atormenta.

Por supuesto, se ocultará bajo un nombre falso y un nuevo disfraz. Esto me hace suponer que tendré tal vez que recorrer el mundo entero para encontrarle. Así lo creo al menos. Ya ves, madre. El judío errante, en este momento, soy yo. ¡Qué ironía! ¡Y decir que habíamos reservado este papel a otro!

Todas estas dificultades desaparecerían si pudiera poner un nuevo anuncio. Pero me siento incapaz de hallar en mi cerebro un procedimiento que no asuste al pobre fugitivo; mi cabeza parece que va a estallar. Yo había pensado en este anuncio:

«Si el señor que compró últimamente una mina en Méjico y vendió otra en Denver quiere dar su dirección (¿pero a quién darla?), «se le explicará cómo ha habido un error respecto de él, se le darán excusas y se le reparará el daño que se le haya causado, indemnizándole lo más ampliamente posible.»

¿Pero comprendes la dificultad? Creerá en un lazo, cosa muy natural. Podría quizá añadir al anuncio:

«Se ha averiguado que la persona buscada no es la que se encontró; existía una igualdad de nombre; pero hubo cambio por razones especiales.»

¿Estaría así bien? Temo que se despierten las sospechas de las gentes de Denver. No dejarían de decir al recordar las particularidades de su marcha: ¿Por qué huyó si no era culpable? Si no logro encontrarle, quedará perdido en la estimación

de las gentes de Denver, que tanto le aprecian. Tú que tienes más experiencia e imaginación que yo, ven en mi ayuda, mi querida madre.

No tengo más que una clave, una clave única; conozco su letra; si escribe su nuevo nombre en un registro de hotel sin tener el cuidado de disimularla muy bien, podré reconocerla, pero es preciso para esto que la casualidad me haga encontrar al fugitivo.

San Francisco, 28 Junio 1898.

Ya sabes con qué cuidado he rebuscado por todos los Estados del Colorado al Pacífico, y cómo he estado a punto de lograr mi objeto. Pues bien, acabo de sufrir un nuevo fracaso, y esto no más tarde que ayer. Olfateé en la calle su rastro, todavía caliente, que me condujo a un hotel de segundo orden. Me equivoqué; debí haber seguido la contrahuella; los perros lo hacen muy bien. Pero, desgraciadamente, no poseo más que una parte de los instintos del perro, y a menudo me dejo inducir en error por mis facultades de hombre. Ha dejado este hotel hace diez días, me dijeron. Sé ahora que no permanece en ninguna parte desde los seis u ocho últimos meses, que experimenta una gran necesidad de movimiento y que no puede estarse quieto. Comparto esta sensación y sé lo penosa que es. Continúa llevando el nombre que había inscrito cuando estuve tan cerca de atraparle, hace nueve meses: «James Walker»; es también el que adoptó al huir de Silver Gulch. No hace esfuerzos de imaginación, y tiene decididamente poca afición por los nombres de fantasía. Me ha sido fácil reconocer su letra, muy ligeramente disimulada.

Me aseguran que acaba de marchar de viaje sin dejar señas y sin decir adónde iba; que tomaba un aire azorado cuando le preguntaban por sus proyectos; no tenía, a lo que parece, sino una maleta ordinaria por todo equipaje, y se la llevó a la mano.

—Es un pobre viejecillo—añadieron,—cuya marcha no hará gran huella en la casa.

¡Viejo! Supongo que habrá envejecido ahora; pero no sé más, porque no permanecí mucho tiempo. Me precipité sobre su rastro; me condujo a un muelle. ¡Madre! La humareda del vapor que le llevaba se perdía en el horizonte. Hubiera podido ganar media hora tomando desde el principio la buena dirección; pero era hasta demasiado tarde para fletar un remolcador y correr la probabilidad de alcanzar su barco. ¡Ahora está en camino para Melbourne!

Hope Canyon, California, 3 Octubre 1900.

Tienes razón al quejarte. Una carta en un año, es demasiado poco, lo reconozco; pero, ¿cómo ha de escribirse cuando no se pueden contar sino reveses? Todo el mundo se descorazonaría; por mi parte, no tengo ya ánimos para nada.

Ya te conté, hace mucho tiempo, cómo se me escapó en Melbourne; luego, cómo le perseguí durante meses en Australia. Después de esto, le seguí a las Indias, hasta creo que le vi en Bombay; he hecho tras él todo su viaje, a Barceda, Rawal, Pindi, Lucknow, Lahor, Cawnpur, Allahabad, Calcuta, Madras, semana por semana, mes por mes, con un calor tórrido y ¡con un polvo! Le acosaba de cerca, y creía cogerle; pero se escapaba siempre. Después a Ceylán, después a...

Pero ya te contaré todo esto detalladamente. Me llevó a California, luego a Méjico, y de aquí volvió a California. Desde este momento, le he perseguido por todos los países, desde el 1.º de Enero hasta el mes último. Estoy casi seguro de que se encuentra cerca de Hope Canyon. He seguido su rastro hasta treinta millas de aquí, pero le he perdido; para mí, alguien ha debido llevárselo en coche.

Ahora descanso de mis pesquisas infructuosas. Estoy rendido, madre, desalentado y muy a menudo cerca de perder mi última esperanza. Sin embargo, los mineros de este país son buenas gentes; sus maneras afables, que conozco hace tiempo, y su franqueza, son propias para calmar mi espíritu y hacerme olvidar mis disgustos. Hace más de un mes que estoy aquí.

Comparto la vivienda de un joven de unos veinticinco años, «Sammy Hillyer», como yo, hijo único de una madre que idolatra, y a la que escribe todas las semanas (en esto se me parece menos). Es tímido, y en cuanto a inteligencia..., ciertamente... no habría que pedirle que prendiese fuego a un río; esto aparte, le quiero mucho; es buen compañero, bastante distinguido, y bendigo al cielo por habérmelo dado por amigo; puedo, por lo menos, cambiar con él mis impresiones; es una gran satisfacción, te lo aseguro. ¡Si «James Walker», que gusta tanto de la sociedad y el compañerismo, tuviera siquiera esta compensación! Esto me hace pensar en él, en la última entrevista que tuvimos. ¡Qué caos es todo ello cuando lo pienso!

»Por aquella época luchaba contra mi conciencia para ponerme en su persecución. El corazón de Sammy Hillyer es mejor que el mío, mejor que todos los de esta pequeña república, me imagino; porque se declara el único amigo del punto negro del campamento, un tal Flint Buckner. Este no dirige la palabra a nadie más que a Sammy Hillyer.

Sammy pretende que conoce la historia de Flint, que solamente la pena le ha hecho tan sombrío, y que por este motivo se debería ser con él todo lo caritativo posible. Solamente un corazón de oro puede acomodarse al carácter de Flint, según todo lo que de él oigo decir. El siguiente detalle te dará una idea más exacta del buen corazón de Sammy, que cuanto podría contarte. En el transcurso de una de nuestras charlas me dijo poco más o menos:

—Flint es uno de mis compatriotas y me confía todas sus penas; derrama en mi corazón el colmo de sus tristezas cuando siente que el suyo está próximo a estallar. Es imposible encontrar un hombre más desgraciado, te lo aseguro, Archy Stillmann: su vida no es sino un tejido de miserias morales que le hacen parecer más viejo de lo que es. Ha perdido desde hace ya muchos años la noción del reposo y de la calma. No ha conocido nunca la buena suerte; es un mito para él, y le he

oído decir a menudo que suspira por el infierno del otro mundo para olvidarse de las miserias de esta vida.

IV

Era una mañana clara y fresca de principios de Octubre. Los lilos y los laureles, iluminados por un radiante sol de otoño, tenían reflejos particulares y formaban una bóveda ininterrumpida que la Naturaleza amable ponía a disposición de los seres que habitan en la región de las altas ramas. Los granados destacaban sus tonos rojos y amarillos, y proyectaban un tinte de alegría sobre aquel océano de verdura; el perfume embriagador de las flores efímeras embalsamaba la radiante atmósfera; muy alto en los aires cerníase un ave solitaria, majestuosa y casi inmóvil; por todas partes reinaba la calma, la severidad y la paz de las regiones etéreas. Esto ocurre en Octubre de 1900, en Hope-Canyon, y nos encontramos en un terreno de minas argentíferas en la región de Esmeralva. Solitario y apartado, el lugar es de reciente descubrimiento; los recién llegados lo creen rico en metal (basta trabajarle durante uno o dos años para asegurarse de su valor). Como habitantes, el campamento se compone de unos doscientos mineros, de una mujer blanca con su hija, de algunos lavanderos chinos, de una docena de indios más o menos nómadas, que llevan trajes de piel de conejo, sombreros de esparto y collares de bisutería. No hay aquí ni molinos, ni iglesia, ni periódicos. El campamento no tiene más que dos años de existencia, y la noticia de su fundación no ha producido sensación alguna; ignórase en general su nombre y su situación.

A los dos lados de Hope-Canyon, las montañas se alzan a pico, formando una muralla de tres mil pies, y la larga fila de cabañas que se escalonan en el fondo de ese embudo no recibe más que una vez al día, a eso de las doce, la caricia pasajera del sol. El pueblo se extiende sobre cosa de dos millas a lo largo y las cabañas están bastante espaciadas entre sí. La

posada es la única casa verdaderamente organizada; hasta puede decirse que representa la única casa del campamento. Ocupa una posición central y es, por la noche, el punto de cita de la población. Allí se bebe, se juega a las cartas y al dominó; hay un billar, cuyo paño lleno de rotos, ha sido remendado con tafetán de Inglaterra. Hay también unos cuantos tacos, pero sin suelas; unas bolas melladas que, al rodar, hacen un ruido de cacerolas y se paran a saltos, y hasta un pedazo de tiza desportillada; el que consigue hacer seis carambolas seguidas, puede beber cuanto guste, por cuenta del bar.

La vivienda de Flint Buckner, situada al Sur, era la última del poblado; su concesión estaba en el otro extremo, al Norte, un poco más allá de la última cabaña en esa dirección. Era de un carácter huraño, poco sociable, y no tenía amigos. Los que trataban de acercársele, no tardaban en arrepentirse y le abandonaban al cabo de poco tiempo. No se sabía nada de su pasado. Creían unos que Sammy Hillyer sabía algo de él; otros afirmaban lo contrario. Si se le preguntaba sobre esto, Sammy contestaba siempre que no sabía nada. Flint tenía a sueldo a un joven inglés de diez y seis años, muy tímido, y al que trataba duramente, tanto en público como en la intimidad. Naturalmente, dirigíanse al muchacho para informarse de su amo, pero siempre sin resultado. Fletock Jones (tal es el nombre del inglés), contaba que Flint le había recogido al recorrer una mina, y como no tenía en América ni familia ni amigos, le pareció conveniente aceptar las proposiciones de Buckner; a cambio de la penosa labor que le estaba impuesta, Jones recibía por todo salario tocino y alubias. Esto era todo lo que el joven quería contar de su amo.

Hacía ya un mes que Fletock estaba al servicio de Flint; su aspecto, ya enfermizo, podía inspirar de día en día serias inquietudes, porque se le veía desmejorar bajo la influencia de los malos tratos que le hacía sufrir su amo. Sábese, en efecto, que los caracteres dulces sufren amargamente con la menor brutalidad, más amargamente quizá que los caracteres vigoro-

sos que estallan en palabras y hasta se dejan ir a las vías de hecho cuando su paciencia está agotada y se desborda el vaso. Algunas personas compasivas querían ayudar al desgraciado Fletock, y le animaban a que dejase a Buckner; pero el joven acogía esta idea con espanto mal disimulado, y contestaba que no se atrevería nunca.

Pat Riley insistía, diciendo:

—Deja a ese maldito ogro y vente conmigo. No tengas miedo; yo me encargo de hacerle entrar en razón si protesta.

Fletock le dió las gracias con lágrimas en los ojos, pero se puso a temblar con todos sus miembros, repitiendo que no se atrevería porque Flint se vengaría si le llegaba a encontrar a solas en medio de la noche.

—Y ya ve usted—exclamaba;—solamente el pensamiento de lo que me ocurriría, me pone carne de gallina, señor Riley.

Otros le aconsejaban:

—Escápate, te ayudaremos y desaparecerás una buena noche.

Pero ninguna sugestión podía decidirle; Fletock pretendía que Flint le perseguiría y le atraparía para saciar su venganza.

Nadie comprendía semejante idea de venganza. El estado miserable del pobre muchacho seguía su curso, y las semanas pasaban. Es probable que los amigos de Fletock se hubieran dado cuenta de la situación, si hubiesen conocido el empleo de los momentos perdidos de aquel. Dormía en una cabaña próxima a la de Flint, y pasaba las noches reflexionando y buscando un medio infalible de matar a Flint sin ser descubierto. No vivía más que para esto; las horas durante las que maquinaba su proyecto eran los únicos momentos que anhelaba con ardor y que le daban la ilusión de la felicidad.

Pensó en el veneno. No, no era posible; las investigaciones revelarían en donde lo había adquirido y quién se lo había vendido. Se le ocurrió alojarle una bala en la espalda cuando volviera Flint por la noche de su paseo acostumbrado.

Pero alguien podría oírle y sorprenderle. Pensó también en

apuñalarle durante su sueño. Pero su mano podría temblar; su golpe no sería quizá bastante seguro; Flint entonces se apoderaría de él. Imaginó cientos de procedimientos variados; ninguno le parecía infalible, porque los medios más secretos ofrecían siempre un peligro, un riesgo, una posibilidad de ser descubierto. No adoptó, pues, ninguno.

Pero tenía una paciencia sin límites. «Nada me apremia», se decía. Prometíase no dejar a Flint sino cuando le hubiera reducido al estado de cadáver; más valía esperar, ya encontraría la ocasión de satisfacer su venganza. Este medio existía y lo descubriría, aunque tuviese que sufrir todas las vergüenzas y todas las miserias.

Sí, encontraría seguramente un procedimiento que no dejara ninguna huella de su crimen, ni el menor indicio; nada apremiaba; pero cuando lo hubiera encontrado, ¡oh! ¡qué alegría entonces la de vivir para él!

Mientras tanto, era prudente conservar religiosamente intacta su reputación de dulzura, y se esforzaba más que nunca en no dejar oír la menor palabra de su resentimiento o de su cólera contra su opresor.

Dos días antes de la mañana de Octubre a la que acabamos de aludir, Flint había comprado diferentes objetos que llevaba a su cabaña, ayudado por Fletock: un paquete de velas que pusieron en un rincón, una caja de explosivos que colocaron encima de las velas, un barrilito de pólvora que depositaron bajo el catre de Flint y un manojo de cohetes que colgaron de un clavo.

Fletock dedujo de esto que el trabajo de pico iba pronto a ser reemplazado por el de la pólvora, y que Flint quería empezar a hacer saltar las rocas. Había ya asistido a este género de explosiones, pero no conocía su preparación. Su suposición era exacta; había llegado el tiempo de hacer saltar la mina.

Al día siguiente por la mañana, llevaron al pozo los cohetes, los taladros y la caja de pólvora. El agujero tenía, poco más o menos, ocho pies de profundidad, y tanto para llegar al

fondo como para salir de él, había que servirse de una escala pequeña. Bajaron, pues; al mandárselo, Fletock tomó un taladro (sin saber cómo servirse de él) y Flint se dispuso a martillar. Al primer martillazo, el taladro se escapó de manos de Fletock, y salió disparado.

—¡Maldito hijo de negra!—vociferó Flint,—¡valiente manera de tener un taladro! Recógele y procura tenerle bien sujeto. Ya verás cómo te enseño el oficio. Ahora carga.

El joven empezó a verter la pólvora.

—Idiota—gruño Flint, dándole en la mandíbula un puñetazo tal, que le hizo perder el equilibrio.—¡Levántate! Me figuro que no vas a quedarte tumbado en el suelo. Vamos, pon primero la mecha, ahora la pólvora: ¡basta! ¡basta! ¿Quieres llenar todo el agujero? ¡Qué sapo eres! Pon tierra, grava, y tapa todo. Anda, imbécil, sal de ahí.

Y se puso él mismo a arreglar la carga, jurando y blasfemando como un condenado. Después prendió la mecha, salió del pozo y corrió a cincuenta metros de allí, seguido de Fletock. Esperaron unos instantes; prodújose una densa humareda, y trozos de roca volaron por los aires con gran estrépito; cayó una lluvia de piedras, y todo volvió a quedar tranquilo.

—¡Qué lástima que no haya estado ahí dentro!—exclamó Flint.

Bajaron otra vez al pozo, lo limpiaron, prepararon un nuevo agujero, y volvieron a hacer la misma operación.

—¡Mira lo que haces, en vez de echarlo todo a perder! ¿Pero es que no sabes arreglar una carga?

—No, amo.

—¿Qué no lo sabes? En verdad que no he visto nadie más bestia que tú.

Salió del pozo, y gritó a Fletock que permanecía abajo:

—Pero, ¿qué haces, idiota? ¿Vas a quedarte ahí todo el día? Corta la mecha y préndela.

El pobre muchacho contestó, todo tembloroso:

—Haré lo que usted quiera, amo.

—¿Cómo? ¿Te atreves a replicarme a mí? ¡Corta y prende, te digo!

El muchacho hizo lo que se le mandaba.

—¡Por vida de...!—rugió Flint;—cortas una mecha tan corta... Deberías volar...

En su cólera, retiró la escala y huyó.

Fletock se quedó aterrado.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¡Socorro! ¡Estoy perdido! ¿Qué hacer?

Se arrimó al muro y se apelotonó cuanto pudo; el chisporroteo de la pólvora que ardía impedíale articular ningún sonido; paralizóse su respiración, estaba sin fuerzas, inerte; dos o tres segundos más, y volaría por el aire con los bloques de piedra. Acudió una súbita inspiración. Alargó el brazo, cogió la mecha y cortó el extremo a una pulgada ya del suelo; estaba salvado. Cayó medio desvanecido y muerto de miedo, pero murmurando con una sonrisa en los labios:

—¡Me lo ha indicado! ¡Bien sabía yo que con paciencia lo lograría!

A los cinco minutos Buckner se dirigió al pozo, molesto e inquieto, y examinó el fondo. Comprendió la situación y vio lo que había ocurrido; puso la escala. Fletock pudo subir por ella, a pesar de su debilidad y su emoción. Estaba lívido; su expresión de espanto pareció impresionar a Buckner, que trató de mostrar pesar y un asomo de simpatía; pero estos dos sentimientos le eran harto desconocidos para que supiese expresarlos.

—Es un accidente—le dijo.—No se lo cuentes a nadie, ¿oyes? Estaba enervado y no me daba cuenta de lo que hacía. Me parece que estás fatigado, has trabajado hoy mucho. Vete a mi cabaña y come lo que quieras; luego, descansa a gusto. No te olvides de que este accidente es debido solamente a mi excitación.

—Me ha dado usted un susto enorme—le dijo Fletock al marcharse;—pero, a lo menos, he aprendido algo, no me pesa.

—No es difícil de contentar—murmuró Buckner mirándole de reojo.—¿Se atreverá a hablar de la cosa? ¡Qué lástima que no se haya matado!

Fletock no pensó en aprovechar el permiso que le habían dado para descansar; lo empleó en trabajar con ardor y en preparar febrilmente su plan de venganza. Una espesa maleza cubría la montaña del lado de la vivienda de Flint. Fletock se ocultó allí para maquinarse su proyecto. Sus últimos preparativos debían hacerse en la choza que le servía de albergue.

—Hará mal en tener la menor sospecha de que vaya yo a contar lo que ha pasado—se dijo.—De todos modos, no lo creerá mucho tiempo; pronto se irá al otro barrio. Mañana no desmentiré mi mansedumbre y mi timidez habituales, que cree inalterables. Pero pasado mañana, durante la noche, habrá sonado su última hora, sin que nadie en el mundo pueda sospechar de su muerte ni de la manera de haber ocurrido. Lo picante de la cosa es que él mismo me haya sugerido la idea.

V

El siguiente día transcurrió sin incidente alguno. Van a dar las doce de la noche, y, dentro de pocos instantes, empezará un nuevo día. La escena ocurre en el bar, en la sala de billar. Unos hombres de aspecto común, trajes toscos y sombreros de anchas alas, llevan sus pantalones metidos en botazas con polainas; están agrupados alrededor de una estufa que, atiborrada de carbón, les distribuye un generoso calor; las bolas de billar ruedan con un sonido a cascajo; en el interior de la sala no se oye otro ruido; pero, afuera, la tempestad ruge. Todos parecen aburridos y como en espera.

Un minero, cuadrado de hombros, de cierta edad, con patillas grises, la mirada dura, el rostro sombrío, se levanta sin decir palabra; se cuelga del brazo un ruedo de mecha, recoge algunos objetos de su pertenencia y sale sin despedirse de sus compañeros. Es Flint Buckner. Apenas se ha cerrado la puerta

tras él, la conversación, violentada por su presencia, recobra su animación.

—¡Qué hombre tan metódico! Vale por un reloj—dijo Jack Parker, el herrero;—sin ver la hora, se sabe que son las doce cuando se levanta para salir.

—Su regularidad es el único mérito que posee—replicó el minero Peter Hawes;—no le conozco otro; tampoco vosotros, que yo sepa.

—Es un borrón entre nosotros—dijo Ferguson, el socio de Well-Fargo.—Si yo fuera el propietario de este establecimiento, le obligaría, ciertamente, a que se quitara el bozal, un día u otro, que lo quisiera o no.

Al mismo tiempo lanzó una mirada significativa al amo del bar, que fingió no comprender, porque el hombre en cuestión era un buen parroquiano, y todas las noches volvía a su casa después de haber consumido una bonita colección de bebidas variadas en el bar.

—Decid—amigos—preguntó el minero Ham Sandwich,—¿se acuerda alguno de vosotros que le haya ofrecido nunca Buckner un cocktail?

—¿Quién? ¿Él? ¿Buckner? ¡Ciertamente que no!

Esto fue dicho con unanimidad perfecta por todos los circunstantes.

Tras un corto silencio, Pat Riley, el minero, dijo:

—Ese pájaro es un verdadero fenómeno. Y su ayudante otro. No los entiendo, palabra.

—Y, sin embargo, eres listo—contestó Ham Sandwich;—pero, en verdad, que esos dos individuos son unos enigmas imposibles de adivinar. El misterio que rodea al patrón envuelve igualmente al acólito. ¿No opináis así?

—Seguramente.

Todos asintieron. Solamente uno de ellos guardaba silencio. Era el que acababa de llegar, Peterson. Mandó servir una ronda, y preguntó si, además de aquellos dos tipos raros, no había en el campamento un tercer fenómeno.

— Nos olvidábamos de Archy Stillmann — contestaron todos.

— También ese es un buen fenómeno — dijo Peterson.

— No se puede verdaderamente decir que lo sea — replicó Ferguson, el empleado de Well-Fargo; — Archy Stillmann me hace más bien el efecto de un chiflado.

Ferguson parecía saber lo que se decía. Y como Peterson deseara conocer todo lo concerniente a Stillmann, cada cual se declaró dispuesto a contarle su historieta. Empezaron todos a la vez; pero Billy Stevens, el dueño del bar, llamó a todo el mundo al orden, declarando que era mejor que cada uno hablara a su vez.

Distribuyó las bebidas, y dió la palabra a Ferguson.

Este empezó:

— Primeramente hay que decir que Archy no es más que un niño; esto es todo lo que sabemos de él; es trabajo perdido el querer sonsacarle; no se le puede sacar nada; es completamente mudo sobre sus intenciones y sus asuntos personales; ni siquiera dice de dónde es ni de dónde viene. En cuanto a adivinar la naturaleza del misterio que oculta, es imposible, porque sobresale en desviar las conversaciones que le molestan. Puede suponerse todo lo que se quiera; cada cual es dueño de hacerlo; pero, ¿a qué conduce esto? A nada, que yo sepa.

¿Cuál es, en resumidas cuentas, su rasgo de carácter distintivo? ¿Posee una cualidad especial? ¿La vista, tal vez? ¿El oído? ¿El instinto? ¿La magia? ¡Quién sabe! Elegid, jóvenes y viejos, mujeres y niños. Las apuestas están abiertas. Pues bien, voy a enteraros de sus aptitudes; vosotros podéis venir aquí, desaparecer, esconderos donde queráis, en cualquier sitio; cerca o lejos, os encontrará siempre y os pondrá la mano encima.

— ¡No es posible!

— Como tengo el gusto de decíroslo. El tiempo no representa nada para él, el estado de los elementos le deja indiferente, no le presta ninguna atención; nada le molesta.

—¡Bah! ¿Ni la oscuridad, ni la lluvia, ni la nieve?

—¿Y eso?

—Todo eso le tiene sin cuidado. Se burla de ello.

—¿Y la niebla?

—¡La niebla! Sus ojos la atraviesan como una bala de cañón. Oid, muchachos. Os voy a contar algo mejor. Vais a tratarme de bromista.

—No, no, le creemos—gritaron todos a coro.—Continúa, Well-Fargo.

—Pues bien, señores, suponed que os dejáis aquí a Stillmann charlando con unos amigos: salid sin decir nada, idos al campamento y entrad en la cabaña que mejor os parezca; coged un libro, varios si queréis, abrid las páginas que gustéis, acordándoos de los números; irá derechamente a esa cabaña y abrirá él los libros por las páginas que hayáis tocado; os las señalará todas sin equivocarse.

—Eso no es ser un hombre, es un demonio.

—Lo mismo opino. Y ahora, os contaré una de sus hazañas más maravillosas. La noche última, ha...

Fue interrumpido por un fuerte rumor del exterior; la puerta se abrió bruscamente, y una muchedumbre emocionada se precipitó en el bar, rodeando a la única mujer blanca del campamento, que gritaba y lloraba.

—¡Mi hija, mi hija! ¡Ha desaparecido, se ha perdido! Por el amor de Dios; decidme dónde está Archy Stillmann, ya no sabemos adónde ir.

—Siéntese, señora Hogan—la dijo el dueño del bar.—Siéntese y cálmese. Stillmann está aquí desde hace tres horas; ha tomado una habitación después de haber rondado todo el día en busca de una pista, según su buena costumbre. Ha subido en seguida a acostarse. Ham Sandwich, sube a despertarle, y tráele; está en el núm. 14.

Archy se vistió y se presentó a escape. Pidió detalles a la señora Hogan.

—¡Ah! No puedo darlos. ¡Si los tuviera! La dejé acostada

a las siete, y cuando volví, hace una hora, no estaba ya. Fui apresuradamente adónde vive usted; no le encontré; luego, le he buscado por todas partes, llamando a todas las puertas; he venido aquí desesperada, loca, aterrada, con el corazón destrozado. Gracias a Dios, le encuentro al fin, y usted descubrirá a mi hija. ¡Venga pronto, pronto!

—Estoy dispuesto, señora, la sigo; pero antes vuelva usted a su casa.

Todos los habitantes del campamento tenían deseos de tomar parte en la caza. Los de la parte Sur del poblado estaban en pie, y un ciento de hombres vigorosos balanceaban en la oscuridad los débiles resplandores de sus linternas vacilantes. Formáronse en grupos de tres o cuatro, para escalonarse más fácilmente a lo largo del camino, y tomaron rápidamente el paso de los guías. No tardaron en llegar a la casita de los Hogan.

—Dadme una linterna—dijo Archy.

La puso en la tierra endurecida y se arrodilló en actitud de examinar el suelo atentamente.

—He aquí sus huellas—dijo indicando con el dedo dos o tres señales en el suelo. ¿Las veis?

Algunos de los mineros se agacharon y arquearon los ojos para ver mejor. Los unos se imaginaron percibir algo; los otros hubieron de confesar, meneando la cabeza contrariados, que la lisa superficie no tenía ninguna señal perceptible a su vista.

—Puede ser—dijo uno—que el pie de la niña haya dejado su huella, pero no la veo.

Archy Stillmann salió, llevando siempre la lámpara cerca del suelo; giró a la izquierda y anduvo unos pasos examinando el suelo cuidadosamente.

—Tengo el rastro, venid ahora, y que alguien tome la linterna.

Se puso en camino, con paso alegre, en dirección del Sur, escoltado por los curiosos, y siguió, describiendo curvas, to-

das las sinuosidades del desfiladero durante cosa de una legua. Llegaron a una planicie cubierta de salvia vasta y sombría. Stillmann dió la voz de ¡alto!, añadiendo:

—Hay que evitar el seguir una falsa pista; orientémonos de nuevo en la buena dirección.

Volvió a empuñar la linterna y examinó el camino en una longitud de unos veinte metros.

—Venid—dijo,—todo va bien.

Y echó a andar otra vez, registrando los matorrales de salvia, durante un cuarto de milla, y oblicuando siempre hacia la derecha; después tomó otra dirección, dió una gran vuelta, y, por fin, marchó resueltamente hacia el Oeste durante la media milla. Se paró, y dijo:

—La probrecilla ha descansado aquí. Tomad la linterna y mirad; allí se ha sentado.

En aquel lugar, el suelo estaba liso como una plancha de acero y se necesitaba cierta audacia para pretender observar en aquella tersa superficie la menor huella reveladora. La desgraciada madre, a la que volvía el desaliento, cayó de rodillas, besando la tierra y sollozando.

—¿Pero dónde está entonces?—preguntó uno.—El caso es que no se ha quedado aquí, porque la veríamos, a lo que me figuro.

Stillmann continuó examinando el lugar con la linterna en la mano; parecía absorto en sus pesquisas.

—Pues bien—dijo en tono malhumorado,—no lo comprendo.

Volvió a examinar.

—No hay duda alguna. Se detuvo aquí, y ella no volvió a marchar. Respondo de ello. Hay que encontrar el enigma.

La pobre madre se desconsolaba cada vez más.

—¡Oh, Dios mío, y vos, Virgen María, venid en mi ayuda! Algún animal se la ha llevado. Se ha concluído. ¡Ya no la veré nunca más!

—No pierda usted la esperanza, señora—le dijo Archy.—
La encontraremos, no se desanime.

—Dios le bendiga por esas buenas palabras de consuelo,
señor Archy—y le cogió una mano que cubrió de besos.

Peterson, el último llegado, murmuró con ironía al oído de
Ferguson:

—La verdad que es una maravilla haber descubierto este
sitio. Lo cierto es que no valía la pena venir tan lejos; cual-
quier lugar hubiera servido para semejante resultado. Me pa-
rece que nos hemos lucido.

La insinuación no era del gusto de Ferguson, que contestó
con tono desabrido:

—¿Quieres tal vez hacernos creer que la niña no ha venido
aquí? Pues yo te digo que esa pequeña ha pasado aquí. Si
quieres tener un disgusto serio, no tienes más que...

—¡Todo va bien!—exclamó Stillmann.—Venid todos aquí
y mirad bien. La señal nos saltaba a la vista, y ni unos ni
otros habíamos visto nada.

Todos se agruparon, agachándose, en el lugar donde se su-
ponía que la niña había debido de sentarse y se pusieron a es-
cudriñar con los ojos el punto designado por el dedo de Archy.
Tras una pausa seguida de profundos suspiros de desaliento,
Pat Riley y Ham Sandwhich, dijeron a la vez:

—¿Y qué, Archy? No vemos nada.

—¿Nada? ¿Llamáis a esto nada?

Y con su dedo hizo en el suelo un signo cabalístico.

—Ahí está, ¿reconocéis ahora la huella de Injin Billy? El
es quien tiene la niña.

—¡Alabado sea Dios!—exclamó la madre.

—Tomad la linterna. Tengo de nuevo la buena dirección.
Seguidme.

Partió como un rayo, cruzó rápidamente los matorrales y
desapareció tras un montículo de arena; a los demás les costa-
ba trabajo seguirle; le alcanzaron por fin porque le encontra-
ron que se había sentado tranquilamente para esperarlos. Diez

pasos más allá, veíase una miserable choza, un pobre albergue informe, hecho de trapos y de jirones de mantas de caballo que dejaban filtrar una luz apenas tamizada.

—Tome usted el mando, señora Hogan—dijo el joven.— Usted tiene el derecho de entrar la primera.

Todos la siguieron y pudieron ver el espectáculo que ofrecía el interior de aquella choza: Injin Billy estaba sentado en el suelo; la niña dormía a su lado. La madre la alzó en sus brazos y la sofocó a caricias; su corazón desbordaba de gratitud hacia Archy Stillmann; lloraba a lágrima viva. Con voz ahogada por la emoción, dejó brotar una oleada de esas palabras tiernas, de esos acentos suaves y ardorosos que solamente puede encontrar un corazón irlandés.

—La encontré a eso de las diez—explicó Billy.—Estaba adormecida, muy fatigada, con el rostro humedecido por las lágrimas, a lo que supongo; la traje aquí y la di de comer porque se moría de hambre; desde entonces no ha cesado de dormir.

En un impulso de gratitud sin límites, la feliz mujer le abrazó a él también llamándole «Mensajero del cielo». Si se admite que fuera un mensajero del cielo, hay que reconocer por cierto que era un ángel muy disfrazado y disimulado, porque su aspecto y su vestimenta no tenían nada de seráficos.

A la una y media de la mañana, el cortejo entró de vuelta en el poblado, cantando un himno triunfal y blandiendo las linternas; era una verdadera retreta con antorchas. No se olvidaron de beber durante el camino y, para matar las últimas horas de aquella noche accidentada, se metieron en el bar, en espera del día.

MARCK TWAIN

(Continuará.)

CUESTIONES DE PREHISTORIA

Cuestión de nombre.—Si en el país en que se dijo aquello de «¡Palabras, palabras y palabras!» no deja en el día de discutirse sobre ellas, y en aquel otro en que dicen que el nombre no hace a la cosa, se hace no poco aprecio del nombre, no deberá extrañar al lector el que, a pesar de nuestra aversión hacia semejantes cuestiones, tengamos que empezar las de Prehistoria por la del nombre mismo de ésta, aunque no sea más que por la enemiga que muchos especialistas españoles le mostraron.

Considerando como Historia, no la narración de sucesos, sino la sucesión misma, sería ciertamente imposible admitir el concepto de prehistoria; pero el hecho es que cuando hablamos de historias todos entendemos narraciones: unas veces con cierta dosis de fantasía, como cuando alguien quiso afirmar la absoluta y completa veracidad de lo que contaba, añadiendo: «no es histórico, sino que es verdad»; otras veces dándoles la sanción definitiva, a la manera que se hace con la santidad de la cosa juzgada, como cuando algún rebuscador de archivos considera exacta «comme un procès verbal» una crónica que, por ser anterior a una canción, le merece entero crédito, no sólo en lo que de ésta difiere, sino en las apreciaciones subjetivas del cronista. Ni queda en esto la limitación de sentido del concepto de Historia, sino que se suelen contraponer la tradición y la historia, con lo cual la última se reduce propiamente a la escrita.

Si absurdo sería admitir una ciencia de sucesos anteriores a los primeros sucesos, tan absurdo es negar de primera intención que, antes de los primeros sucesos de que nos dan cuenta las narraciones escritas y las tradiciones de un país, ocurrieran en este país otros sucesos de que ni unas ni otras nos dicen nada, y que, por ser anteriores a los históricos, forzosamente han de calificarse de prehistóricos. En este sentido, que es el corriente, no hay por qué ni para qué preocuparse de si sucesos contemporáneos en otro país se han de considerar o no como históricos, ni la ilación, que más tarde se pudiera descubrir entre unos y otros, les quita a los primeros en nada su carácter en cuanto a las fuentes de conocimiento que han servido para descubrirlos y estudiarlos, fuentes de conocimiento que son las que verdaderamente distinguen a unas ciencias de otras.

Así es como el intento persistente y estéril de suplantarse el nombre de Prehistoria por el de Protohistoria, hijo de apriorismos, no menos que de reivindicaciones de mayorazgo en los pleitos de jurisdicción o competencia científica, no ha conseguido imponerse entre los especialistas, ni menos traspasar las fronteras.

Se dirá que los alemanes designan dicha ciencia con el nombre de Urgeschichte, pero la partícula *Ur* no tiene el sentido preciso y determinado que se suele dar a *proto*, sino otro más indefinido, de primitivo, primordial u originario; tanto es así, que, por ejemplo, Hoernes, al definir la Prehistoria, la llama Urgeschichte oder Vorgeschichte.

Tampoco se detienen los inconvenientes, que trajo consigo la vaciedad de los motivos aducidos para llamar Protohistoria a lo que con el nombre de Prehistoria todo el mundo sabe a qué se refiere, al empleo de una denominación para andar por casa, sino que, en realidad, algunos prehistoriadores han comprendido la utilidad, en algunos casos, de la palabra Protohistoria, no para designar la Prehistoria en general, sino para aplicar aquélla a períodos o épocas de que se poseen testimonios de escritores extranjeros contemporáneos y monedas indí-

genas, aunque no inscripciones descifrables (S. Reinach: *Guide illustré du Musée de St Germain*), o abarcando en ella la edad del bronce y primeras del hierro, en virtud de la consideración de que para estas edades posee ya la Arqueología de la Europa occidental los primeros elementos de una cronología absoluta, aunque sólo aproximada (J. Déchelette: *Manuel d'Archéologie préhistorique*), es decir, a tiempos de los que tenemos datos, siquiera incompletos, inseguros, escasos y a menudo contradictorios, escritos por autores extraños, o a épocas, que arqueológicamente se demuestra ser contemporáneas de las históricas de otros países.

Por la manera prácticamente necesaria para avanzar en los descubrimientos respectivos en la mayoría de los casos, se ha llamado gráficamente *ciencias del azadón* a la Prehistoria y la Arqueología; siendo esta última de mayor abolengo, estando ya instalada con más o menos comodidad entre las enseñanzas y profesiones oficiales, viendo en aquella de común con sus procedimientos comparativos el tipológico, y olvidando la importancia primordial de la estratigrafía, geología, paleontología y antropología, ciencias todas naturales, en la determinación y clasificación de los hallazgos prehistóricos, procuró, y en muchos casos consiguió, constituirse en tutora y madre adoptiva de su hermana menor, llamándola *Arqueología prehistórica*. Por su parte, la última sintió, como es natural, pujos de independencia, y en Francia, principalmente los señores de Mortillet, salieron por los fueros de ésta, queriendo evitar al mismo tiempo el sentido sintético del sustantivo Prehistoria y el subordinativo del nombre compuesto Arqueología prehistórica, mediante la neutralización del adjetivo, pues han dado en llamar a esta ciencia *Lo prehistórico*.

En Italia se prefiere el nombre de *Paleoetnología* o *Paletnología*, que solamente se confundiría con la Paleontología humana o estudio de los restos fósiles humanos, principalmente de las razas extinguidas, si se entendiese la Etnología en el sentido en que se entiende generalmente en Francia, pero no

en Alemania; en el otro caso tendría la ventaja de relacionar directamente aquella ciencia, más que con la Historia, con la Etnología en su parte tecnológica principalmente y, por seguro, que no está en contradicción con este criterio la afirmación de Marcel Baudouin (Congrés préhistorique de France; Beauvais, 1909), de que la Paletnología no es más que una ciencia natural, ciencia de colecciones y laboratorios.

No merecería traerse aquí a colación el criterio verdaderamente invertido, de considerar como capítulos de Historia primitiva o Prehistoria los que están henchidos de datos etnográficos actuales, y a su estudio comparativo se dedican en un modesto tomo de Etnología, publicado por mí hace una docena de años, si aquella inversión de criterio no fuese a la par con la infatuación mediterránea de afirmar que en vano se buscará en aquél nada que pertenezca a la cultura de los pueblos civilizados y que los pueblos bárbaros y salvajes llenan todas sus páginas (para ser verdad esto, sería menester clasificar entre los últimos a pueblos que dieron y dan pruebas de tanta o mayor cultura que el propio del crítico improvisado), y si no procediese de endiosados en el concepto jurídico-político, que, por lo visto, habilita para entender y juzgar en todo (1).

En realidad, aunque lógica, o mejor dicho, apriorísticamente, debería la Prehistoria incluirse en la Etnología con el nombre ya indicado de Paleoetnología, se constituyó ya como ciencia independiente con cierta anterioridad, y es el verdadero lazo de unión entre la Geología o Historia de la Tierra y la Historia universal, ahondando el campo de visión en el tiempo (antes de la Historia), como la Etnología lo agranda en el es-

(1) Dice el Dr. Vierkandt, que en la ciencia del derecho está cristalizada la pretensión de querer explicárselo todo, atinar en todo y juzgarlo todo. No sé qué político influyente fue quien, al enterarse de que un recomendado a lo que salga era abogado, contestó:—¡Ah! en tal caso, ya puede ser hasta reina madre.

pacio (fuera de la Historia), y el Folklore lo intensifica en la estructura (más adentro que la Historia) (1).

Cuestión de método.—Excavaciones se han de realizar en la inmensa mayoría de los casos para hacer descubrimientos prehistóricos, como se realizan para los descubrimientos arqueológicos; idénticos instrumentos se han de utilizar; idéntico cuidado se ha de tener en distinguir las tierras removidas de las que no lo son, y no menor en evitar la confusión de unas capas con otras en la superposición por épocas sucesivas, y en anotar con cada objeto todas las observaciones que a sus circunstancias de yacimiento se refieran; análogas precauciones se han de tomar en la recolección, transporte y conservación de muchos de los objetos, como en la reconstitución de otros.

Pero las ciencias auxiliares de la Prehistoria demandan precauciones y perspicacias especiales, a que no está tan acostumbrada la arqueología clásica; la geología, principalmente la *estratigrafía*, la paleontología y la antropología, no pueden contentarse con que se recurra a consultarlas en el laboratorio y la biblioteca; sino que exigen tenerlas en consideración en todo momento de los trabajos de excavación, desde el primero y aun antes de él, no olvidando que también ellas tienen cuestiones litigiosas o prematuramente dadas por resueltas.

Además, en la clasificación de los objetos hallados, sin poder buscar el apoyo de la Historia para completarla y contrastarla como hace la Arqueología clásica, se debe recurrir a la comparación *etnográfica* y folklórica (2), no menos que a la

(1) Todavía queda por considerar otra relación con la Historia en conceptos como el aplicado en lo que los arqueólogos franceses llaman fortificaciones anhistóricas, es decir, no históricas, con lo cual quieren dar a entender que tampoco son prehistóricas.

(2) Es muy curioso el efecto de desencanto que en algunos descubrimientos espeleológicos produce un descubrimiento folklórico; pongo por caso, entusiasmados con el hallazgo de una aguja de hueso en las excavaciones de una caverna, y después de resolver que era neolítica, se la compara con las actuales de tribus salvajes; pero un hombre de pueblo

técnica, para explicarse el uso propio de cada uno de aquéllos, y para tener en cuenta, de una parte, la semejanza de la naturaleza humana en toda la redondez de la tierra, y de otra, que para artefactos ya más complicados y con área de dispersión más limitada, el tráfico puede quizás explicar mejor que las invasiones muchos hechos prehistóricos.

También se suele recurrir al método *tipológico*, fundado en las diferencias y semejanzas de hechura o manufactura y ornamentación de los objetos, considerados como signos de la diferenciación evolutiva y étnica, pudiendo señalarse los más perfeccionados como más modernos y consecutivos de los otros, de los que conservan ciertos rasgos que establecen la filiación; pero muchas veces, el instrumento más perfeccionado no sustituye en absoluto al primitivo, sino que se establece una división del trabajo que permite la contemporaneidad de los dos, o ésta persiste en clases o tribus convecinas; otras veces puede haber en un punto dado estancamiento o regresión, y por todas estas razones el método tipológico no puede pretender el mismo grado de certidumbre que el estratigráfico. Por recurrir sólo a aquél, y olvidar que los cuchillos y raspadores de la edad neolítica o de la piedra pulida no son ellos pulidos, se cometió en algún museo arqueológico el desliz de calificarlos de paleolíticos; error tan garrafal como el que se cometería si se considerase de la edad del bronce un imperdible de bronce de los de la edad del hierro, sólo por ser el bronce el metal con que aquel objeto estaba confeccionado.

Si el arqueólogo De Morgan, por pedir a las ciencias auxiliares más de lo que pueden dar de sí o por preguntarles lo que

ofrece por una peseta cuantas agujas iguales se quisiera, añadiendo que su suegro las trabajaba muy bien y vendía muchas; y entonces, casi dan intenciones de arrojar aquella al torrente; no porque se hubiese juzgado oportuno acordarse de los llamados salvajes, y ahora resulte ser cosa de uso corriente en el siglo xx entre los indígenas cercanos a cierto monasterio, sino porque un objeto de uso actual en aldeas españolas, francesas, alemanas, etc., parece que viste poco a la Prehistoria.

no debía, o como no debía, se muestra excesivamente escéptico en cuanto a los resultados que pueda dar el estudio de las razas, el Dr. Schliz de Heilbronn le sale al paso en la 40.^a asamblea de antropólogos, etnólogos y prehistoriadores alemanes en Posen en 1909, diciendo que «de entre las filas de los sistemáticos en las investigaciones de la Prehistoria, sistemáticos cuya fatigosa y fructífera labor en la elucidación de las conexiones culturales prehistóricas no podremos nunca estimar bastante, hemos oído surgir el grito de ¡separémonos de la antropología!; porque la importancia de su labor no les aparecía bastante dignificada en el marco común con las otras ciencias; pero, separada del cimiento sobre el que también esta ciencia creció, la arqueología prehistórica corre peligro de venir a ser nada más que una doctrina formalista con diferencia de tipos cada vez más sutiles, y teniendo además siempre dificultad para que la reconozcan como de iguales derechos los arqueólogos clásicos».

Sean de la época que sean los restos de la industria humana encontrados en una excavación, el desentenderse de los restos humanos que con ellos yacían será siempre tan bárbaro, por lo menos, como pueda ser el desentenderse de los cacharros cuando se va en busca de un tesoro. El celo extremo y exclusivista por lo que una sola ciencia enseña, yendo en perjuicio de las otras ciencias afines o auxiliares, hace de rechazo disminuir en proporción múltiple el valor de los hallazgos para aquella misma.

Si el arqueólogo clama contra el vandalismo (1) de los rebuscadores de tesoros, que rompen las ollas y todo lo demás que encuentren al paso para arramblar con los objetos de metal llamado precioso, o contra el vandalismo de los viajeros

(1) En España no necesitamos acordarnos de los vándalos para expresar la barbarie de los hozadores de sepulcros; más recientes y más vecinos eran los que vaciaron los sepulcros de los reyes de León, el de Arrigorriaga, etc., etc.

curiosos que se llevan esquirlas de un monumento, o contra el vandalismo de los coleccionadores, que se llevan los objetos de más presencia, y esparcen y pisotean todo lo que a ellos no les llame la atención; si el arqueólogo concienzudo recoge todos los muchos pedazos de cada vaso roto (o que se rompe en el acto de la excavación) y los reúne en un cesto o saco aparte, para luego en casa lavarlos, armar de nuevo el vaso y así llegar a veces a determinar tipos de cerámica antes desconocidos; no sabemos en qué grupo de barbarie habría que clasificar a quienes esparcen y pisotean o trasladan a un osario los esqueletos de los primitivos poseedores de aquellos cacharros, o se llevan de ellos, para que la colección conserve más semblante de venerable antigüedad, una que otra tibia, o un pedazo de mandíbula, o un cráneo sin esta última; ni sabemos la diferencia esencial que con aquéllos tendrían quienes destruyen 30 esqueletos para recoger un pobre cuchillo (1), quienes tomándose un trabajo minucioso, paciente y pesado para los más menudos, deshechos y dispersos cacharros, tropiezan en seguida con la palabra imposible en presencia de unos huesos deleznable o muy reblandecidos por la humedad y adherentes a la tierra, y si los recogen, es a golpes de pico y mezclando todos los pedazos de distintos esqueletos; cuando no hacen una selección, basada en alguna rareza, curiosidad o particularidad, o en un estado de conservación que los haga más lucidos para figurar en un estante de la colección, descalando, desviando, desfigurando y desnaturalizando la verda-

(1) «L. Manouvrier: La protection des antiques sépultures et des gisements préhistoriques.» *Revue de l'Ecole d'Anthropologie de Paris*, 1901.— Sabido es que la mayor parte de los dólmenes y casi todos los cementerios galo-romanos y merovingios han sido saqueados en Francia por coleccionadores que se dicen arqueólogos, y que se cuidaban de los esqueletos tanto como un ratón de las ideas contenidas en el libro que roe. L. Manouvrier: «*Mém. s. de la Soc. d'Anthrop. de Paris*, t. II, 3.º fasc. 1902.»

dera característica general del grupo humano a que aquellos esqueletos pertenecían.

Es verdad que, principalmente en las tumbas de piedra al ras de tierra, los esqueletos a veces son tan deleznales, que nada más con tocarlos se hacen polvo; pero en último extremo, lo menos que se puede hacer es fotografiarlos, y aun se podría intentar el silicatarlos en masa, antes o después de la extracción, cuando tienen algo más de consistencia.

Claro es que los huesos manchados de tierra muy adherente no son muy lucidos para figurar en una vitrina; además, suelen romperse al menor choque o estirón, por su reblandecimiento, debido a la humedad; pero si sabemos considerarlos como hallazgos de interés nada secundario, adoptaremos con todos las precauciones necesarias. Desde que aparece el primer hueso, no debe trabajarse a pico, sino raspar la tierra con un instrumento corto, procurando desprender un esqueleto o una primera capa de huesos y recogiendo, sin mezclarlos con otros, los de un esqueleto; si hay algo de adherencia, se espera algunas horas, para que se sequen antes de arrancarlos, mediante nuevas raspaduras de la tierra con un cuchillo, y habida cuenta de cuáles son los puntos de menor y mayor resistencia en el hueso; si se rompe, a pesar de nuestros cuidados, se marcan los pedazos. Se marcan además en seguida, con un número, todos los que seguramente son del mismo esqueleto; y hecho esto, se sigue la exploración. Los huesos extraídos se dejan secar y endurecer al aire libre por algunas horas antes de transportarlos; el transporte requiere también cuidados, y conviene no amontonarlos en sacos en que peligran las caras, parte de la calavera, importantísima en antropología. (L. Manouvrier: *La protection....*, 1901.)

Todo esto exige diez o veinte veces más tiempo que el generalmente empleado en un dolmen por arqueólogos concienzudos, y un gasto en proporción, que pueden llegar a varias semanas de trabajo y cientos de pesetas; pero ¿no es más razonable buscar la probabilidad de obtener más tarde datos fehac-

cientes en un calcáneo, astrágalo, vértebra, tibia, mandíbula, etcétera, etc., que no divagar y fantasear acerca de encorvamiento de piernas, estado rudimentario de la mentalidad, parentesco o identidad con los negros o con las huestes de Osiris, Atlas, Hércules o Nino, etc., etc., sin más apoyo que unos garabatos o algunos cacharros, conchas y pedernales?

Cuestión de competencia.—Considerada como sustantivo la Prehistoria, constituye propiamente una síntesis, edificada con los resultados de análisis muy heterogéneos, debidos a estratígrafos, paleontólogos y antropólogos, como también a espeleólogos, geólogos y arqueólogos, y acudiendo, como fuentes de conocimiento auxiliar, a la historia, la geografía física, la toponimia, la etnografía y el folklore, sin dejar de intervenir una dosis mayor o menor, según los autores, de fantasía deductiva.

La heterogeneidad de los métodos analíticos de aquellas ciencias, y, por consiguiente, la heterogeneidad de tendencias y resabios en las individualidades científicas, que desde tan distintos campos han acudido al de la Prehistoria, dificultan su unificación como cuerpo de doctrina verdaderamente metódico, y por eso, a pesar de que los asuntos que a esta ciencia conciernen se tratan en los centros de cultura superior, no hay propiamente una cátedra ni una institución de Prehistoria. Cierto es que esto último se podría también decir en cuanto a Francia respecto de la Etnología, y en muchas Universidades alemanas, incluso Berlin, de la Antropología; pero ello no es más que aparente, pues se encuentran incluídas la una en la otra. Lo mismo pudiera decirse en principio de la Prehistoria, por la necesidad que tiene de atenerse de preferencia a métodos de investigación tomados de las ciencias naturales; pero su mismo nombre y los escauceos a que con ella se entregan los espíritus educados en otras ciencias más deductivas, especulativas o discursivas, y hasta los dedicados al arte del historiador, nos indican la dificultad de recabar para aquélla su inclusión privativa, absoluta y definitiva en la Antropología.

O si no, ¿qué quiere decir que el autor de uno de los más recientes y concienzudos manuales de Arqueología prehistórica, Mr. Déchelette, nos dé la noticia de que la Prehistoria ha conquistado su puesto en la enseñanza del Colegio de Francia, porque el profesor de Historia y Antigüedades nacionales, Mr. Camille Jullian, en la lección de principio de curso de 7 de Diciembre de 1907 (1), reivindicase para la Historia, en un brillante discurso de defensa, el derecho de estudiar los pedernales y los bronces anteriores a los textos? Sin embargo, tal reivindicación no impide que todavía un año después se evidenciase en sus conferencias sobre la historia de la Galia, dadas todos los miércoles, la necesidad psicológica en que se encontraba el hombre de la Facultad de Filosofía y Letras de tomar como materiales de estudio lo que propiamente no son tales, sino ideas elaboradas por los especialistas dedicados a excavaciones prehistóricas. No es, pues, la Historia, o mejor dicho, el hombre dedicado a estudios históricos, puesto que la Historia no es más que pura abstracción o el resultado del trabajo de aquél, quien puede reivindicar para sí la aptitud, y sin aptitud no hay derecho para estudiar pedernales y bronces.

Una cosa es que el especialista se felicite de la difusión de las aficiones a la Prehistoria, y de que a ésta se le dé cierta estimación dentro del espíritu clásico de las Humanidades, y otra que el arqueólogo, aunque no sea más que en nota del prefacio, dé su conformidad a tales quid pro quo de pericia.

La pluralidad de nombres que de diversos lados surgieron para esta ciencia hasta venir a parar a la excéntrica neutralización de un adjetivo; las oscilaciones del método según la preparación científica o el campo de que procedían los especialistas y la posición adjetiva de aquélla en el cuadro de las enseñanzas, dieron una cierta mácula de ambigüedad a las cuestiones de competencia que desde un principio se plantearon.

(1) No estará demás consignar, para los que miden la tarea del profesor por horas de clase, que el curso termina antes del Domingo de Ramos, y no es de los más cortos.

Así, los geólogos consideraban a Boucher de Perthes, dramaturgo y arqueólogo, como incompetente, o séase aficionado en cuestión de fósiles y de los discutidos instrumentos paleolíticos; toda la plana mayor de los hombres de ciencia, sin más paladín defensor enfrente que nuestro maestro Vilanova, dejó ahogado por diez y seis años el descubrimiento de Sautuola en Altamira, hasta que un francés descubriese en Francia algo parecido, para venir a decir después uno de ellos que aquella localidad no había sido nunca *estudiada*, y arrogarse la gloria del descubrimiento y la iniciación; el antropólogo alemán Klaatsch considera a los sacerdotes franceses descubridores del esqueleto de La Chapelle aux Saints como profanos, y que como tales comprobaron menos cuidadosa y circunstanciada-mente de lo que era menester las condiciones de yacimiento, por no citar más que algunos ejemplos.

En cambio, el antropólogo francés Verneau califica de defectuoso el trabajo de restauración hecho por Klaatsch en un cráneo desenterrado por él mismo en presencia de varios otros antropólogos alemanes y con toda clase de precauciones; como también es cierto que los hombres de ciencia y las revistas científicas dan la alternativa en la Prehistoria a maestros de escuela, notarios, jueces, farmacéuticos, médicos, sacerdotes, etcétera.

Pero la *Praehistorische Zeitschrift* (II Band, 4 Heft, 1910, pág. 416) nos dice que «el descubrimiento de la celtibérica Numancia y del cerco de Escipión, realizados por el profesor de Erlangen, Dr. Schulten, dió el primer impulso para empezar a cavar por todas partes, lástima que con más entusiasmo que método», aunque tales excavaciones sean oficiales y, por consiguiente, dirigidas por oficialmente competentes.

Es verdad que más entusiasmo que método revelan otras excavaciones si son guiadas por imaginaciones pseudo-clásicas, capaces de ver ejércitos, coturnos, clámides, mantos, túnicas y velos en terrenos geológicos, arcillas, areniscas y anhidri-

tas, cuando no piernas encorvadas (1), a la vez que cabelleras flotantes, monosilábicos sonos (2), inteligencias en que ni se inicia, ni se sostiene, ni se procura sino una sola idea, en seres que no dan más motivo para aquella suposición que los bien erguidos australianos y las muy largas cabelleras de sus mujeres, ni por su capacidad craneal nada pequeña, absoluta y relativamente considerada, ni por su ángulo facial no menor que el del australiano. Y es verdad que más entusiasmo que método revelan algunas otras colecciones, cuya falta de autenticidad estratigráfica y hasta local, las hace definitivamente inservibles para ningún fin científico, que no sea el de rellenar estantes de un museo, como se rellenan de encuadernaciones las vitrinas del despacho de algunos facultativos y letrados.

La competencia suele entrar en cuestión también de una manera franca o velada en otro sentido. Los coleccionadores y aficionados y los que se pirran por hacer de sabios, en ocasiones también los competentes, dan más importancia, que al interés general de los datos científicos bien determinados, a su amor propio, a la vanidosa prioridad, al pretendido derecho de adelantarse a otros o de estorbarles con menos competencia real que legal, y sea por ignorancia y atolondramiento, sea por otros motivos más vituperables, reducen a nada o poco más que nada, muchísimos datos prehistóricos.

(1) «El chauvinismo francés se refociló con la idea de habernos fallado el triunfo del descubrimiento del cráneo de Le Moustier, que se nos había echado en cara como una *indélicatesse*...; y la antigua idea, recalentada ahora en las revistas francesas, de que los hombres de Neander andaban encorvados, a veces a cuatro patas, es sencillamente un disparate (Un-sinn). Por los caracteres puramente anatómicos, podría con el mismo derecho suponerse, por los huesos de las piernas de los australianos, que sus dueños no podrían andar derechos. Semejantes suposiciones anticientíficas exigen repulsa dura.» Klaatsch: *Umschau*, 1909, pág. 250.

(2) El ladrido del perro es bisilábico; ¿se habría quedado más atrás el hombre primitivo? Esta es la estúpida consecuencia de considerar, con preferencia supersticiosa del número 3, los tres grupos de idiomas hasta hace poco admitidos como escalones ascendentes.

Como ejemplo, nos bastará recordar que Mr. Piette, a quien tantos descubrimientos de arte prehistórico pirenaico debemos, se lamentaba en cierta ocasión de que, a pesar de saber por experiencia que hay en las ciencias, como en todas partes, piratas siempre dispuestos a meterse en el camino de otro, si no se tiene la prudencia de ocultárselo, le faltase ésta en cierta ocasión, y se produjesen hechos vituperables y delictivos, quizás para hacer desaparecer pruebas por las que se pudiera apreciar el carácter del yacimiento, y de que en el Congreso de la Asociación francesa para el progreso de las Ciencias (Pau, 1892) se atreviese alguien a proponer el acaparamiento de las excavaciones, en perjuicio de los que verdaderamente las habían hasta entonces explorado y estudiado con abnegación y con fecundos resultados para la ciencia. (Ed. Piette: *L'époque éburnéenne*. St. Quentin, 1894).

Lo mismo en cuestiones de vandalismo antimetódico o exclusivista que en las de piraterías de competencia, me he inspirado principalmente en lo que autores franceses de respetabilidad se han decidido a decir al público; y lo he hecho por razones fáciles de comprender, razones que, por otra parte, me obligan a no ser más explícito que ellos, ni traer a colación sus episodios menudos. Sólo añadiré que si Mr. Salmon dió ya en 1895 una lista de 147 yacimientos neolíticos, cuyos huesos habían sido destruídos, dispersados o abandonados, y si Mr. Cartailhac en 1893 decía que los arqueólogos han destruído, ellos solos, más osamentas que los agentes naturales y los obreros del campo, también Mr. Hervé extendía el reproche de vandalismo estúpido a los arqueólogos españoles y portugueses en las grutas de Lycea (Lisboa), Furninhia (Peniche), Murciélagos (Albuñol), Orihuela, megalito de Monte Abrahao (Lisboa), megalitos de Granada, etc. (*Revue de l'Ecole d'Anthropologie de Paris* 1899).

Cuestión de protección. Tales clamores trajeron consigo la demanda de protección, emitida por el Congreso internacional de Antropología y Arqueología prehistóricas de 1900, en el

sentido en que ya estaba en vigor hacía mucho tiempo en Suecia y Dinamarca; pero la contestación del ministerio francés no fue todo lo satisfactoria que se deseaba, pues ponía por delante el derecho de propiedad (de uso y abuso). Mr. Manouvrier pensó en la eficacia de la opinión pública, ilustrándola convenientemente; pero sí ésta ha probado ya no ser bastante eficaz cuando se trata de tesoros artísticos de los últimos siglos, no se le puede pedir más fuerza respecto de las cavernas y demás yacimientos prehistóricos, cuanto menos respecto de la primera exploración y quizás la definitivamente desastrosa de los hoy ignorados.

Hay además casos de perentoriedad en obras de ingeniería privadas o públicas, y aunque en menor escala y menos verídicas también suelen ciertos coleccionadores alegar las prisas del agricultor.

Sin embargo de todo lo dicho, y de que la marea de exploradores, en mayor proporción que su competencia y honorabilidad, crecía de una manera aterradora, fue menester otro acicate muy distinto para que los poderes públicos tomasen por su cuenta el asunto en Francia. En terrenos adquiridos por él en el Perigord había descubierto, y seguía descubriendo el arqueólogo suizo Hauser, esqueletos y restos de la industria del hombre prehistórico muy valiosos para la ciencia, y las mejores piezas habían ido a parar al Museo de Berlín (1); al francés le parece muy bien que la corona votiva de Recesvinto y la dama de Elche descansen en Cluny y el Louvre hasta que un émulo del jocondista se las lleve (y no hablemos del procedimiento por el que llegaron a su actual destino muchos cuadros de Murillo, y alhajas del emperador de la China), pero le sabe a cuerno quemado que los hallazgos de la actividad pri-

(1) No se recataron los alemanes para decir (Soc. Antrop. de Würtemberg, 12 Diciembre 1908) que a la ciencia alemana hay que agradecer este importantísimo resultado de las excavaciones, pues los franceses todavía no han publicado nada acerca del esqueleto hacía veinte años encontrado en la misma localidad de Le Moustier.

vada en la propiedad o arrendamiento expreso de un extranjero salgan de Francia para ir precisamente a Berlín. Los clamores de los más o menos especialistas movieron al ministerio a proyectar una ley prohibiendo a O. Hauser la continuación de sus excavaciones; pero entonces vieron que habían lanzado arena a sus propios ojos, y 90 sociedades científicas francesas con 20.000 socios han protestado contra una ley de excavaciones que causaría estragos en el ánimo de los que se sintieran impulsados a trabajos de exploración y excavación. Hauser mismo ha declarado ya que, en lo posible, los hallazgos importantes quedarán en Francia, y él incitó además a la fundación de un museo local prehistórico en Les Eyzies de Tayac, lugar de poco más de 1.000 habitantes a 40 kilómetros de la capital del departamento (Périgueux), que también tiene su museo.

Esto último es una muestra de la descentralización, quizás más acentuada que en otros en estos museos que, dice el profesor Conwentz, «contribuyen a educar la voluntad para la conservación y estudio de las antigüedades locales, deberían gozar de autonomía para explorar y excavar aun en terrenos del Estado, y ser los encargados del estudio y conservación de los hallazgos; las medidas necesarias para una cosa y otra podrían tomarse con más garantías de acierto, y además sus empleados conocen el país y sus habitantes, lo cual facilita mucho y hace más fructíferos los trabajos y estudios» (27.º informe administrativo del Museo provincial de la Prusia occidental para el año 1906. Danzig). Claro es que aplicar estas consideraciones a museos de lugares como Les Eyzies puede conducir a un absurdo, pero son muy razonables para casos como el de Danzig o el de Périgueux.

Por su parte, el profesor Georg Thilenius, a propósito de la proyectada división y traslación del Museo etnográfico de Berlín, dice que «la Prehistoria es la ciencia en que la centralización trae las menores ventajas positivas; el Museo provincial tiene todas las relaciones personales, todas las conexiones oficiales y la ventaja de poder intervenir *en seguida*, si se des-

cubren en algunas remociones de tierras objetos prehistóricos. Todo esto falta al Museo de Berlín, y su intervención no ha sido siempre afortunada. Peligroso podría parecer que el Museo de Berlín conservase el derecho de elección de los hallazgos típicos e importantes. Esto sólo debe valer para los de terrenos del Estado. La Prehistoria actualmente no se propone ante todo adquirir *hallazgos*, sino *averiguar las circunstancias* de éstos, y cuidar y proteger los restos, cada vez más escasos, como verdaderos monumentos que son. En este cometido, el Museo de Berlín ha de declinar de antemano en la colaboración de los Museos provinciales, y la tarea será tanto más fácil y completa, cuanta más confianza se muestre en la colaboración de éstos. Por su parte, el Museo central parece predestinado a elaborar las cuestiones de conservación, tratamiento técnico de los yacimientos, protección del monumento, etc.» (Georg Thilenius: *Correspondenzblatt für Anthr. Ethnol. u. Urgeschichte*, 1907, pág. 39.)

Por último, también el Estado español ha estimado que era llegada la hora de tomar medidas protectoras contra el vandalismo, la codicia y el atolondramiento de los aficionados; sin que al decir por último, quiera dar a entender que marcha a la cola de los demás Estados europeos, según el modelo estereotipado que para el español usaba el novelista alcalde de Amiens. Ni la densidad de población, ni la intensidad de remoción de tierras con ocasión de apertura de vías públicas, etc., ni el número relativo y actividad de los codiciosos y aficionados fatuos es en España tan grande como en algunos otros países, ni la tardanza del Estado en acudir a evitar para lo sucesivo aquellos males, ha sido mayor que la de algunos otros de la misma Europa, que suelen servir de modelo; sin embargo de lo cual, hay que reconocer la oportunidad y el buen criterio que ha inspirado la ley que D. Amalio Gimeno ha tenido la satisfacción de llevar a la sanción de S. M. el 7 de Julio de 1911.

Sin embargo, si por una parte esta ley, con la condición de

inspección oficial del Estado para la concesión de excavaciones, establece una traba que todos los que han sufrido lentitudes y dificultades burocráticas y saben la perentoriedad de muchos de los casos que se presentan en la práctica, comprenderán lo que significa; por otra parte, muestra cierta candidez para con los descubridores extranjeros al otorgarles pleno dominio sobre todos los objetos duplicados y autorizarles para llevar fuera de España por un año los no duplicados. Muchos objetos, que a primera vista se consideran duplicados, no lo son en un estudio más detenido, y conocemos bien el tesón y la astucia de muchos de esos señores para no contar con la facilidad del contrabando de exportación en las mismas narices del inspector. El año de ostracismo de los objetos no duplicados se podría evitar muy bien con un molde, y así precaverse de que tal año se convierta en una eternidad; pues si hay muchos hombres de ciencia extranjeros con la conciencia suficiente para cumplir como buenos con este plazo, dado caso que enfermedad, muerte u otra fuerza externa no se lo impida, también los hay cuya conciencia en este punto es como la de aquel político bibliófilo, a quien no se le podía prestar impunemente ningún libro; o la de aquel otro personaje a quien ocurrió que, en una visita suya a un archivo, se notó la desaparición de un códice, y cerradas todas las puertas y ventanas, y una vez a oscuras, conminados todos los presentes para que el ladrón se desprendiese de su adquisición, volvió el códice a su sitio; o la de aquel conocido de Mr. Piette, que en vez de devolver a su legítimo dueño el ejemplar auténtico prestado, le entregó un molde pintado, muy bien imitado.

Muy aventurado nos parece el poder asegurar que un yacimiento dado no tenga más interés que el histórico o artístico, o solamente arqueológico o nada más que paleontológico, por lo que el inspector designado podrá no ser realmente competente en parte, y aun quizás en todo lo que a las excavaciones y hallazgos de aquel caso se refiera; lo cual le conducirá, o a confiarse demasiado, o a influir perniciosamente, o a servir de

pura rémora, según cuales sean las características de las personalidades en contacto. Mas si hemos de buscar el inspector perfecto, sospecho que nos podría ocurrir lo que a Bertoldo cuando buscaba el árbol de donde ahorcarse.

Mr. L. Manouvrier indica (loco citato) la alegación de algunos particulares, y hasta de algunas sociedades científicas de la falta de local como excusa, para no coleccionar los huesos, y dice por su parte: «¿Es, pues, tan difícil y tan caro en provincias arrendar algún pobre local para alojar en él huesos rotulados? Poco importa a la ciencia que estos restos descansen en soberbias vitrinas, y en un edificio con nombre de museo, con tal que estén al abrigo de la destrucción.» Lo cual se presta a menos interpretaciones que la exigencia de la nueva ley antes citada, de que «las condiciones en que los objetos se conserven permitan cumplir los fines de cultura a que se destinan». Encajonados y almacenados hay en el magnífico Museo Etnográfico de Berlín muchísimos objetos, en condiciones en que es imposible estudiarlos, cuanto menos exponerlos al público y, por otra parte, no hace mucho se lamentaba ten Kate, en una nota a un artículo bibliográfico de *L'Anthropologie*, de que una colección de huesos, que trajo él de California, y donó a la Sociedad de Antropología, de París, hayan desaparecido o, por lo menos, no se sepa dónde están.

Muy conveniente para la verdadera utilización y fecundidad científicas nos parece la tendencia descentralizadora de la ley referida, al consignar que si la localidad lo solicitare, «el Estado *deberá* autorizar la permanencia en ella de la colección»; pero éste deber queda un tanto en el aire con lo consignado en el art. 12, por el que se admite la posibilidad de que el Estado no entregue a los Museos de provincias o locales los hallazgos o colecciones adquiridos por aquél y, en ese caso, se dice tendrá por lo menos que donarles un ejemplar de cada objeto duplicado. ¿No sería mejor que el Museo provincial o local conservase los originales y el núcleo de la colección, y el central se proporcionase molde, como se hace con muchísimos

objetos en el Museo de Antigüedades nacionales de St. Germain en Laye, incluso para originales de otros Museos de París, y aun objetos de otras salas de aquel mismo Museo?

En cuanto a los merodeadores por el estilo de ciertos bañistas de unas aguas sulfurosas, que volaron con dinamita algunos dólmenes respetados por cientos de generaciones de indígenas, no valen contra ellos las leyes, ni la Guardia civil y los carabineros por sí solos; es menester que el paisanaje se penetre bien de su derecho al respeto de las creaciones indígenas y de su obligación a contribuir para que no queden impunes los actos de vandalismo, con perdón de los vándalos de la Historia, así llamado.

TELESFORO DE ARANZADI

LA AMÉRICA MODERNA

La *Zollverein* de las Repúblicas centroamericanas. Dificultades de las uniones aduaneras. El comercio exterior de las Repúblicas centroamericanas. Valoración política de las uniones aduaneras.—Antropogenia argentina. Los descubrimientos del Dr. Florentino Ameghino en los terrenos pampeanos. Aplicación de los métodos morfológicos de clasificación craneana. Nueva especie humana.—Saldo de deudas internacionales de Venezuela.—El bálsamo del Perú.

El movimiento unionista en las Repúblicas de Centro América no se contrae a vagos sentimentalismos, como la adopción de cantos patrióticos centroamericanos, o a procedimientos pedagógicos, como la fundación de la Universidad centroamericana, sino también, y aparte de las medidas de inteligencia política, se encamina ahora a la adopción de medidas de política económica trascendental, como las ligas aduaneras, si bien todavía no se trata más que de un generoso intento. La *Zollverein* de los Estados de Centro-Europa ha dado la pauta para todas las uniones aduaneras que se intentan en Europa y en América. Los escritores centroamericanos intentan enfilarse al mismo rumbo. Es indudablemente la *Zollverein*, o liga aduanera, un medio indicadísimo para llegar a la unión de pueblos afines. Cuando en España el iberismo estaba más en boga que en la actualidad, hombres como Joaquín Costa proponían una *Zollverein* hispano-portuguesa para conseguir la unión de Es-

paña y Portugal. Esta es hoy la idea que se agita en Centro-América, desenvuelta por José V. Ferrer en un extenso trabajo, del cual transcribiremos lo más saliente (1).

El principal obstáculo que encuentran estas uniones aduaneras estriba en el interés fiscal, tanto más acentuado cuanto mayor es la representación que los derechos de importación tienen en los ingresos de la Hacienda nacional. Precisamente la dificultad que ofrecen los Estados hispanoamericanos para desenvolver una amplia política de tratados de comercio, arranca de la importancia que en sus ingresos financieros tiene la renta de aduanas. El tratado de comercio, al ligar las partidas, rebaja los derechos de importación o aplica las tarifas mínimas, según esté construido el Arancel; pero en todo caso, el tratado se resuelve en una aminoración de las tarifas, y consiguientemente, por de pronto, en una disminución de ingresos. Claro está que, estimulado el intercambio por el tratado, el aumento del volumen comercial puede llegar a compensar la rebaja de derechos determinando mayores ingresos. Pero lo cierto es que la dificultad que se ofrece en primera línea es innegable. Un estudio del movimiento comercial de un país y de sus tarifas arancelarias, es el preliminar de todo trabajo que se dirija a plantear la unión aduanera. Y así procede el escritor centroamericano a quien hacemos referencia.

«El buen sentido político—dice José V. Ferrer—aconseja a los centroamericanos que se supriman de una vez para siempre todos los obstáculos aduaneros que dificulten evidentemente el desarrollo constante y progresivo de la actividad comercial entre nosotros. Protéjase eficazmente ésta, y se verá cómo se imprime vigor y energía a las fuerzas vivas nacionales, cual un organismo al recibir la savia que lo nutre y vivifica. Recuérdese que cuando las masas se alimentan—y esto puede tomarse en su acepción más lata—producen mucho más y consumen en

(1) *Centro-América*, órgano de publicidad de la Oficina Internacional Centroamericana, 1912.

proporción, pues el aumento de la producibilidad y del consumo son siempre, y en todos tiempos y lugares, causa y signo verdaderos de un acrecentamiento correlativo en la riqueza pública.

Una vez eliminado todo espíritu de proteccionismo entre los países centroamericanos, sus deudas habrían de existir tan sólo para las naciones extranjeras, propiamente dichas; deberían, sí, reorganizarse bajo un principio estrictamente fiscal moderado, que no dejara de ajustarse en todo caso a las necesidades y conveniencias administrativas de cada sección, ni llegase a herir en ninguna circunstancia muy profundamente los grandes intereses comerciales, que deben ser por igual protegidos en todas las Repúblicas del istmo.»

Una liga aduanera entre los cinco Estados, bien estudiada y acordada, podría, a lo que creemos, conducir a resultados muy prácticos, que tal vez colmaran en toda su extensión el patriotismo centroamericano.

José V. Ferrer hace el estudio de la situación final de Centro América con relación a su aduana, antes de llegar a las conclusiones, de la siguiente manera:

«Dada la unidad sociológica de la población centroamericana y la falta de fronteras naturales, se tiene ya uno de los supuestos verdaderamente estimables para toda *Zollverein*.

En una extensión superficial de unas 172.999 millas cuadradas inglesas de esta región privilegiada con todos los dones de la Naturaleza, vegeta una población que, según estadísticas aceptadas, alcanza a unos 4.458.204 habitantes, lo que viene a dar una población relativa de 25,7 por milla cuadrada; mas esa densidad no es uniforme, sino que llega a quedar representada en El Salvador por 139,3; en Guatemala, por 39,4; en Honduras, por 16,8; en Costa Rica; por 14,5, y en Nicaragua, por 10.

Adoptando el año de 1905, en que se disfrutó la paz uniforme en las cinco Repúblicas, es decir, el período más reciente, sin que haya sufrido alteración ninguna la actividad económica del pueblo en ninguna parte; según los documentos

oficiales que hemos tenido a la mano, observamos que Centro-América presentó un movimiento comercial con el extranjero, equivalente a 49.541.394 pesos oro, de cuyo volumen correspondieron: 15.082.202 pesos a Guatemala; 12.832.806 pesos a Costa-Rica; 10.001.995 pesos a El Salvador; 6.988.741 pesos a Nicaragua, y 4.635.650 pesos a Honduras. Este volumen se representa, en este mismo orden, por los guarismos siguientes: 30,5 por 100; 25,9 por 100, 20,2 por 100, 14,1 por 100 y 9,3 por 100; proporciones que expresan, sin duda, la escala de la capacidad media comercial de las secciones del istmo. Mas esta capacidad, individualmente considerada, es decir, en relación con las poblaciones, nos puede dar el grado característico verdadero del poder productivo de cada una de las cinco Repúblicas, a saber: Costa-Rica, 38,38 pesos por habitante; Nicaragua, 13,93 pesos; El Salvador, 9,93 pesos; Guatemala 8,18; pesos, y Honduras, 5,98 pesos. De manera que, al par que la producción absoluta máxima corresponde, en primer término a Guatemala y en segundo a Costa-Rica, dos países que juntos casi componen la mitad de la población de Centro América, en la producción relativa, Costa-Rica, que cuenta la población más pequeña, viene a ser la primera en un término que se aproxima a casi cuatro veces la de El Salvador y como tres la de Nicaragua; descendiendo Guatemala al cuarto lugar, a la vez que Nicaragua asciende al segundo.

El importe del comercio general extranjero, para el año que hemos adoptado, se descompone en 27.986.905 pesos oro para la exportación, 21.554.489 pesos oro para la importación; lo que equivale a un 56,5 por 100 para la primera corriente y a un 43,5 por 100 para la segunda. Pero esta proporcionalidad se halla, en lo particular, en un grado muy vario, y observamos que en todo caso, la exportación supera a la importación; en Costa-Rica, la primera es de un 63,8 por 100, y la segunda, de un 36,2 por 100; en El Salvador, de un 56,4 por 100 y un 43,6 por 100; en Guatemala, de un 54,6 por 100 y un 45,4 por 100; en Honduras, de un 53,4 por 100 y un 46,6

por 100 y en Nicaragua, de un 50,7 por 100 y un 49,3 por 100, respectivamente, en cada uno.

Conforme a estos datos, en cuanto a exportación, ocupa el primer lugar Guatemala, con 8.237.758 pesos; el segundo, Costa-Rica, con 8.094.910 pesos; el tercero, El Salvador, con pesos 5.639.533; el cuarto, Nicaragua, con 3.541.814 pesos; y el quinto, Honduras, con 2.472.890 pesos. Y obsérvese que guardan ese mismo orden en lo que toca a la importación, pues aquí Guatemala vuelve a ocupar el primer lugar, con pesos 6.844.444; Costa Rica, el segundo, con 4.737.896 pesos; El Salvador, el tercero, con 4.362.462 pesos; Nicaragua, el cuarto, con 3,446.927 pesos; y Honduras, el quinto, con 2.162.760 pesos.

Conviene, sin embargo, buscar aquí también el término relativo que indique, en cuanto a la exportación e importación, el tipo que corresponde particularmente a cada República centroamericana.

Y por último, de la Costa-Rica, el café forma el 46,6 por 100; el banano, el 45 por 100; los metales, el 3,1 por 100, y los productos diversos, el 5,3 por 100.

Bueno es observar que entre las cantidades tan considerables que, en la clasificación de *Metales* del cuadro anterior, exhiben El Salvador y Costa-Rica, figura, en su mayor parte, la exportación de oro y plata acuñados; hecha esta advertencia, puede afirmarse con verdad que Honduras y Nicaragua dominan en la producción de metales preciosos, así como en la del ganado. Cuanto a la producción de café, se hallan colocadas las Repúblicas en este orden: Guatemala (42,9 por 100), El Salvador (25,6 por 100), Costa-Rica (22,2 por 100), Nicaragua (9 por 100) y Honduras (3,10 por 100). En la de bananos: Costa-Rica (73 por 100), Honduras (18,5 por 100), Nicaragua (5,9 por 100) y Guatemala (2,6 por 100). Y en la de productos diversos: Nicaragua (28,9 por 100), Guatemala (27,3 por 100), El Salvador (16,3 por 100), Costa-Rica (14,5 por 100) y Honduras (13 por 100).

Examinando el cuadro de las importaciones centroamericanas para el año que venimos analizando, encontramos que las Repúblicas se hallan colocadas en este orden, guardando las proporciones o equivalencias de importancia que se verán en seguida: Guatemala, un 31,8 por 100; Costa Rica, un 22 por 100; El Salvador, un 20,2 por 100; Nicaragua, un 16 por 100, y Honduras, un 10 por 100.

En lo relativo al estudio de las cuestiones sobre derechos de aduanas en Centro-América, hay que tomar en cuenta la diferencia de moneda entre las Repúblicas, pues, como es bien sabido, las estadísticas en esta materia no aparecen en ninguna de ellas estimadas a un tipo fijo de moneda de oro, cual es costumbre hacerlo respecto del movimiento comercial.

Hemos procedido, pues, a la reducción previa, a oro, de las varias monedas centroamericanas, sirviéndonos, al propósito, de los tipos de cambio que han debido regir sobre Londres, en todo el año de 1905, en cada uno de los mercados de Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua (1). Estos tipos de cambio, en su media correspondiente, son: para Guatemala, 12,36 por 1 pesos; para El Salvador, 2,23 pesos; para Honduras, 2,35, y para Nicaragua, 7,09 pesos. En cuanto a Costa-Rica, la paridad es la de 2,15 colones por cada peso oro, según la equivalencia aproximada establecida por la Dirección de la Casa de Moneda americana.

Durante el año de referencia, Centro-América tributó en favor de sus respectivos Estados la cantidad de 12.511.948 pesos oro; de este total corresponde el 30,59 por 100 a El Salvador; el 23,09 por 100 a Costa-Rica; el 22,02 por 100 a Guatemala; el 13,06 por 100 a Nicaragua, y el 11,24 por 100 a Honduras. Y si buscamos ahora la tributación relativa, por habitante, para cada uno de los Estados, tanto en moneda de oro como en la particular de ellos, encontramos que:

(1) *Thirthy-third Annual Report of the Corporation of Foreign Bondholder*. Londres, Enero de 1907.

Guatemala tributó: en oro, 1,49 pesos; en moneda nacional, 18,48 pesos.

El Salvador tributó: en oro, 3,80 pesos; en moneda nacional, 8,47 pesos.

Honduras tributó: en oro, 1,81 pesos; en moneda nacional, 4,20 pesos.

Nicaragua tributó: en oro, 328 pesos; en moneda nacional, 23,15 pesos.

Costa-Rica tributó: en oro, 8,64 pesos; en moneda nacional, 18,58 pesos.

Todo Centro-América tributó: en oro, 2,86 pesos por habitante.

Por este cuadro observamos que en orden de tributación en oro, Costa-Rica produce más al Estado, y ocupa el primer lugar; El Salvador, el segundo; Nicaragua, el tercero; Honduras, el cuarto, y Guatemala, el quinto; pero esto deja de ser así en orden a la moneda particular de cada Estado, en que Nicaragua resulta produciendo más, y tiene el primer lugar; Costa-Rica, el segundo; Guatemala, el tercero; El Salvador, el cuarto, y Honduras, el quinto.

El rendimiento de las Aduanas, en el año que hemos adoptado para nuestro estudio, alcanzó a 8.095.752 pesos oro, suma que representa el 63,2 por 100 del importe general de la tributación que dejamos consignado más arriba. Este total se descompone como sigue, con el tipo de relación que le corresponde entre cada Aduana parcial y su respectiva tributación:

REPÚBLICAS	Producto aduanero. <i>Pesos oro.</i>	Por ciento
Guatemala.....	1.991.760	72,5
El Salvador.....	2.502.694	65,5
Honduras.....	640.555	45,5
Nicaragua.....	1.114.098	68,5
Costa-Rica.....	1.846.645	64,0
<i>Suma</i>	8.095.752	63,2

Por donde se ve que la Aduana de El Salvador es la primera, por las entradas que rinde al Estado, y en este orden le siguen Guatemala, Costa-Rica, Nicaragua y Honduras; sin embargo, también se observa que no concurren de manera análoga a formar el total de tributación que demanda cada Estado. En este concepto, el Estado de Guatemala es el que saca más producto de su Aduana; le siguen en el mismo sentido Nicaragua, El Salvador, Costa Rica y Honduras. Es decir, no es la Aduana más opulenta la que entra en mayor proporción en el presupuesto rentístico de cada Estado; así, El Salvador, que es la primera, no entra al igual de la de Guatemala; y la de Costa-Rica, que es casi igual en importancia a la de Guatemala, queda entrando por debajo de ésta en más de ocho puntos de sus respectivas equivalencias.

Ahora bien; veamos en qué proporción del volumen de importaciones y exportaciones se encuentra el rendimiento aduanero de los Estados; y hechas las calculaciones del caso, encontramos que la Aduana de El Salvador representa el 25 por 100 de su comercio; la de Nicaragua, el 16 por 100; la de Costa-Rica, el 14,4 por 100; la de Honduras, el 13,8 por 100, y la de Guatemala, el 13,2 por 100. Esta escala de proporciones nos está indicando suficientemente el grado en que gravitan los derechos aduaneros de Centro-América, sobre sus respectivos comercios de importación y exportación. A la par de El Salvador, que parece ser el que más grava su comercio, está Guatemala, que sin duda lo grava menos, y el promedio de gravamen entre todos ellos resulta igual a un 16,3 por 100, próximamente, la misma proporción en que pesa la Aduana de Nicaragua sobre su comercio. Sería interesante ver si estos resultados, contraídos a un solo año, son o no los mismos, o en qué grado varían, extendiendo la investigación a una serie considerable de años; pero, por falta de datos y de tiempo, no estamos por hoy en aptitud de hacerlo.

Carecemos de datos completos, en cuanto a la descomposición de los productos aduaneros; hemos podido determinar, sin

embargo, que para la Aduana de El Salvador, un 13 por 100 representa los derechos de exportación y un 87 por 100 los de importación; para la de Nicaragua, un 13,8 por 100 los de exportación y un 86,2 por 100 los de importación, y para la de Honduras, un 7 por 100 los de exportación y un 93 por 100 los de importación. En el año que venimos analizando, los derechos de exportación que nos dan las proporciones connotadas, montaron, en la moneda de sus respectivos países:

En Nicaragua, a 1.091.495,00 pesos.

En El Salvador, a 731.175,00 ídem.

En Honduras, a 106.081,00 ídem.

Mas si hacemos las reducciones a oro, según los tipos de cambio que hemos adoptado, en tal caso los derechos de exportación de que tratamos quedan colocados así:

Los de El Salvador montan a 327.881,00 pesos oro.

Los de Nicaragua a 153.949,00 pesos oro.

Los de Honduras a 45.541,00 pesos oro.

En la falta de estadísticas completas, referentes al comercio de importación y exportación de las otras Repúblicas centroamericanas y a los derechos aduaneros que sobre él gravitan, cuyo estudio arrojaría, sin duda, mucha luz acerca de las cuestiones que son objeto de este trabajo, nos concretaremos a exponer simplemente los datos que de Nicaragua hemos podido tener a la mano. En el año de 1905, Nicaragua exportó a las Repúblicas centroamericanas, por valor de 249.757 pesos oro, e importó de ellas por valor de 12.927 pesos oro, lo que dió una media mensual de 20.813 pesos para la exportación y 1.072 pesos para la importación, y pone desde luego de manifiesto que Nicaragua exporta casi veinte veces más a las Repúblicas centroamericanas que lo que importa de ellas. Al par que esta exportación representa un 70 por 100 de total exportado en el año, la importación apenas resulta ser, próximamente, de unos 0,4 por 100 del total [respectivo. Indudablemente que tal resultado es el efecto del gran número de productos

que Nicaragua se halla, con particular ventaja, en aptitud de suministrar a sus hermanas Repúblicas del istmo.

Si, pues, como hemos visto, la Aduana de Nicaragua es el 16 por 100 de su propio comercio, para el año de referencia parece claro que Nicaragua habría podido percibir, como derechos aduaneros sobre su comercio centroamericano, nada menos que unos 42,029 pesos, repartidos 39.928 sobre la exportación y 2.101 sobre la importación; pero bien sabemos que esto se halla muy lejos de haber sido la realidad, dado que en Nicaragua no tiene derechos ninguno la exportación a las Repúblicas centro-americanas, al menos sobre los productos y manufacturas que Nicaragua puede suministrarles, si se exceptúa el ganado, cuya exportación a Costa-Rica será próximamente libre.

Un asunto de grande importancia nos queda aún por tratar, acerca de las cuestiones que son objeto de este trabajo: el examen comparativo de las tarifas que rigen en las Repúblicas de Centro-América para derechos sobre la importación.

Nos contentaremos por ahora con exponer los gravámenes que pueden tomarse como medidas características más generales que nos sugieran una idea relativa de los sistemas arancelarios, contrayéndonos tan sólo a un corto número de artículos de más general consumo en las Repúblicas centroamericanas, en cuanto a los derechos de importación.

Nos valemos para este examen de las tarifas publicadas por el *Boletín internacional de Aduanas*, de la oficina de Bruselas, cuyos datos nos parecen suficientemente autorizados. Estas tarifas son: la de Guatemala, fecha 1.º de Enero de 1894 y sus reformas, que alcanzan hasta 1899; la de El Salvador, de 21 de Setiembre de 1900; la de Nicaragua, de 15 de Diciembre de 1908; la de Honduras, de 7 de Abril de 1900, y la de Costa Rica, de 7 de Setiembre de 1885, y sus reformas, que llegan hasta 1898. De estas tarifas, las de Guatemala, de Honduras y de Nicaragua no consignan recargos ni aun sobre impuestos que hayan de acrecer los aforos arancelarios; pero, en cambio, la

de Nicaragua exige que se paguen los derechos en oro, y la de Guatemala que se cubra el 30 por 100 en oro nacional (1) al cambio corriente; de éstas sólo tomaremos los aforos correspondientes. Por otra parte, recargaremos los aforos de la de El Salvador en ocho centavos, por impuestos varios generales que tienen carácter fiscal, a la vez que la de Costa-Rica ha de ser recargada con un centavo y medio que estableció para el teatro nacional la ley de 20 de Mayo de 1893. La tarifa de Honduras está calculada por medios kilos, y por lo mismo, duplicaremos sus aforos para equipararla a las otras cuatro, que gravan por cada kilogramo de peso bruto. Hechas estas advertencias, exponremos los aforos uniformes de cada tarifa, pudiendo entenderse que son la moneda nacional de cada país. He aquí la nómina de los artículos que hemos adoptado:

Manta cruda de algodón, indianas o gasas, madapolanes, driles de algodón, driles de lino, casimires de lana, rebozos de algodón, rebozos y chales de seda, sombreros de fieltro, calzado de cuero, harinas, frijoles, arroz, maíz, cacao, azúcar, sal común, carnes conservadas, quesos, jabones, petróleo.

Los aforos de estos pocos artículos, examinados con atención, bastan para demostrar que, salvo pocas excepciones, las cinco tarifas centroamericanas se encontrarían próximamente al mismo nivel, si hubiera de ser única la moneda en que hubiesen de cubrirse los derechos; por tanto, nos parece que fácil sería alcanzar un mutuo acuerdo para cinco comisiones técnicas que llegasen a emprender el estudio de nivelarlas, tomando en cuenta peculiaridades indispensables que acaso pudieran existir en cada República, a la vez que la cuantía de la renta aduanera que anualmente cada Estado debiese deducir de los derechos de importación y exportación, así como de los de puerto y navegación.

En cuanto a los derechos sobre la exportación, existen ciertos gravámenes aduaneros que recaen en algunos productos

(1) Ahora el 50 por 100.

naturales, y no hay uniformidad en las tarifas de esta especie.

Ciertamente que toda unión aduanera supone, por regla general, una merma en los intereses comerciales de los países que formen la unión; pero el interés superior, colectivo, queda a salvo. En la *Zollverein* alemana, los Estados del Sur, como hace notar el profesor vienés Eugen v. Philippovich, no se pudieron comparar ni con mucho a las ventajas que obtuvieron los Estados del Norte de la confederación alemana. No obstante, las ventajas de la *Zollverein* han sido grandes, y, desde el punto de vista político, de trascendental eficacia.

*
* *

Los esqueletos humanos fósiles que han sido identificados en la Argentina por el Dr. Florentino Ameghino, fueron encontrados a unos 60 kilómetros al Norte de Fecochea, en un punto situado entre la boca del arroyo La Mala Cara. La región de la costa en este punto es parecida a la costa medanosa atlántica de la provincia de Buenos Aires. Entre estos médanos hay grandes hondonadas o displayados, cuyo fondo o piso está constituido por el terreno pampeano, al descubierto por efecto de la denudación de las aguas pluviales, y sobre todo por la fuerte erosión que producen las arenas impelidas por los grandes vientos que con frecuencia soplan en la costa.

El displayado de terreno pampeano a descubierto tiene unos 200 metros de largo por unos 100 en su mayor ancho.

En los contornos del displayado, la arena movediza de los médanos reposa encima del pampeano, sin interposición de la capa de tierra negra reciente, de modo que no puede haber ninguna causa de error, ni mezcla alguna. Los pozos de donde se sacaron los esqueletos están excavados en el terreno pampeano *in situ* atravesado por filones de tosca, absolutamente igual a la que envuelve y también rellena muchos de los huesos humanos. De la tierra sacada de las excavaciones se recogieron todavía algunos fragmentos de los esqueletos, varios

huesos partidos longitudinalmente, y un instrumento hecho de un fragmento de hueso largo destinado al retoque de las lajas de piedra.

Toda la superficie del terreno estaba sembrada de piedras trabajadas, unas representando verdaderos instrumentos, y otras residuos y desperdicios de fabricación. Es la industria de la piedra hendida.

También había muchos fragmentos de escoria y algunos de tierra cocida.

Por fin, en toda la extensión del yacimiento había numerosos huesos fósiles, particularmente de animales jóvenes, de los cuales sólo se recogieron los restos indispensables para la determinación de las especies o de los géneros.

Esos restos se refieren a *Viscacia*, *Mastodon*, *Macranchenia*, *Equus?* *Auchenia* o género parecido, *Cervus*, *Scelidotherium*, *Myloodon*, *Megatherium*, *Sclerocalyptus pseudornatus*, *Glyptodon Munizi*, *Panochtus*, *Eutatus Seguíni*, *Dasypus*, *Tolypeutes*.

Los dos son de individuos, no sólo completamente adultos, sino ya próximos a la vejez, o sea alrededor de unos cincuenta años de edad. Uno, el de cráneo más completo, es incuestionablemente de mujer; el otro no presenta los caracteres femeninos tan acentuados.

Se trata, dice Ameghino, de una raza hasta ahora desconocida y de caracteres tan profundamente distintos y particulares, que la considero como una verdadera especie que designo con el nombre *Homo sinemento*.

Eran hombres muy pequeños, casi pigmeos, cuya talla aproximada calculo alrededor de 140 centímetros.

Todos los huesos del esqueleto indican no tan sólo una raza de talla muy pequeña, pero a la vez esbelta, no muy robusta, y, por consiguiente, de inserciones musculares poco desarrolladas.

Algunos huesos, como el fémur, el calcáneo y el astrágalo presentan caracteres propios muy particulares, pero su examen exigiría demasiado tiempo. Sólo vamos a ocuparnos de

los cráneos. Estos, de acuerdo con la talla, son muy pequeños. El femenino indiscutible tiene 186 milímetros de diámetro anteroposterior y 121 de diámetro transverso, lo que da un índice cefálico alrededor de 72. El fenómeno probable tiene 174 de diámetro anteroposterior y 130 milímetros de diámetro transverso, medidas que corresponden a un índice de 74. Ambos cráneos son, pues, netamente dolicocefalos. En cuanto a la forma general del cráneo, no se nota nada de extraordinario. Visto de arriba, presenta un contorno algo ovoide, pero con el mayor ensanchamiento transversal colocado muy atrás, y la región frontal muy angosta, de manera que hasta cierto punto reproduce la forma *byrsoide* de la nomenclatura de Sergi. La apófisis mastoidea es muy pequeña, y todas las inserciones musculares son poco desarrolladas. No hay un *torus occipitalis*, y el inion es apenas prominente. La bóveda del cráneo es más bien baja que alta, y la frente es regularmente convexa y sin visera. No hay bureletes suborbitarios; pero, a pesar de eso, hay una depresión transversal regularmente acentuada, que se extiende de una a otra apófisis orbitaria del frontal. El frontal es corto y ancho, con la sutura coronal casi transversal; esto es, poco oblicua hacia adelante y poco arqueada hacia atrás. La glabella en su parte inferior no presenta inversión hacia atrás, de modo que el nasion no estaba colocado en una depresión, en lo que concuerda con *Homo pampaeus* y *Diprothomo*. Las órbitas son profundas, y a juzgar por el cráneo más completo, son más altas que anchas, carácter primitivo que ya conocemos en el *Homo pampaeus*. El rostro es bastante prognato, pero este prognatismo es debido casi exclusivamente al maxilar, que avanza mucho hacia adelante.

Las particularidades más notables de estos cráneos consisten en el aparato dentario y en la conformación de la mandíbula.

Los dientes, en proporción del tamaño del cráneo, son pequeños, bien conformados y gastados horizontalmente, todos al mismo nivel. Los caninos son más o menos del mismo ta-

maño que los incisivos y los premolares, y la corona no sobresale más arriba de los dientes contiguos. Las muelas verdaderas disminuyen gradualmente de tamaño de la primera a la última, siendo la primera notablemente más grande que la segunda. Esta diferencia de tamaño es todavía más notable en las muelas inferiores. La última muela inferior no existe ni hay vestigios de que nunca haya existido. Se ha partido la mandíbula al nivel del borde posterior de la última muela existente, y el tejido óseo es perfectamente normal, sin el menor vestigio de que haya habido un alvéolo atrofiado u obliterado correspondiente a la última muela. En la implantación de los incisivos, caninos y premolares superiores hay una pequeña inclinación hacia adelante, produciendo un pequeño prognatismo dental y subnasal. En la mandíbula inferior los mismos dientes están implantados, no inclinados hacia adelante, sino hacia atrás; es decir, que la mandíbula, en vez de ser prognata, es ortognata o más que ortognata, ultra ortognata. Este carácter es tanto más sorprendente, cuanto la mandíbula carece en absoluto de prominencia mentoniana, reproduciendo en este punto la conformación de las mandíbulas, de la Naullette, Spy y Krapina, clasificadas como pertenecientes a *Homo primigenius*.

El nuevo tipo de hombre del pampeano de la laguna Mala Cara difiere de *Homo sapiens* por el mismo carácter, en una forma todavía más acentuada, de modo que no puede incluirse en la misma especie. Difiere también de *Homo primigenius* por la ausencia de prognatismo, por la conformación más humana de la dentadura, y la conformación absolutamente distinta de la región anterior del cráneo. Se trata, pues, de una nueva especie de hombre que designa Ameghino con el nombre de *Homo sinemento*.

Con ésta tenemos en la formación pampeana, sin tomar en cuenta el *Homo sapiens* de los estratos más superiores, cuatro especies distintas de homínidos: *Diprothomo platensis*, *Homo pampaeus*, *Homo caputinclinatus* y *Homo sinemento*. Estas cua-

tro especies presentan entre ellas diferencias mucho mayores que las que observamos entre las razas humanas actuales las más distintas unas de otras. Esto no sólo comprueba las diferencias específicas, sino que también aporta una nueva comprobación del origen suramericano del hombre, puesto que es acá en donde ha adquirido su mayor diversificación y tuvo su mayor número de representantes específicos.

Pero en *Homo primigenius*, la ausencia de mentón está acompañada de un fuerte prognatismo de la región alveolar anterior, y de los dientes que en ella se implantan, especialmente los incisivos y los caninos; además, estos dientes son proporcionalmente de mayor tamaño, y el canino más fuerte y de corona más alta que la de los dientes contiguos.

Esta conformación en *Homo primigenius* ha sido interpretada como sumamente primitiva, como un carácter simiesco heredado de los antropomorfos.

Es sabido que hace años combato esta manera de ver, dice Ameghino. Para mí, el tipo de Neanderthal, u *Homo primigenius*, representa una especie extinguida, sumamente especializada en la vía de la bestialización. El gran prognatismo dentario que lo caracteriza, así como la ausencia de mentón, serían caracteres adquiridos secundariamente. Sostengo que el tipo homínido primitivo presentaba una dentadura ortognata, sin grandes caninos, y con la cara anterior de la sínfisis mandibular, recta o casi recta.

El descubrimiento de este nuevo tipo fósil viene a echar por tierra de una manera definitiva la teoría de la descendencia simiesca del tipo de Neanderthal. Si ésta fuera exacta, la ausencia de mentón debería siempre estar acompañada de un gran prognatismo dental. Acá tenemos el caso completamente contrario. La ausencia de mentón está acompañada de una dentadura implantada verticalmente, de un ortognatismo tan perfecto como en las razas humanas actuales más elevadas. La teoría de que el tipo de Neanderthal es un intermediario filo-

genético entre el hombre y los antropomorfos queda, con sólo este hecho, derrumbada.

El nuevo tipo actual, por estos caracteres, representa una forma anterior a la de Neanderthal, u *Homo primigenius*.

Desde el punto de vista taxonómico, *Homo primigenius* se distingue de *Homo sapiens*, principalmente por la ausencia de mentón.

En Santiago del Estero (Río Hondo) se han descubierto cráneos y huesos fósiles de dos razas de hombres muy distintas: una fuerte y de gran talla, que no parece alejarse mucho de la forma normal, y otra, muy pequeña, que parece presentar algunas relaciones con los negritos (?). En Necochea se han recogido nuevos ejemplares del *Homo pampaeus*. Al Norte del Moro, frente a la laguna Mala Cara, a unos 60 kilómetros al Norte de Necochea, en el pampeano antiguo, se acaban de descubrir dos esqueletos con sus cráneos pertenecientes no a una raza, sino a una verdadera especie extingnida, de talla reducida, con sólo cuatro muelas inferiores en vez de cinco (falta la posterior) y una mandíbula sin barba o mentón sobre el tipo de las de Spy y de Krapina. Y en el pampeano superior del arroyo Siasgo se ha descubierto el esqueleto de un tipo humano, sumamente primitivo, tan simioideo o quizá más simioideo que el *Homo pampaeus*.

El *Homo caputinclinatus* le describe así Ameghino:

Se trata de un esqueleto humano fósil, encontrado en Enero de 1911 por el naturalista viajero del Museo Nacional, señor Carlos Ameghino, en las barrancas del arroyo Siasgo, a unos 300 metros de la casa-estancia «La Georgina», del señor Jorge M. Méndez, en el partido de Ranchos, cerca de la estación Villanueva, del ferrocarril del Sur.

Con el objeto de comprobar la posición que ocupaba el esqueleto, visité la localidad a mediados de Marzo último.

El arroyo Siasgo es un afluente poco caudaloso de la margen izquierda del Río Salado, que corre de Norte a Sur con una pequeña inclinación hacia el Este.

Antes de llegar al Salado, al que penetra por una zanja muy angosta, el cauce o valle del Siasgo se ensancha de una manera extraordinaria, formando una profunda cuenca de 4 kilómetros de largo por cerca de 2 de ancho. Esta cuenca, hoy seca, fue en época muy reciente un lago, que se ha desecado, desaguando en el Salado.

Esta cuenca está limitada al Este por una barranca de unos 8 metros de elevación, contra la cual batían las aguas del lago. Esta barranca forma parte de un trozo de la antigua y alta meseta que en otros tiempos separaba el Siasgo del Salado, y cuya parte más elevada ya ha desaparecido.

El terreno de esta meseta está constituido por una capa de tierra vegetal de unos 50 centímetros de espesor, que pasa gradualmente a un loes eólico muy suelto, de color pardo rojizo, el cual se vuelve algo más compacto hacia abajo.

Este depósito de la barranca del Siasgo fue magistralmente descrito por Burmeister en 1863, quien encontró en él muchos fósiles que se conservan en el Museo Nacional de Buenos Aires. Una coraza de *Glyptodon*, casi completa, se encontraba, dice Burmeister, a sólo un pie de profundidad de la superficie del suelo.

El esqueleto humano se encontraba sepultado en este depósito de loes no removido, a una profundidad de 1^m,80 de la superficie del suelo, a mayor profundidad que muchos restos de *Glyptodon*, *Sclerocaliptus*, *Eutatus*, etc., que hemos recogido en la misma localidad.

El esqueleto se compone del cráneo, al que falta la mandíbula y la parte facial debajo del frontal, varios huesos largos, muchas vértebras y costillas, el sacro, la cadera y varias articulaciones de los pies, entre otras, el astrágalo casi intacto.

Los huesos largos indican que se trata de un individuo todavía joven; comparados con los del hombre actual, corresponderían a un individuo de diez y seis a diez y ocho años. Se trata además de un individuo de talla muy reducida, probablemente no mayor de 1,40 metros.

Los huesos del esqueleto presentan particularidades muy notables, de las cuales por ahora sólo mencionamos la forma de la superficie de la faceta articular ectal del astrágalo, que no es profundamente cóncava como en el hombre actual, sino mucho más plana; y la forma del fémur, cuya línea áspera es apenas visible, y presenta hacia la mitad de su largo una sección transversal casi circular, como en el fémur de muchos monos.

El cráneo es excesivamente pequeño y muy dolicocefalo. Tiene un diámetro antero-posterior máximo de 169 milímetros y 115 milímetros de mayor diámetro tranverso, lo que corresponde a un índice cefálico aproximadamente de 68.

Es muy bajo en la parte anterior y sumamente alto en la parte posterior, de modo que el vértex viene a caer muy atrás del bregma más o menos en los dos tercios posteriores de los parietales, en lo que coincide con el *Homo pampaeus*.

La capacidad craneana no pasa de 1.000 centímetros cúbicos.

En la parte posterior no hay un «torus occipitalis»; la región inial no es saliente, sino redondeada, y todas las inserciones musculares son muy poco desarrolladas. Las suturas son sumamente simples, casi rectas, incluso la lambdoidea. Las apófisis mastoideas son sumamente pequeñas. La región frontal, muy deprimida, se levanta gradualmente hacia atrás, y la bóveda craneana continúa levantándose en esa forma hasta el vértex que, como lo he dicho, se encuentra colocado en los dos tercios posteriores de los parietales. El frontal es muy notable por su forma alargada y estrecha, en lo que presenta un notable parecido con la conformación propia del *Diprothomo*. En línea recta, sin tomar en cuenta la curva, tiene 106 milímetros de diámetro antero-posterior y 98 milímetros en su mayor diámetro transverso. El enangostamiento post-orbital es muy poco acentuado; el diámetro transverso mínimo en este punto, siendo de 91 milímetros, sólo 7 milímetros menos que el diámetro transverso máximo. De esto resulta que la parte

anterior de la frente es proporcionalmente muy ancha, en lo que difiere en absoluto del *Homo pampaeus*, que es al contrario de región frontal anterior sumamente estrecha. La frente de este cráneo aparece así no sólo muy larga y angosta atrás, pero también de un contorno rectangular muy característico. Todo el frontal aparece arqueado de delante hacia atrás, formando una curva convexa no muy pronunciada, pero sí muy regular. Esta regularidad se extiende también a la parte anterior super-orbital, que no tiene vestigios de bureletes, sub-orbitarios, ni de la depresión transversal que los acompaña, pero las protuberancias frontales son bien aparentes.

De la depresión post-glabeular tampoco quedan vestigios visibles, ni hay tampoco visera. La glabeula no es saliente, pero se encorva notablemente hacia abajo. La parte inter-orbitaria de los frontales desciende notablemente muy abajo del borde superior de las órbitas, pero su borde inferior no presenta inversión hacia atrás; de modo que el nasion no estaba colocado en una depresión transversal, como en el hombre actual; por este carácter, este nuevo tipo de hombre concuerda con *Diprotomo* y *Homo pampaeus*. La superficie de inserción de los nasales es única y sencilla, pero ancha, alta, muy extendida y con las rugosidades de inserción formando protuberancias no alargadas de arriba hacia abajo, sino irregulares, y cuyos puntos más salientes se encuentran en la misma dirección del prolongamiento frontal inter-orbitario, de donde es dado suponer que los huesos nasales seguían también la misma dirección.

Una conformación particular es la de las órbitas; a juzgar por la parte superior existente, de borde muy arqueado, parecen haber sido notablemente más altas que anchas, tal como sucede en *Homo pampaeus*. Además, son *excesivamente* superficiales el tabique óseo del fondo de las órbitas, formando con la superficie externa de la región anterior del frontal un ángulo casi obtuso; son mucho más superficiales que en *Diprotomo*.

La parte posterior del cráneo no es menos singular. A la primera ojeada salta a la vista que el agujero occipital está colocado más hacia atrás que en el hombre actual. El hueso occipital, en vez de prolongarse por un largo trecho detrás del *foramen magnum*, en una forma más o menos horizontal, como es la regla general, asciende rápidamente hacia arriba, apareciendo el agujero como colocado casi en la parte posterior del cráneo, y en una forma más acentuada que en muchos monos.

La orientación que tuvo el cráneo en vida es un problema interesantísimo y de solución precisa muy difícil.

Es indudable que la frente es muy fuyente o deprimida. En casos parecidos, algunos antropólogos muestran una tendencia a levantar el cráneo detrás e inclinar la frente hacia abajo, con lo que obtienen la ilusión, simplemente la ilusión, de que ésta sea menos fuyente, porque en realidad, su elevación, con relación a las órbitas y al bregma, no sufre modificación alguna. Si quisiera aplicarse este procedimiento al cráneo en cuestión, levantando el frontal desde atrás e inclinándolo hacia abajo adelante, la frente haría la ilusión de ser más levantada; pero el agujero occipital se encontraría transportado en la parte más posterior del cráneo y dirigido parcialmente hacia atrás, carácter simio todavía más notable que el de la frente fuyente.

Si, por el contrario, levantamos el cráneo hacia adelante de manera a hacer rotar la parte postero-inferior hasta dar al agujero occipital una posición próxima a la normal, entonces tenemos toda la extensión del frontal mirando hacia arriba en un plano casi horizontal; tendríamos un cráneo completamente desprovisto de frente. Por otra parte, el agujero occipital, en vez de estar dirigido directamente hacia abajo, miraría en parte hacia adelante. Es claro que también esta posición es imposible.

Quedaría un tercer jalón o punto de partida; la dirección del borde posterior de la apófisis mastoidea que en el hombre

actual se inclina constantemente hacia adelante, formando con el plano horizontal un ángulo agudo que puede variar desde 40 hasta 70 o más grados. También en este caso obtendríamos una posición imposible, pues el frontal quedaría en posición casi horizontal y el agujero occipital estaría parcialmente dirigido hacia atrás.

Hay además otra conformación que hace imposible esta orientación, y es la posición absolutamente superficial de las órbitas en las cuales no podría encontrar colocación el glóbulo del ojo, por pequeño que fuera.

Para obtener una orientación que se aproxime a que tuvo en vida, no queda otro recurso que guiarse por las órbitas, inclinando el frontal hacia abajo todo lo suficiente para que las cavidades orbitarias presenten una profundidad bastante para que quepa en ellas el glóbulo del ojo. En esta posición el frontal, aunque poco elevado, se inclina bastante hacia abajo, las apófisis mastoideas caen casi verticalmente, y el agujero occipital queda muy atrás, en una posición más posterior que en un considerable número de monos. Además, la parte más alta del cráneo, o vertex, que ya hemos visto está colocada muy atrás, cae encima del agujero occipital, confirmando que ésta debe ser la posición que el cráneo tuvo en vida.

Pero un cráneo con una frente fuyente dirigida hacia abajo y un agujero occipital colocado casi en la parte posterior del cráneo, indica una cabeza que en vida debía presentar un notable grado de inclinación hacia abajo. Es por esta razón que designo esta especie ahora completamente extinguida, con el nombre de *Homo caputinclinatus*.

*
* *

El bálsamo del Perú viene de la República de El Salvador. Esta paradoja es una pequeña ironía de la tradición, pero el término se ha implantado de un modo tan firme en nuestro

lenguaje, que no hay corrección que pueda cambiarlo nunca.

La República de El Salvador sólo tiene costas en el Océano Pacífico, y de consiguiente, sus productos se exportan por ese lado. Al tener que pasar estos productos por el Istmo de Panamá, como ha sucedido por más de trescientos años, los cargamentos se confunden con los que llegan del Perú (Sur-América). De aquí que se llame «del Perú» al bálsamo de El Salvador. Esta costa es rica en selvas y en recursos agrícolas; pero se la conoce principalmente por el árbol cuyo jugo da el famoso bálsamo.

La costa balsámica se extiende a lo largo de la vertiente pacífica occidental de El Salvador, entre los puertos de Acajutla y La Libertad, distantes uno de otro escasamente 40 millas; y, tomando en consideración una corta distancia, en ambos lados, en donde se encuentran aún árboles de bálsamo, los límites extremos de la región en donde está reconocido que se les encuentran distan entre sí solamente 50 millas. Concediendo que esta faja de tierra tenga, desde la costa, una profundidad de 15 millas hacia el interior (lo cual es apreciar muy liberalmente las cosas), existe a lo sumo un área de 750 millas cuadradas, en donde se explota el árbol. El por qué la Naturaleza restringe y limita de este modo sus trabajos de producción, es un problema que debe tener mucho interés para los botánicos.

Como en el tráfico primitivo se mandaba este bálsamo dentro de cortezas de cocos, se le llamó «bálsamo de cocos», y finalmente, para darle un nombre que indicara con más acierto el lugar de su origen, se le ha llamado «bálsamo sonsonatense», a causa de que el comercio del bálsamo se ha hecho principalmente en la ciudad de Sonsonate.

El árbol de bálsamo es de la familia de las leguminosas, y de consiguiente, tiene parentesco con los guisantes, frijoles y acacias. Su más exacta denominación es *myrospermum* (*peruiferum* es un nombre inadecuado que debemos omitir), o *myroxylon Pereirae*; el antiguo nombre indígena era *Hoitziloxitl*, sea cualquiera el significado que haya podido tener esta pala-

bra. Sin embargo, los hombres de ciencia de la República prefieren una nomenclatura bien definida, y han aceptado expresamente la designación de *myrospermum sonsonatense*, o mejor aún, *myrospermum salvadoreense*, como más apropiado para todas las ocasiones. Desean también que se le conozca con el nombre popular de «Bálsamo del El Salvador», o de Sonsonate.

El árbol de bálsamo es uno de los más hermosos que se pueden ver en una selva tropical. Puede encontrársele, en su estado natural, en grupos distribuido ordenadamente, como si los hubiese arreglado la mano del hombre; pero, por regla general, crece bastante alejado de los de su especie, y aun separado de sus vecinos a respetuosa distancia. Su apariencia es la de un árbol grueso, que, en completo desarrollo, mide más o menos un metro de diámetro (40 pulgadas próximamente); su copa se eleva hasta una altura de 25 o 35 metros (de 80 a 115 pies). El tronco es cilíndrico; la corteza algún tanto grietada, de color grisáceo o ceniciento, con erupciones blanquecinas, debido a las parásitas que se le adhieren. Pocas ramas salen del árbol antes de llegar a la altura de la copa; pero las robustas raíces, y esto especialmente en los árboles viejos, se extienden a lo largo de la superficie del suelo antes de hundirse finalmente hacia dentro. La corteza de las ramas grandes y chicas es también de color gris o rojizo, y cubierta con numerosas manchas pequeñas, duras y blancas, que aparecen excrecencias; la madera exterior es blanca; la interior es roja o casi negra y extraordinariamente dura; como también es muy durable y fuerte, forma un material espléndido para trabajos de construcción y ebanistería.

Las flores de este árbol salen de un tallo que tiene unos 10 centímetros (4 pulgadas) de largo, con numerosas florescencias. El fruto es una vaina amarillo-pálida, membranosa y plumosa, que generalmente no tiene más que un hueso o semilla. Las flores brotan cada año en Febrero y Marzo, y las semillas pueden usarse para sembrar; pero si el árbol ha de ser cultiva-

do, es mejor recoger los pequeños retoños que crecen espontáneamente alrededor del tronco padre, y trasplantarlos al lugar destinado para el efecto, poniéndolos a una distancia mínima de 4 metros (de doce a trece pies) uno de otro. El tiempo más a propósito para esta operación, es a principios del invierno. Generalmente, sin embargo, se utilizan los árboles que crecen en estado silvestre, y aunque ya se han hecho plantaciones de ellos en El Salvador y en Nicaragua, esto es la excepción de la regla, porque los árboles crecen muy despacio, y no comienzan a dar bálsamo antes de los veinticinco o veintiséis años, y la generación presente no tiene mucho interés en sembrar para que recoja el fruto de sus trabajos la generación que sigue.

Aunque el árbol tiene siempre jugo durante todo el año, lo tiene más abundante en la estación seca, y por esta razón, las cosechas se hacen durante el verano.

La fruta es insignificante; bastante pequeña, de color amarillo, y tiene generalmente sólo una semilla. Esta puede usarse para sembrar; pero es mejor usar para el efecto los retoños que crecen al azar alrededor de la base del tronco padre.

El jugo balsámico no sale continuamente ni con facilidad. Es, pues, necesario tener un medio para lograr que sea absorbido antes de que se seque o se ensucie mientras está expuesto al aire. El que emplean los nativos es aplicar un trapo limpio a la herida que abren en la corteza del árbol. La tela absorbe rápidamente el jugo cuando éste sale, y entonces se cambia por otra que esté seca.

La pequeña estación de Bebedero, sobre la línea del ferrocarril de El Salvador, a 36 kilómetros (22 millas) del puerto de Acajutla y a 69 kilómetros (43 millas) de la capital de la República San Salvador, es uno de los lugares más apropiados para enviar el bálsamo al exterior. El bosque de bálsamo está al Sur del pueblo, a corta distancia, y a caballo se llega a él en una hora sin dificultad.

Cuando llega la estación seca, el nativo elige su árbol, y durante el período de luna nueva lo prepara debidamente para

sacarle el jugo (porque los nativos siempre comienzan sus labores de acuerdo con las fases de la luna, lo cual, por alguna razón desconocida, les da frecuentemente buenos resultados). Comienza golpeando o raspando la corteza con una piedra o con cualquiera otro instrumento sin filo, alrededor del tronco, de la manera que mejor le parece, y en algunos casos golpeando de abajo arriba desde cerca del suelo. La contusión hecha así tiene por objeto separar la corteza exterior, dejando expuesta la copa segunda o interna. La abertura hecha así se llama «ventana», y se trata de hacerla rectangular, de 25 a 28 centímetros de alto por 15 o 16 de ancho (10 u 11 por 6 o 7 pulgadas.)

De esta parte tierna transpira, después de un período cuya duración varía entre cinco y ocho días, el jugo maduro del árbol, y este último no parece resentirse de la mutilación que se le hace. Brota lenta, pero seguramente, pudiendo recogerse le sin que se ensucie.

El método más popular para sacar el jugo consiste en aplicar a la «ventana» un trapo, del tamaño que convenga, para cubrirla bien, y de calidad lo bastante absorbente para recoger todo el líquido que salga. El método adoptado por los colectores de hule y chicle, que consiste en poner pequeños receptáculos que recojan el jugo que brota de la herida, no es aceptado por los balsameros. El trapo que se pone en la «ventana» debe estar extremadamente limpio, porque de otro modo no se consigue que brote debidamente el jugo, y además la suciedad dificulta la parte posterior del procedimiento.

Al fin de un período incierto, que varía entre ocho y diez días, según el tiempo que haga, cesa el flujo, que necesita ser estimulado nuevamente por una «segunda irritación». Esta se consigne aplicando calor al árbol con una antorcha encendida, prefiriéndose para ésta la mejor clase de madera que pueda obtenerse, por ejemplo, el laurel. Se necesita ser muy diestro para aplicar el calor debidamente y conseguir el fin que se persigue, porque si la antorcha se aproxima demasiado, el bálsamo se incendia y hay riesgo de que todo el árbol sea des-

truído por el fuego. El calor se aplica cada dos meses y entre cada dos estimulantes o «quemaduras» de esta clase hay que cambiar cinco o seis trapos. Puede obtenerse también una colección final de jugo raspando la herida y las varias capas de corteza hacia adentro, y cociendo con agua esta corteza después de pulverizarla.

La vida del árbol balsámico es, poco más o menos, de un siglo. La extracción del jugo comienza a la edad de veinticinco años, y puede continuarse indefinidamente, a no ser que afecte al árbol algún accidente imprevisto. La cosecha anual comienza en Diciembre y dura hasta Junio; pero cuando llueve muy poco puede proseguirse durante todo el año. La producción disminuye en Febrero y Marzo, cuando el árbol está en floración, y durante este tiempo hay que cuidarlo. La experiencia ha demostrado que el costurón causado por una contusión queda curado al cabo de un año, pero el que causa una incisión necesita tres años para su cicatrización completa. Todos estos puntos son del dominio de los balsameros, quienes discuten animadamente sobre el particular, cada vez que se presenta alguna duda, como lo hacen los que se ocupan del cultivo de la caña, del maíz y del café.

No está demás dar una breve explicación de la manera de sacar el bálsamo que empapa los trapos aplicados a las «ventanas» de los árboles. Al quitar del palo estos trapos, se les echa en agua hirviendo, y luego se les oprime usando redes compresoras que para el efecto fabrican los salvadoreños nativos. El bálsamo crudo se exprime vertiéndolo dentro del agua caliente, donde no flota, sino que cae al fondo. Después de esto, se quita el agua. Se puede echar los trapos de uno o más árboles, hasta doce de estos últimos, en un caldero u otro receptáculo de agua, en donde se les pone a cocer durante media hora; algunas de las impurezas se elevan durante el cocimiento a la superficie del agua, de donde se las retira, pero el bálsamo queda todavía detenido entre el tejido de la tela, y los lienzos se echan entonces (debiendo estar a la temperatura del

agua hirviendo) en una especie de prensa de carácter primitivo, compuesta de una pequeña malla o red, que se hace de cordón o de trencilla. La red está arreglada de manera que quedan ojales en la orilla exterior de su tejido, y por medio de ellos se suspende la misma red en estacas colocadas al efecto, mientras una barra pasa por otro ojal preparado, sirviendo de palanca para comprimir la red haciéndola girar.

Al ser comprimidos los trapos, el jugo transpira y cae al fondo de la caldera que hay debajo, porque el peso específico del bálsamo es mayor que el del agua. El licor que queda encima del bálsamo puede verse luego, quedando solamente lo que se llama «bálsamo bruto», que tiene que ser purificado todavía nuevamente antes de enviarlo al extranjero.

En este estado bruto es entregado el bálsamo por el colector al negociante, quien da por él el precio que así merece, y lo toma desde ese momento a su cargo, y asume toda la responsabilidad del negocio, dependiendo su ganancia de la excelencia del artículo y del estado de los precios del mismo.

Cuando el comerciante recibe el bálsamo no depurado, lo pone en una tina debajo de la cual se mantiene encendido un fuego no muy vivo; conforme se calienta el líquido glutinoso, el agua se va evaporando y las impurezas orgánicas se acumulan gradualmente en la superficie. La masa debe mantenerse en movimiento casi continuo, en parte para ayudar a la evaporación; pero principalmente para impedir una ebullición repentina de la substancia, que podría ser desastrosa, porque si se la hace hervir hasta rebosar, se perdería una cantidad, y si se incendia, se destruiría más, y el resto perdería mucho en calidad.

Después de estar concluída la depuración, se vierte el líquido en latas rectangulares, cada una con capacidad para 55 libras de bálsamo, y por último, se le envía a los Estados Unidos o a Europa. Hoy día es ya el bálsamo un artículo de comercio bien conocido, y a su llegada a las farmacias es muy poca la preparación que necesita para llenar su objeto en Medicina.

Un árbol de bálsamo bien cuidado rinde, por regla general, de tres a cuatro libras de jugo cada año; el mejor árbol, si se le cuida empleando conocimientos de agricultura moderna, puede rendir hasta ocho libras cada año y quedar todavía en buenas condiciones para la estación siguiente. Hay gran diferencia entre el método salvaje de destruir el árbol para sacar unas pocas libras más de jugo, y el principio moderno de conservación; pero la experiencia ha demostrado y enseñado que los mejores resultados se obtienen obrando con moderación, y, además, el Gobierno de El Salvador ha llegado a comprender que la agricultura científica es una gran ayuda para el enriquecimiento de las naciones, y no solamente fomenta la explotación productiva de los productos selváticos, sino que también está llevando a la práctica planes para trabajos de servicultura en áreas dentro del territorio de la República, cuyos bosques primitivos han desaparecido ya del todo.

Si aumenta la demanda del bálsamo, es probable que se harán más plantaciones, con métodos científicos, bajo la dirección del Gobierno.

El Salvador exporta anualmente unas 130.000 libras de bálsamo (en bruto). De esta cantidad se envían a Alemania unas 65.000 libras; a los Estados Unidos, casi 57.000, y a Francia 7.500. Hamburgo es el mercado principal, y las cotizaciones de allí fijan el precio mundial, que ha fluctuado entre 12 y 22 marcos por kilogramo (de 2,86 pesos a 5,24 pesos oro, por 2,2 libras). Como la cifra indicada representa el abasto para todo el mundo, y como la demanda crece siempre, el negocio es bastante bueno para todos los que tienen que ver con él.

El Gobierno de El Salvador ha decretado últimamente que por cada quintal en bruto (101,4 libras) que salga del país, se pague un peso (unos 0,40 pesos oro), como derechos de exportación. Esto tiende, naturalmente, a aumentar el precio del artículo.

El uso histórico, o mejor dicho prehistórico del bálsamo, era casi exclusivo para la cirugía. Aplicado a las heridas,

parecía tener un maravilloso poder curativo, siendo al mismo tiempo un antiséptico natural, incapaz de causar daño. Aun hoy, con todas las eliminaciones que se han hecho en las prácticas de la cirugía, y siendo un producto natural, no de laboratorio, el bálsamo muestra su afinidad allí donde fallan otras drogas. Es bueno para algunas enfermedades de la piel y para las irritaciones parásitas que afligen con tanta frecuencia a los habitantes de los trópicos, sean nativos o extranjeros. Su importancia hoy día, sin embargo, se debe al ingrediente particular que caracteriza el bálsamo, y al que se ha llamado «cinnamic acid». Las preparaciones de «cinnamic acid» han estado de moda en el tratamiento de la tuberculosis, y ciertamente, si por sus efectos se logra la curación de la tuberculosis, aunque sea en un caso, esta medicina debe ser atesorada como una de las grandes cosas con que ha contribuido al bien de la humanidad la flora de América.»

VICENTE GAY,

Profesor en la Universidad de Valladolid.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—CRÍTICA: Gazapos y planchas de escritores.—OCULTISMO: El conocimiento del porvenir.—PSIQUIATRÍA: La verbomanía.—IMPRESIONES Y NOTAS: Verlaine y su mujer.—Los comienzos de Francisco Coppée.—Lo que vale saber hacer una ensalada.—Los nombres y las cosas.—Un poeta anónimo del siglo x.

CRÍTICA

GAZAPOS Y PLANCHAS DE ESCRITORES.—Los disparates que vemos en un impreso son a veces debidos a torpezas o distracciones de los cajistas; pero tales erratas, graciosas y ridículas con frecuencia, son fácilmente corregibles: «El señor Tal acaba de ser *devorado* (condecorado) por el sultán de Marruecos;» «El rey de Siam y su séquito estaban alojados en el mismo *bocal* (local)»; El Consejo de Ministros se ha reunido para *delirar* (deliberar)», etc. No tratamos aquí, con Alberto Cim, de tales faltas tipográficas, sino de los verdaderos lapsus y disparates cometidos por los autores más empingorotados y famosos.

Las muletillas o lugares comunes hacen incurrir a los escritores descuidados en las más disparatadas combinaciones: «Penetramos en uno de esos bosques vírgenes en que *la mano del hombre* no ha puesto nunca *el pie*», «Su sombrero, abollado y desgarrado, no tenía ya *figura humana*,» etc. Con tales frases corren parejas los pleonasmos incorrectos, como «los recuerdos del pasado», «los previsores del porvenir», «sorprendido de im-

proviso», «la panacea universal», etc., en que suelen dar hasta los más conspicuos.

Un grado de incorrección menos frecuente, pero todavía bastante extendido, es el de los descuidos del tipo de estas frases: «Llevaba una chaqueta y un chaleco de cuadros con un pantalon *del mismo color* (Leopoldo Hapleaux);» «Tenía setenta años, y parecía de *doble* edad (Id.)»; Los dos adversarios fueron colocados a igual distancia *uno de otro*; «Con una mano le acarició los cabellos, y *con la otra* le dijo (Emilio Richebourg)».

Más graves son las cometidas por ignorancia: «Aquella aldea está situada en el centro del *triángulo obtuso* que forman las tres ciudades de Dijón, Chatillón y Langres (Richebourg)»; como si fuera posible la existencia de un triángulo obtuso, que forzosamente había de contener más de tres ángulos rectos, cuando es sabido que la suma de los tres ángulos de todo triángulo no vale más que dos rectas. «Aquel viejo, impotente e *ingambe*, no dejaba nunca su sillón», creyendo el autor, sin duda, que eso de *ingambe* quiere decir *sin piernas*, cuando es todo lo contrario, pues *ingambe* es vivaracho, ligero de piernas, ágil.

Calificada de perla del galimatías, cita Cim la famosa *frase del sombrero* del académico Patin: «Digámoslo de paso: aquel sombrero, muy clásico, llevado en otro tiempo por Orestes y Pílates, llegando de un viaje, cuyos amplios bordes ha descrito Calímaco en versos conservados, precisamente con motivo del pasaje que nos ocupa, por el escoliasta, que cada cual ha podido ver suspendido del cuello, y ostentándose en la espalda de ciertos personajes de bajorrelieves, ha apenado a Brumoy, que lo ha reemplazado con un quitasol.»

Engenio Scribe, en su discurso de recepción en la Academia, acusó a Molière de no haber hecho ni una sola alusión en sus obras a la revocación al edicto de Nantes. ¿Cómo había de hacerla, si Molière murió en 1673, y el edicto no fue revocado sino doce años más tarde, en 1685? Y sin embargo, la Academia

se tragó el discurso, sin percatarse de lo disparatado de la reconvención.

El príncipe de la crítica, Julio Janin, ha cometido tan «increíbles borricadas» (así las llaman Flaubert y Maupassant) como las siguientes, sin hablar del famoso *cardenal de los mares*, nombre dado por Janin a la langosta; hacer pasar el Ródano por Marsella; creer que Smirna es una isla; llamar al Atlántico «un lago francés»; confundir el Cannes de la *Cote d'Azur* con el *Cannas* de la batalla ganada por Aníbal; llamar a San Juan Crisóstomo, que nació en Antioquía, «un Bosuet africano»; acusar a Luis XI, que nació en 1423, de haber perseguido a Abelardo, nacido en 1079, cuatro siglos antes, etc.

Pero todavía gana a Julio Janin en inexactitud otro inmortal: Ernesto Legouvé. Apenas hay una cita en su *Arte de la lectura* que no esté truncada o falseada; se imaginaba que sabía *ad unguem* los versos de Corneille, Racine, Molière y LaFontaine, y los estropea a cada paso.

Hasta Víctor Duruy, el sabio historiador, deja escapar en su *Resumen de historia griega* este despampanante *lapsus*: «Los manantiales se agotan, y el torrente, furioso poco ha, corre en seco.»

Las distracciones de Víctor Hugo son numerosas. En las *Orientales* (I, 8), describe un islote que se funde y se borra «como un carámbano frío», como si hubiera carámbanos calientes; en la *Leyenda de los siglos* nos pinta la Tierra en tiempo de Booz «todavía mojada y blanda del diluvio», que, por lo menos, había ocurrido mil trescientos años antes, y luego pretende que Betania y Jerusalem están a tres días de marcha de distancia, cuando están a mucho menos de una hora, poniendo también en boca de Carlomagno la frase «estás soñando, como curial en Sorbona», cuando la Sorbona no se fundó sino cuatro siglos y medio después de la muerte de Carlomagno.

Alfredo de Musset, en sus *Primeras poesías*, nos muestra un pez, el esturión, «que levanta con su dorso el manto azul de

los mares y mira *en silencio* pasar el astro de las noches». ¿Cómo había de mirar un pez?

Para tropezón, fue bueno el que un cajista hizo dar al académico Bernier en sus versos a la memoria de Ponsard; Bernier había escrito:

*Tu mourus en pleine lumière
et la Victoire coutumière
t'accompagna jusqu'au tombeau.*

Tú moriste en plena luz,
y la victoria acostumbrada
te acompañó hasta la tumba.

Y en uno de los periódicos que reprodujeron el elogio fúnebre, salió así este párrafo:

*Tu mourus en pleine lumière
et Victoire, ta couturière,
t'accompagna jusqu'au tombeau.*

Tú moriste en plena luz,
y Victoria, tu costurera,
te acompañó hasta la tumba.

De Eugenio Scribe son los descubrimientos de las «máquinas redondas con cuatro esquinas», y otros no menos curiosos. «En los *cuatro ángulos* de la *redonda* máquina—un viejo soldado sabe sufrir y *callarse—sin murmurar.*»—«Se reemplaza un mando—más fácilmente que un padre.»—«Me gloriaré sin cesar—de haber podido *matarlo vivo.*»

Clovis Hugues ha hecho también otro descubrimiento: el de un todo compuesto de tres mitades. «¡Cómo! Porque un bribón que se adelanta arrastrándose—mitad tigre, mitad chacal, mitad serpiente...» Puede juntarse con el de Eugenio Labiche al afirmar que las «mujeres gustan apoyarse en un brazo que lleve una espada en su cintura».

OCULTISMO

EL CONOCIMIENTO DEL PORVENIR.—Flammarión ha publicado con este título, en *La Revue* de París, varios artículos, fruto de cuarenta años de observaciones, durante los cuales ha recogido cuantos datos ha podido hallar relativos a previsiones, sueños o visiones premonitorias y demás hechos relacionados

con el conocimiento del porvenir. De estos artículos entresacamos lo que estimamos más curioso, sin quitar ni poner, pues en estas materias ni afirmamos ni negamos; oímos, apuntamos y esperamos. Ni debe creerse todo lo que nos quieran contar, ni debe rechazarse de plano todo lo que nos aseguran, sin más razón que lo extraordinario de la cosa o la imposibilidad *actual* de explicarla.

«Valentina X***, de Forcalquier, afirma en carta a Flammarión, que el viernes, 13 de Julio de 1911, a las tres semanas de haber dado a luz su segundo hijo, y estando su marido en otro pueblo en busca de nodriza, había soñado que, hallándose en una ciudad desconocida, preguntó por la criada, y la dijeron, que «como era sábado, había ido a lavar»; la buscó y, al hallarla, la preguntó por su hijo Renato, y la criada contestó que lo había dejado arrimado a la pared; fué corriendo en su busca, y lo encontró desnudo, con el cuerpo negro como el hollín y con un agujero en la garganta, por donde salía la traquearteria. Su marido se burló del sueño, pero hacia las cuatro de la tarde, el niño fue presa de un violento acceso de tos; era el crup. Llamaron al médico, y a las dos de la mañana del *sábado* 14 de Julio, cuatro médicos se preparaban para hacer al niño la operación de la traqueotomía; el niño fue acostado desnudo en una mesa, le abrieron la garganta, le pusieron una cánula, y casi terminada la operación, se desprendió la tráquea del gancho que la sostenía y, ahogado por la sangre, el cuerpo del niño se puso negro; gracias a una fuerte dosis de ipecacuana, un golpe de tos hizo subir la tráquea, que quedó sujeta. —Valentina—la dijo el marido,—he ahí tu sueño de anoche, de que me burlé.

A. Regnier, padre de la famosa actriz, escribe a Flammarión que en 1869 soñó que era soldado, sufriendo todas las miserias de la vida militar, fatiga, hambre y sed, oyendo voces de mando, cañonazos y fusilería, todos los ruidos de la guerra; de pronto se vió en una aldea, donde tenía que sostener el ataque del enemigo, dragones badeneses, cuerpo que jamás

había visto; en cierto momento vió a un oficial subir a lo alto del campanario con un anteojo de campaña, y luego bajar, ordenando una carga a la bayoneta contra una batería prusiana, en cuyo momento, y cuando recibía un sablazo en la cabeza, se despertó, caído de la cama. Por entonces no se pensaba siquiera en la guerra. El 6 de Octubre del año siguiente, 1870, el sueño se realizó en todas sus partes y con todos sus pormenores.

Pablo Leroux, de Neoburg, dice que estando empleado, a los diez y siete años, en casa de un tío suyo en 1868, su tío le contó una mañana que había soñado que, estando en el umbral de su puerta mirando hacia la calle, había visto desembocar un ómnibus de la Compañía del Norte, que separó a la puerta, y del que se bajó su madre, continuando el coche con otra señora de negro con un cesto en el halda. Los dos se rieron de lo extravagante del sueño, pues no esperaban a la madre, que escribía siempre para que salieran a buscarla a la estación en un coche de punto, cuando iba a París desde Beauvais. ¿Cuál no sería su sorpresa cuando aquella tarde, estando su tío en el umbral, ve venir un ómnibus con dos señoras, una de ellas de negro y con un cesto en el halda, y la otra, la madre de su tío, que jamás había ido en ómnibus?

En su *Terapéutica sugestiva*, refiere el Dr. Liebault, de Nancy, que el 7 de Enero de 1886, a las cuatro de la tarde, recibió en consulta a un cliente, el Sr. Ch... en estado de nerviosidad inquietante. Seis años antes, picado por la curiosidad, había visitado a la famosa nigromántica Lenormand, que, después de estudiarle la mano, le había dicho: «Perderá usted a su padre dentro de un año, día por día; luego será usted soldado, pero estará usted poco en el servicio; se casará usted joven, tendrá usted dos hijos y morirá a los veintiséis años.» Ch... contó la profecía a varios amigos, riéndose de ella; pero su padre murió el 27 de Diciembre de 1880, al año justo de la predicción; después fue llamado al servicio, en el que sólo estuvo siete meses; se casó en seguida y tuvo dos hijos, y estaba

a punto de cumplir los veintiséis años. Como todo lo predicho había resultado exacto, Ch... temblaba de miedo y acudía a Liebault en súplica de socorro. El doctor trató de adormecer a Ch... para disipar su obsesión, pero no pudo conseguirlo por su extremada agitación. Entonces se le ocurrió llevarlo a la consulta de un sonámbulo, llamado el Profeta, y éste, a la pregunta de Ch... «¿Cuándo me moriré?» le contestó que «dentro de cuarenta y un años». El efecto fue maravilloso. Ch... recobró su buen humor, y se marchó lleno de esperanza. Pero el 30 de Setiembre de 1886, Liebault, que ya se había olvidado de aquella historia, recibió la sorpresa de la papeleta de defunción del pobre Ch..., muerto a los veintiséis años, como lo había predicho la señora Lenormand.

El venerable Federico Passy, de reputación mundial por sus campañas pacifistas y sus trabajos económico-sociales, subió con sus ochenta y nueve años los cinco pisos del cuarto de Flammarión para referirle el relato de un hombre tan escrupuloso como el cuáquero Esteban de Gallet, a quien la condesa Tuchkoff había contado que tres meses antes de la entrada de los franceses en Rusia hallándose ella con el general su marido en Tula, soñó que, estando en una fonda de una ciudad desconocida, había entrado su padre llevando a su único hijo de la mano, y la había dicho tristemente: «Tú dicha ha terminado: tu marido ha muerto en Borodino.» Este sueño se repitió tres noches seguidas, y la tercera la angustió tanto, que despertó a su marido y le preguntó: «¿Dónde está Borodino?» El general no lo sabía, y por la mañana se pusieron ambos a buscar el nombre en el mapa sin poderlo encontrar. Poco después el general fué nombrado para dirigir el ejército de reserva, y una mañana, antes de que los franceses entraran en Moscou, el padre de la condesa, teniendo a su nieto de la mano, entró en el cuarto de la fonda ocupado por la condesa, y con rostro tan triste como lo había visto en sus sueños, la dijo: «Ha caído, ha caído en Borodino.»

El 27 de Junio de 1894, estando en su cuarto por la maña-

na preparando sus exámenes del Doctorado de Medicina, en Lyon, el hoy Dr. Gallet, en compañía del hoy Dr. Varay, de Annecy, se sintió de pronto asediado por un pensamiento tan absorbente, que, para librarse de la obsesión, lo escribió en su cuaderno: «Casimiro Perier es elegido Presidente de la República por 451 votos.» Aquel día, en efecto, poco después, se celebraba la elección en Versalles; pero ni se pensaba apenas en Casimiro Perier, ni el estudiante era aficionado a la política, entregado por completo a su preparación. Lo raro del caso hizo que diera cuenta de su obsesión a su compañero Varay y luego a otros dos estudiantes, Bouchet, hoy médico de Cruseilles, y Deborne, hoy farmacéutico en Thonon; todos, como es natural, se rieron de él. La sorpresa fue cuando, a la caída de la tarde, comenzaron a circular los periódicos con los telegramas de París que anunciaban el resultado de la elección: «Casimiro Perier, elegido por 451 votos.» El Dr. Galley, que remite este relato a Flammarión, lo hace acompañar de los testimonios del Dr. Varay, del Dr. Deborne y del Dr. Bouchet, que confirman el extraño fenómeno, inexplicable por la telepatía, y sólo atribuible a una coincidencia inverosímil o a una lucidez maravillosa.

Los casos citados por Flammarión son muchísimos, pero no es cosa de reproducirlos todos, ni aun extractando su sustancia como lo hacemos. Concluyamos con el de Julio Pachén, sacerdote bretón, que en Diciembre de 1906 escribía a los *Annales des Sciences psychiques*: «En una aldea de Finisterre, el párroco, dicha la misa, sube a su habitación para guardar el cáliz; al bajar luego al comedor, se encuentra en la escalera con un cadáver que bajaban del primer piso. ¡Era él mismo en un ataúd que llevaban en hombros cuatro curas conocidos suyos! Presa de gran emoción, entra en el comedor, donde se hallaba su vicario. Este, al ver su palidez, le pregunta, y el párroco cuenta lo que le acaba de ocurrir. El vicario se encoge de hombros, pero el cura sostiene el hecho, y nombra los cuatro colegas que llevaban su féretro. Por la tarde, cantadas

vísperas, el cura arregla sus asuntos temporales y espirituales, cae enfermo y a los pocos días muere. El vicario anuncia la muerte, los párrocos vecinos acuden como de costumbre a rendir su último tributo al compañero difunto, y los cuatro que éste había visto se presentan para bajar el cuerpo al comedor, convertido en capilla ardiente.

Ni un comentario ni una explicación; el lector incrédulo se burlará de estas *chifladuras de sabios*, como Flammarión, Passy, Schopenhauer, Lombroso, Crookes y tantos otros; el lector crédulo tragará todos estos relatos sin la menor objeción. Nosotros ni creemos ni dejamos de creer; tomamos nota, y el tiempo se encargará seguramente de descorrer el velo de estos fenómenos como ha descorrido el de tantos otros que hoy nos parecen naturales y antes pasaron por maravillosos.

PSIQUIATRIA.

LA VERBOMANIA.—El profesor de la Universidad libre de Bruselas, Ossip-Lourié, ha publicado un interesantísimo libro sobre *El lenguaje y la verbomanía*, analizado por Andrés Chaumeix en la *Revue Hebdomadaire*, de París. El punto de partida del autor es la afirmación de que el lenguaje es normal cuando representa el pensamiento; pero es un estado morboso en cuanto deja de expresar ideas precisas, constituyendo entonces la enfermedad de la verbomanía.

La verbomanía es enfermedad tan antigua, que ya la Biblia la citaba; pero claro es que con el régimen parlamentario, con todas sus secuelas de mitins y de discursos hueros, ha llegado a su máximo desarrollo, pasando a revestir los caracteres de una verdadera *verborrea*, que es el nombre que conviene al caso, mejor que el de *verbomanía*, que le da Ossip-Lourié. Así como hay enanos y gigantes, hay individuos dotados de una facultad normal de hablar o de escribir, y donde sólo vemos nosotros un simple charlatán, Ossip-Lourié ve un estado patológico.

Hay verbómanos de todas clases y en todos los oficios y profesiones; la verbomanía además es contagiosa en alto grado, y por lo mismo que parece cosa inofensiva, se difunde sin que se trate de atajarla. Lo que hace peligrosa la verbomanía no es sólo el exceso del hablar, sino que el verbómano crea situaciones sin realidad, y cuanto más vivo de ingenio, más nocivo es, y cuanto más culto, más capaz de engañar o ilusionar. Y adviértase, añade Ossip-Lourié, que el desarrollo de la facultad de hablar nada tiene que ver con el desarrollo de las facultades intelectuales; hay afásicos que siguen pensando tan razonablemente como antes de perder el uso del habla. El verbómano puede ser hombre de talento, y hombre sin instrucción ni inteligencia. Si no tiene talento, su charla será objeto de mofa; si tiene talento, su verborrea será un arma de guerra para seducir y prosperar, pues el verbómano es, ante todo, «un inventor de fábulas»; inventa sensaciones, sentimientos, ideas que no tiene, y que sólo conoce por su expresión. Así puede suceder que las personas faltas de juicio tomen al verbómano por un gran talento.

El verbómano no se apura por cuestiones de principios, y sale del paso como puede, ofuscando y aturdiendo con su palabrería; sus discursos y sus actos revelan su anormalidad, pero sólo a los iniciados, que son rarísimos; la inmensa mayoría toma en serio como moneda de buena ley cuanto le viene a la boca. El verbómano es vanidoso, y no conoce timidez ni escrúpulos; está predispuesto a la mentira, no por maldad, sino por la inconsistencia de su organización mental. Esta predisposición, en su grado elemental, es humana; pero exagerada en el verbómano, se hace morbosa. Las palabras y las ideas no son por sí mismas verdaderas ni falsas; lo son con relación a lo real; y como esa relación tiene al verbómano sin cuidado, pues él tiene ante sí todo el campo de lo posible, elige en ese campo lo que le acomoda por el momento, y no se preocupa más.

Esta despreocupación de la realidad es el rasgo más curio-

so de la verbomanía, y Ossip-Lourié lo analiza profundamente. Un hombre que explica una cosa que existe o puede existir, lo hace con sencillez y precisión; el verbómano, al contrario, al hablar de cosas que no existen sino entre nubes de palabras, se gasta, se agita, hasta conseguir dar una existencia artificial a los objetos que describe; hecho este gasto de energía, ya no tiene el verbómano más que hacer. El apóstol de guante blanco y gaban de pieles que predica la abnegación, y vive a lo grande, y el político demócrata e igualitario que quiere privilegios para sí o para los suyos, son unos verbomaníacos, desequilibrados y egoístas, y en el fondo unos criminales.

La verbomanía, mal antiquísimo y universal, como el egoísmo o la lujuria, es un fenómeno social, alentado por la educación y fortalecido por la vida común, la conversación y los hábitos oratorios. Ossip-Lourié cita el caso de un estudiante, hecho médico sin haber visto jamás un enfermo (yo conozco tres casos semejantes, pero eso no es cuestión de verbomanía, sino de memorismo, librisimo y psitacismo), y el de un joven de diez y siete años, que en el mismo mes dió tres conferencias: una sobre Víctor Hugo y Nietzsche, otra sobre las ideas de Spencer, y otra sobre la aviación, cosa que en verdad nada tiene de sorprendente, dada la complejidad de nuestra instrucción, no sólo por los medios académicos, sino por el ambiente mismo (prensa, conversación, conferencias, exposiciones, cosas [vistas], que nos permite, casi sin esfuerzo, adquirir un grado de cultura, imposible en otros tiempos sin largos y profundos estudios.

No es la cantidad la mala, sino la calidad; se conocen y se usan muchas palabras, pero se emplean sin conocer su valor exacto. La transmisión puramente verbal del saber, en vez de infundir energía a los oyentes, les acostumbra a la pereza intelectual y a la fraseología vacía. La conversación es de ordinario la expresión de lo inexacto: se emplean términos abstractos cuyo contenido se ignora; se citan nombres propios y hasta ilustres sin saber lo que representan; se usan fórmulas que a fuerza de desgaste han perdido su valor; se echa mano de imá-

genes que no evocan nada por lo empañadas que el uso las ha puesto; se abusa del adjetivo y del superlativo, haciendo imposible toda fidelidad de matización; y sobre todo esto, se emborrana todo con una tinta gris de cortesía falsa que no permite a nadie hablar con sinceridad, o hace aparecer al que es sincero, como grosero o ridículo. Y no se olvide que, además, siempre es aplicable a la conversación lo que de ella decía La Rochefoucauld: «Una de las cosas que hace se encuentren tan pocas gentes razonables y agradables en la conversación, es que no hay casi nadie que no piense más bien en lo que quiere decir que en responder con precisión a lo que le dicen.» La conversación se reduce, de ordinario, a dos monólogos intermitentes.

De todos los verbómanos, charlatanes de plaza pública, peroradores de feria, reclamistas, etc., el más temible es el orador, y sobre todo el orador político. Para el orador lo importante es lo escogido de las palabras, la entonación, el gesto, el arte de presentar los hechos o las ideas; ninguno se cuida de la verdad, y a veces nada importa ni al que habla ni a los que escuchan. Los oradores, dice Ossip-Lourié, no son artistas, sino decoradores, y en el porvenir hay que confiar en que la oratoria dejará de figurar en la vida para refugiarse en el circo, donde figurará, como cosa curiosa, entre las gracias del payaso y las habilidades del malabarista y del acróbata. Entretanto, desgraciadamente, ocupa la tribuna de los Parlamentos y hace estragos en todas las naciones. Yo lo he dicho en verso, en una de mis poesías inéditas:

«¿Qué es en el fondo
nuestra política
sino contienda
vil y raquílica,
por la conquista
de alguna cumbre
en que a la Audacia
la Inepcia encumbra
de quien gritando
más, nos recrea
en un torneo

de verborrea,
cual si las lenguas
y los pulmones
de los Estados
fueran timones?
Con tan sofisticada,
necia teoría
vamos derechos
á la anarquía.
Bien que se lleven
los oradores

oro y aplausos
cual los tenores;
pero las cosas
saca de quicio
quien da carteras
por tal servicio;
que el buen gobierno
de las naciones
no es de palabras,
sino de acciones.»

¿Qué hacer contra los charlatanes? Los verbómanos son para Ossip-Lourié peligros permanentes para la sociedad. Les tiene su responsabilidad sin cuidado, y faltos de sentido moral, cometen delitos de esos que jurídicamente no son perseguibles por los tribunales, aunque sean mucho más graves que los delitos ordinarios. La sociedad debe combatir tan peligrosa plaga, que lleva la perturbación al país entero, desmoralizando la política, la hacienda y la administración de justicia, y transmitiendo el virus verborreico por contagio con mayores daños que los que causa el alcoholismo y la tuberculosis. Pero, ¿cómo se combate? Ossip-Lourié propone el aislamiento temporal de los verbómanos y las curas de silencio; pero eso es completamente impracticable. La verbomanía es incurable; lo que hace falta es educar desde la escuela a las nuevas generaciones en el desprecio del verbómano, hasta reducirle a su verdadero papel social: el de charlatán, desde la categoría del sacamuelas de feria, distracción de papanatas, hasta la de orador de mitin, de club o de Parlamento, distracción de personas cultas, incapacitándole para intervenir en la gestión de los intereses sociales, jamás confiados al éxito oratorio. Para esto, bastaría que los Parlamentos se transformaran, suprimiendo todo discurso; presentado un proyecto de ley, los representantes del país que hubieran de intervenir en su discusión se limitarían a exponer sus razones por escrito, en breves conclusiones, que serían leídas por turnos y contestadas tranquilamente del mismo modo en la sesión siguiente, sin apasionamientos, ni efectismos posibles. Todo así quedaría simplificado, y quedaría suprimida toda la actual tramoya, con sus golpes de magia, sus falsas reputaciones y sus aplicaciones indebidas a la gobernación del país y a la jefatura de los partidos. La cosa es difícil, pero no imposible, y ese es el único modo de sanear el corrompido y corruptor régimen parlamentario.

IMPRESIONES Y NOTAS

VERLAINE Y SU MUJER.—Fernando Vanderem ha contado en el *Figaro* la separación del matrimonio Verlaine. Es una aventura que no carece de sabor, y que contribuye no poco a reconstituir la fisonomía moral de aquel desdichado, ídolo de tantos otros extraviados del verdadero arte.

Habla la viuda de Verlaine, comfortable jamona al cabo de cuarenta años, sin apariencia alguna de tísica, como se creyó lo fuera en su juventud por su flacura y su palidez: «Volvía-mos del campo, de casa de mi marido, en Fampoux. Pasamos por casa de Lemerre. Mi marido encuentra allí una carta con versos firmados por Rimbaud. —Están muy bien, nos dijo. Enseña los versos a mi madre, a Carlos Cros, a Banville. —Están muy bien, dicen todos; hay que hacer venir a ese muchacho. Y escotan para pagarle el viaje. Habitábamos entonces, con mis padres, un hotelito en la calle Nicolet. Había en el ropero una cama de hierro, donde de cuando en cuando, mi hermano, Carlos de Sivry, daba hospitalidad a camaradas apurados. Se decide destinarla a Rimbaud. Mientras Verlaine va a buscarlo a la estación, Rimbaud llega. Espesas greñas encrespadas, mejillas regordetas, tez caldeada por el sol, lindos ojos, un pantalón demasiado corto; bastante huraño o tímido. Diez y siete años, la misma edad que yo tenía... Se habla... Desde aquel momento, Verlaine cambió mucho conmigo. Volvía al café, al aperitivo... Volvía malo.

«Yo era entonces muy joven, y me daba cuenta de que Rimbaud debía escribir muy buenas cosas, puesto que tanto le admiraban; pero, sin embargo, me decía que debía ejercer una mala influencia. En resumen: yo había tenido ya a mi hijo Jorge, y eso me consolaba un poco de las escenas, cuando una mañana me despierto con una neuralgia. Verlaine sale para ir a llamar al doctor Cros. Llega el medio día, y no vuelve; la noche, y tampoco. Durante cuatro días, mi padre revuelve

todo París en su busca. Se había ido con Rimbaud. Se había llevado todo su dinero, y digo el suyo, porque yo no tenía dote, sino sólo una renta. Los primeros días, yo estaba anonadada. Luego quise luchar. Tuve su dirección y le escribí, consiguiendo que me citara para Bruselas. Parto con mi madre, dejando el niño en París. Encuentro a Verlaine. Era por la mañana, en un hotelito, creo que el *Hôtel Liégeois*. Le suplico que vuelva a París. Se niega. Le propongo viajar. Se niega. Entonces se me ocurre una idea. ¿Y si fuésemos a Nueva Caledonia? Sí, allí abajo, en el presidio, tiene varios antiguos amigos de la *Commune*, Luisa Michel, entre otros. Habrá relaciones, se verá mundo. Eso parece seducirle, y pide hasta la noche para reflexionar.

»Por la tarde, á las cinco, le encuentro en un jardín público, cerca de la estación. Tenía el aire algo sombrío, como lo tenía frecuentemente después del café. Y en seguida me dice vagamente que acepta. Yo me vuelvo a mi madre.—¿Qué hay?—Que acepta.—¿Qué?—No lo he comprendido bien; pero aprovechémonos de que quiere partir; después, ya veremos. Se entra en la estación, y subimos al tren que sale para París. Se come pollo frío, y Verlaine no chista. Se echa el sombrero sobre los ojos y se duerme. Llega a la frontera, y nos bajamos para la aduana. Cuando despachamos, ¡búscate a Verlaine! Buscamos, llamamos. Nadie. Los empleados nos empujan para el tren. Yo estaba como loca. De pronto, en el muelle, muy tieso, ¿qué es lo que vemos? A Verlaine, que nos mira con ojos fijos.—¡Subid, subid aprisa, que el tren sale!, le grita mamá; Verlaine nos sigue mirando con ojos fijos, y dice:—¡Me quedo!—Y se da un golpe en el sombrero, hundiéndoselo hasta los ojos. Y no le he vuelto a ver más.

—¿Y después?—preguntó Fernando Vanderem.

—¿Después? ¡Oh! He sido muy desgraciada... Verlaine ha hablado en un poema de mi vocecita de tísica... Y es verdad, a fuerza de disgustos, me puse enferma del pecho. Durante cinco años, eso ha sido morir. Pero me he defendido por mi

hijo. Una vez tuvo la escarlatina, y jamás olvidaré mi desesperación. Mirad, en aquel momento precisamente, Verlaine obtuvo el venir a verle, a su hijo. Mi madre creía en un arreglo. Yo no sabía lo débil y voluble que era. Me quedé en la habitación inmediata, negándome a verle. E hice bien, pues jamás ha vuelto. Como sus cartas. Me escribía a más y mejor. Durante tres años las he guardado sin abrirlas. En una de ellas me decía: «Si a medio día no has vuelto a mí, me mato.» No la he leído sino tres años después. Evidentemente me quería todavía. Pero ¡tan voluble, os digo, tan terrible!... He querido olvidarlo... Y lo he conseguido... ¿Qué queréis? Sí, he querido olvidar...»

*
* *

LOS COMIENZOS DE FRANCISCO COPPÉE.—En un artículo sobre «Coppée y los parnasianos», exhuma Monval estos recuerdos de Catulo Mendes, en su *Leyenda del Parnaso contemporáneo*: «En nuestro saloncito de la calle Douai hubo un día un acontecimiento. Yo había recibido por la mañana, bajo sobre, un poema escrito con escritura magnífica y no firmado. Los versos me habían parecido notables, y por la noche, cuando nuestros amigos (Heredia, Dierx, Glatigny, Cladel, Isle-Adam, Merat, Valade, Lafenestre, Des Essarts, Sully-Prudhonunse) los leyeron a su vez, todo fueron exclamaciones de placer y de entusiasmo; allí había un verdadero poeta, aunque inexperto todavía. ¿Quién podía ser el autor de aquella pieza *Flores mortales*? En un rincón estaba Francisco Coppée, silencioso, como de costumbre; me hizo señas para que le siguiera a la habitación inmediata, y allí me dijo:—Yo soy el autor, pero no lo digáis.—¡Cómo! ¡Era él el poeta! Hacía versos y no lo decía! No pude contenerme, y todo fueron felicitaciones y apretones de manos. Yo me llevé aparte a Coppée, y le dije:—Dejadlos que digan. No es uno artista por algunas buenas estrofas. ¿Habéis hecho muchos versos?—Seis mil.—Traédme los mañana, todos.—Me los llevó, y los leí todos en una hora.—¿Qué

os han parecido?—me preguntó por la noche.—Amigo mío, todo eso es execrable. Estáis admirablemente dotado, pero no sabéis ni una palabra del oficio.—Enseñádmelo. Y sin molestarlo lo más mínimo por el rudo golpe de mi franqueza, echó al fuego los seis mil versos que me había traído.

*
* *

LO QUE VALE SABER HACER UNA ENSALADA.—La moda, en materia de ensaladas, como en materia de bailes, está hoy por los rusos, y hasta las revistas serias no vacilan en dedicar alguna página a la ensalada rusa, que no es otra cosa que una macedonia de legumbres, a la que se unen como accesorios, jamón, crestas de gallo, trufas, anchoas, langosta, corazones de lechuga, etc., acomodada con una mayonesa algo fuerte. A propósito de esta ensalada, Vesco de Kéréven recuerda una graciosa anécdota de Brillat-Savarin. El héroe, gentilhombre de buena cepa, completamente arruinado, era el caballero de Albignac, emigrado en Inglaterra a consecuencia de la Revolución. Brillat-Savarin cuenta a Gide la historia:

«Mientras acababa un succulento rosbief en una de las más famosas tabernas de Londres, donde se permitía el lujo de ir, a pesar del mal estado de su bolsillo, por ser de aquellos que tienen por sistema el comer bien con un solo plato, con tal de que sea bueno, cinco o seis jóvenes de las primeras familias de la capital se regalaban en una mesa inmediata; uno de ellos se levantó y, acercándose a Albignac, le dijo con el tono más cortés: —Señor francés, dicen que vuestra nación sobresale en el arte de hacer ensaladas; ¿os dignaríais favorecernos preparando una para nosotros?—Albignac accedió después de algunas vacilaciones; pidió todo lo que creyó necesario para hacer la obra maestra esperada; puso en ella todos sus cuidados, y tuvo la fortuna de quedar bien. Mientras estudiaba sus dosis, respondía con franqueza a las preguntas que le hacían sobre su situación actual; dijo que era emigrado, y confesó su pobreza,

no sin ruborizarse un poco, lo que autorizó, sin duda, a uno de los jóvenes a deslizarle en la mano un billete de cinco libras esterlinas, que aceptó después de una débil resistencia; había dado sus señas, y algún tiempo después quedó medianamente sorprendido de recibir una carta en que le rogaban, en los términos más políticos, que fuese a preparar una ensalada a uno de los más bellos hoteles, Grosvenor-square. Albignac, comenzando a prever alguna ventaja duradera, no vaciló un instante, y llegó puntualmente, después de haberse provisto de algunos nuevos ingredientes que juzgó convenientes para dar a su obra el más alto grado de perfección. Había tenido tiempo de pensar en su tarea; tuvo la fortuna de alcanzar otra vez éxito, y recibió una gratificación que no hubiera podido rehusar sin perjudicarse.

Los primeros jóvenes para quienes había trabajado, habían alabado hasta la exageración el mérito de la ensalada que había sazonado para ellos. La segunda prueba hizo todavía más ruido, y la reputación de Albignac se extendió prontamente; le designaron con el calificativo de *fashionable salat-maker*, y en aquel país, ávido de novedades, lo más elegante de la capital de los tres reinos, se murió por una ensalada del *gentleman* francés. Albignac se aprovechó, como hombre de talento, del favor de que era objeto. Pronto tuvo un carrito para trasladarse con más rapidez a los diversos sitios donde era llamado, y un criado que llevaba en un cofrecito de caoba todos los ingredientes con que había enriquecido su repertorio, tales como vinagres de diferentes perfumes, aceites con o sin gusto de fruta, trufas, anchoas, caviar, jugo de carne y hasta yemas de huevo. Más tarde hizo fabricar cofrecitos semejantes, que vendió a centenares, y siguiendo con exactitud y prudencia su línea de conducta, llegó a realizar una fortuna de más de 80.000 francos, que llevó a Francia cuando los tiempos fueron mejores. Vuelto a su patria, no se entretuvo en brillar en el pavimento de París, sino que se ocupó de su porvenir: colocó 60.000 francos en fondos públicos, que estaban entonces a 50 por 100,

y compró por 20.000 francos una finquita de hidalgo en el Limousin, donde acabó sus días, contento y feliz por haber sabido limitar sus deseos.»

*
* *

LOS NOMBRES Y LAS COSAS.—En *A B C* protesta, con valentía y sobra de razón, José M. Salaverría, del nombre de *latino-americanos* con que, no ya en la América del Sur (¡del Sur y no del Sud, galiparlantes!), sino hasta en la misma España se califica a los suramericanos. En boca de españoles, semejante denominación es una herejía blasfema y una dejación de los derechos más elementales. Los franceses tienen interés en que corra la palabreja *latino-americanos*, porque con lo de latinos se llaman a la parte, y todo es ventaja para ellos; pero por lo mismo es una necedad que nosotros asintamos, falseando la historia y renunciando a nuestra herencia legítima. Tomados los pueblos todos de raza latina (admitiendo lo exacto del nombre, que sobre eso habría mucho que decir) españoles, italianos, franceses, portugueses y rumanos con sus colonias efectivas o emancipadas, puede hablarse de *mundo latino*; pero tratándose sólo de América del Sur, no puede ni debe decirse con verdad más que *pueblos hispano-americanos*. ¿Por qué Italia entera se llamó *latina*, y no etrusca ni ligúrica ni lombarda? Porque el Lacio fué el pueblo preponderante. ¿Por qué la antigua Galia ha tomado el nombre de *Francia*, y no el de Normandía ó Picardía, Borgoña o Provenza, Gascuña o Auvernia? Porque el territorio de la Isla de Francia, con su capital París, ha ido amplificándose por conquistas, herencias y tratados, hasta constituir el antiguo reino, hoy república francesa. ¿Se le ocurre a nadie llamar a los pueblos italianos lombardo-etruscos o liguro-vénetos, ni a los franceses normandos-borgoñones o picardo-provenzales? Pues lo mismo es llamar a los americanos del Sur *latino-americanos*. Esos pueblos son hispano-americanos y no otra cosa, y es mal español quien los nombre de otro modo y es falseador de la Historia quien de otra manera los designe.

Estas minucias de nombres parecen no tener trascendencia y la tienen muy grande; falseado el nombre, se falsean los hechos, y se falsean a la larga sentimientos y tendencias. Si los políticos que tanto han hablado de catalanismo, hubieran dado a lo que así llamaban su verdadero nombre de barcelonismo (encarnado hoy en un Cambó o en un Prat, como ayer pudo encarnar en un Durán), no tendríamos planteado hoy un problema que quedó resuelto siglos ha, y que hoy resucita envenenado como nunca y amenazando costar ríos de sangre por la inepticia y la desidia de nuestros gobernantes. Dicen los franceses que *le nom ne fait rien à la chose*; pero, a veces, los nombres tienen importancia decisiva.

* * *

UN POETA ANÓNIMO DEL SIGLO X.—Se trata de *El jardín de las caricias*, colección de poesías eróticas escritas en España por un moro desconocido del siglo x, y descubiertas en Tombuctú, en los Archivos de la antigua Universidad de Sankoré. Las ha traducido del árabe Franz Toussaint, y he aquí como muestra algunas de las que figuran en la colección:

«*Desafío*.—He pulido tu cuerpo con tantas caricias, que se parece ahora a la piedra sagrada del Djuf, que tantos labios han gastado. Puede apagarse el sol y caer la luna, que él me alumbrará con luz deslumbradora.

»*Sobre el amor*.—No dejes dormir al halcón que estás domesticando.—No lances tu caballo al galope sin haberle hecho antes trotar.—No hagas ramonear a tu meharí sino en la linde de los oasis.—Y no digas nunca a una mujer que la quieres.

•*La serpiente*.—Ella estaba sentada sobre mis rodillas. Yo había deslizado mi mano bajo su traje, y con voz indiferente hablaba de rebaños, de perros, de pastos. Las piernas eran lisas y firmes. Ella pareció al fin notar que yo la acariciaba.—¡Hay una serpiente bajo mi traje!, me dijo riendo.—Precisamente, la respondí, la estoy buscando.»

FERNANDO ARAUJO

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Joyas robadas y restituidas</i> , por Juan Pérez de Guzmán y Gallo..	5
<i>Beatriz de Aragón, reina de Hungría</i> , por Alberto de Berzeviczy.	26
<i>Formas rudimentarias de la novela picaresca</i> , por Franck Wadleigh Chandler.....	76
<i>Más hábil que Sherlock Holmes</i> , por Marck Twain.....	105
<i>Cuestiones de prehistoria</i> , por Telesforo de Aranzadi.....	138
<i>La América Moderna</i> , por Vicente Gay.	158
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	188